

UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO.



Ocupar y transitar

Identidad y género en el espacio público urbano



Una mirada al Paseo Ahumada.

Tesis para optar al grado de licenciado en antropología

Tesis para optar al título de antropólogo

Profesora guía: Francisca Marquez

Alumno tesista: Antonio Garcia.

Agradecimientos:

Una vez concluido este estudio, quisiera agradecer sinceramente a quienes me han apoyado e incentivado a realizarlo...

Francisca Marquez, por su lucidez y compromiso constante, en la marcha de esta investigación.

Al centro de estudios de género de la Universidad de Chile, por el apoyo otorgado a esta investigación.

A todos mis compañeros , profesores y alumnos de la carrera de antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

A mis padres y hermana, por el apoyo y la confianza.

A Angel y Marisol, por su amor y amistad.

A todos quienes “se la juegan” por hacer de Santiago una ciudad mejor, mas nuestra.

* Agradecimientos especiales a Antonio Astudillo y Paola Dragnic, por la asesoría técnica en fotografía.

"Me pregunté si aquel turbulento material humano, podría alguna vez someterse a estudio científico..."

Raymond Firth. Primer encuentro con los Tikopia.1936. ¹

¹ Geertz, Cleaford. "El antropólogo como autor". Paidos Studio, Barcelona, 1989.

INDICE:

I.INTRODUCCION.....	8
II. PROBLEMA DE INVESTIGACION.	12
II.1)Espacio público e identidad:	12
II.2) Identidad de género y espacio público:.....	14
III)OBJETIVOS GENERALES Y ESPECIFICOS:.....	16
III.1)Objetivo general:.....	16
III.2)Objetivos específicos:.....	16
IV.METODOLOGIA:.....	17
IV.1) Enfoque metodológico:.....	17
IV.2) La elección del espacio y el tiempo de observación:.....	19
IV.3) Perspectiva etnográfica:.....	21
a) Identificar los usos dados al espacio:.....	21
b) Las Etapas de la observación:.....	23
c) Acercamiento a la muestra horaria:.....	24
d) Sobre la observación participante en el espacio público urbano:.....	25
e)La entrevista en profundidad como forma de acercamiento:.....	29
f) Pauta de entrevista:	30
g) La selección de los entrevistados:.....	31
V. MARCO TEORICO-CONCEPTUAL:.....	34
V.1) Identidad y espacio público urbano:	34
a) Antropología de “lo urbano”:	35
b) El espacio público como des-identidad:.....	37
c) Las relaciones urbanas:.....	40
d) Igualdad, diferencia y participación:.....	42
V.2) Identidad de género y espacio público:.....	45
a)Asignación diferenciada de esferas:.....	47
b) Formas de poder y participación femenina:.....	51
V.3)La Identidad: Individuo y sociedad:	54
a) Integración y autonomía.....	56
b) La búsqueda de autenticidad:	61

VI) ENTRANDO AL PASEO:.....	67
✕ VI.1 El Paseo Ahumada en un día laboral:.....	69
✕ a) La mañana. Orden y distribución:.....	69
✕ b)Mediodía. Confluencia:.....	75
✕ c) Atardecer: Confluencia y disputa.....	77
✕ d) La noche. Soledad y similitud:.....	82
VII) DESCRIPCION DE LOS USOS DADOS AL ESPACIO:.....	84
VII.1) El uso de tránsito:.....	85
Entre el consumo y el trabajo.....	85
a) La entrada al metro:.....	88
b)Lo cubierto y lo expuesto.....	89
c) Los Escolares.....	92
VII.1) Uso de participación:.....	110
Entre la demanda y la sobrevivencia.....	110
a)Las escalinatas del Banco de Chile:.....	112
b)Diferencias de discurso y formas de exposición.	113
c) Los predicadores.....	115
VII.3) Uso de sociabilidad:.....	129
Paseos y debates.....	130
a) El cruce entre dos paseos:.....	133
b) Lo asentado y lo móvil.....	133
c)Clientes del café “Haití”.....	134
VII.4) El uso laboral:.....	150
Entre el “mundo de la calle” y la identidad del tránsito.....	150
a) A orillas del paseo:.....	154
b) Lo asentado y lo móvil.....	155
c) Los Lustrabotas:.....	157
CONCLUSIONES FINALES:	181
BIBLIOGRAFÍA	195

I.INTRODUCCION

El siguiente es un estudio antropológico sobre las expresiones identitarias en un espacio público de la ciudad de Santiago: El Paseo Ahumada, vía peatonal del barrio céntrico, caracterizada por concentrar la mayor diversidad y densidad de ocupantes en la ciudad.

A través de la observación de las formas de ocupación y uso del espacio, este estudio se propone caracterizar las expresiones identitarias, estas es, las complejas y diversas manifestaciones y construcciones que los sujetos hacen de sí mismo en la interacción con otros, ubicados en un espacio público urbano denso y heterogeneo.

El acercamiento al tema de la identidad, se realiza desde una especial consideración a la diferenciación por géneros, es decir, las distintas modalidades y estrategias de hombres y mujeres para transitar, ocupar y exponerse en el espacio público, asociado históricamente al dominio masculino.

Para realizar un acercamiento profundo al estudio de este espacio, dominado por una ocupación socialmente heterogénea con contactos y relaciones predominantemente transitivos, se utilizan metodologías propias de la disciplina antropológica, como la observación etnográfica y las entrevistas en profundidad.

Finalmente, la investigación rescata la valiosa experiencia de quienes día a día, conforman el paisaje humano de esta capital. En el Santiago contemporáneo, el espacio público urbano se asocia comúnmente a relaciones dominadas por la indiferencia reciproca, el miedo y la violencia. Allí se tiende a negar al sujeto la posibilidad de exponerse en su identidad, expresarla con autonomía y valorar las relaciones con los otros como un recurso social, al servicio de su construcción identitaria.

Proponemos mirar al espacio público, desde otra perspectiva; conocer al espacio público urbano, como un ámbito en el que los sujetos individuales o colectivos se construyen y se expresan, a la vez que vivencian directamente las contradicciones y conflictos que caracterizan a su sociedad. Consideramos que el conocimiento sobre las formas de expresión de identidad en estos espacios, es imprescindible para proponer alternativas de para su reapropiación social, de modo de optimizarlos como espacios de encuentro, respeto e integración en la diversidad social.

En el primer capítulo de este trabajo, se expone el problema central y objetivos del estudio; las razones para elegir un espacio como el Paseo Ahumada para realizar un acercamiento al tema de la identidad y en forma particular, a la diferencia de género.

En el **segundo capítulo** se describe el enfoque metodológico utilizado para esta investigación, la elección de la muestra, las distintas técnicas de recolección de datos y los problemas y ventajas de su aplicación en un contexto tan particular como el espacio público urbano.

El tercer capítulo se revisan distintas perspectivas desde las cuales, se ha abordado el estudio de las relaciones sociales en los espacios públicos urbanos. Algunos autores definen estas relaciones como ejemplo de disgregación y ruptura social, anuncian la caída del potencial integrador del espacio público y su sustitución definitiva por el espacio intercomunicador de los media. Desde otra perspectiva en cambio, se realiza la posibilidad que otorga el modelo de relaciones urbanas, para desarrollar una conciencia de ciudadanía moderna, centrada en la “libertad” y movilidad individual. Por último, se destacan los elementos que impiden acceder a dicho potencial, relacionados con la reestructuración de mecanismos de segregación de género y clase al interior de estas relaciones.

Especial relevancia tienen los análisis de Delgado y Augé, quienes analizan desde perspectivas distintas las relaciones urbanas, utilizando ambos, elementos de la

etnología clásica. Dos preguntas guían esta sección: ¿Representa el espacio público hoy en día, un tipo de relación, en el que diversos y segregados grupos sociales se vinculan en lazos de reconocimiento o integración simbólica? ¿Se representa y realiza en este espacio, el sueño moderno de una emancipación individual de las ataduras y constricciones sociales?

En la última parte de este capítulo, se expone una discusión sobre el papel de la división público-privado en la constitución de la identidad de género en esta cultura. Se profundiza en los mecanismos de segregación de género que caracterizan al espacio público y las dificultades de las mujeres, para acceder a formas de individuación, visibilidad y participación en dicho espacio.

El acercamiento a estos temas hace inevitable la pregunta por el modo en que, las relaciones en el espacio público ponen en juego la construcción identitaria y los proyectos de vida de los sujetos que lo ocupan y transitan. La reflexión sobre las relaciones urbanas y el género, incluye un análisis sobre el concepto de identidad y los distintos enfoques teóricos que lo abordan, a la luz de la dialéctica integración-autonomía.

El cuarto capítulo se estructura sobre la base de un relato en el que se reviven con detalle, los acontecimientos que caracterizan el día laboral, desde la primera mañana, hasta la noche. Se describen las distintas formas de ocupación que caracterizan a cada horario, la diversidad de los grupos, sus formas de encuentro, contacto y disputa por el espacio.

En el siguiente capítulo, se distinguen las distintas formas de uso del espacio. Las distintas formas de ocupación y relaciones sociales, se agrupan en cuatro formas de uso; Tránsito, participación, sociabilidad y laboral. Al interior de cada uso se destacan las diferencias entre mujeres y hombres. Se observa la tendencia de las primeras a **transitar**, mantener la movilidad y los comportamientos reservados y una tendencia

opuesta de los hombres a exponerse, expresarse en forma más abierta y ocupar territorios destacados.

Finalmente, se analizan las entrevistas en profundidad realizadas a un grupo representante de cada forma de uso: Estudiantes, en el caso del uso de tránsito; predicadores, en el de participación; clientes antiguos del café “Haiti”, exponentes del uso de sociabilidad y lustrabotas, para el caso del uso laboral.

El relato de los ocupantes del paseo hace evidente las tensiones diarias que enfrentan entre; la adscripción a ciertos colectivos o grupos de referencia, la necesidad de autonomía personal y la adopción de los valores y comportamientos del “todo social”, representado en los transeúntes. La búsqueda de equilibrio entre estos tres ámbitos de la identidad, es lo que define los modos en que esta se expresa y construye en el espacio, como una imagen proyectada siempre hacia los otros y hacia sí mismo.

Para sus ocupantes, el paseo aparece simultáneamente, como una oportunidad de integración social y una instancia para remarcar la distinción personal o colectiva, con la sociedad. Tanto la posición social, como la pertenencia de género, son los elementos que ofrecen al sujeto, distintos márgenes de maniobra, para tejer estrategias de ocupación, relación y negociación con los otros, en la expresión de la identidad en el espacio.

II. PROBLEMA DE INVESTIGACION.

II.1)Espacio público e identidad:

Los espacios públicos urbanos, son espacios de encuentro de los individuos con la diversidad social. La vía peatonal del Paseo Ahumada es, por ser la de mayor centralidad funcional y simbólica de la ciudad de Santiago, es ocupada en forma diaria por una amplia heterogeneidad y densidad de transeúntes, trabajadores y otros ocupantes callejeros que se extienden a lo largo de sus cuatro cuadras, conformando un panorama social único en la capital.

El Paseo Ahumada y sus alrededores concentra funciones comerciales, comunicacionales, financieras y profesionales, que atraen a una población flotante diaria de trescientas mil personas, provenientes de distintos sectores de la ciudad, haciendo de él un sector exclusivo de contacto y visualización entre sectores sociales muy heterogéneos.

Actualmente, no se puede hablar de un centro simbólico unificador, a la manera en que lo fue la plaza de armas colonial, con su catedral y cabildo. Sin embargo, el paseo como punto de conexión entre Alameda y plaza de armas, ubicado en el barrio de la Moneda, la Catedral y otros hitos históricos, lo transforman en un espacio que remite a la gran mayoría de los chilenos a la **identificación con una historia social y política común.**

Esas cientos de miles de personas que diariamente pasan y cruzan sus diferencias en solo cuatro cuadras, enfrentan al transeúnte a la diversidad social de la que forma parte. La exposición pública de la heterogeneidad social que caracteriza a la ciudad,

crea allí, más que en ningún otro espacio céntrico un efecto de “consolidación” de la experiencia urbana (Coulomb, Duhau, 1998).

El uso de reiterado que los medios de comunicación, hacen de las imágenes del Paseo Ahumada, refuerza y a la vez utiliza este efecto. Las imágenes son una y otra vez reiteradas en la televisión y los diarios. Diariamente llegan periodistas y cámaras que buscan la opinión de un supuesto “ciudadano medio”. Se exhibe a la multitud en tránsito, como forma de concretar un imaginario de “**comunidad nacional**”, que contextualiza relatos sobre problemas generales de la nación. El mismo paseo, por medio de sus quioscos, sus suplementeros, sus pantallas de televisión en vitrina, sus grupos de conversación política, es un lugar que nos conecta permanentemente con la actualidad nacional, los conflictos y problemas dominantes de la nación.

El hecho de que esta vía peatonal, represente el “lugar de la sociedad urbana”, genera un tipo ocupación característica del espacio público urbano, destinado a la demanda y protesta pública, donde **Los sujetos se exponen frente a los otros, debaten y se interpelan**, en la lucha por acceder a sus derechos de ciudadanía. Allí es posible apreciar diariamente, la exposición pública de los principales conflictos nacionales. Es el espacio donde hasta la más extrema marginalidad, encuentra un rincón donde acomodarse, para demandar el derecho al reconocimiento y protección social.

Estos atributos, transforman al Paseo Ahumada en un lugar privilegiado para que quienes lo ocupan, se encuentren con una **representación de su propia sociedad**. Una sociedad visible en la densidad y la multitud, pero también en el agrupamiento de las diferencias. Lo común y lo distinto, lo propio y lo ajeno, son allí parte de un todo, envolvente y dinámico, del cual nadie puede sustraerse.

Enfrentados a las diferencias y conflictos que caracterizan a su entorno social, los individuos se ven forzados a confrontar su identidad frente a los otros. La identidad de cada individuo se debate entre la exposición ante un “otro social” amplio y abarcador, la pertenencia grupal y la necesidad de remarcar la individualidad. Los individuos se

sitúan en el conflicto entre la integración o la distinción. La integración a un grupo, a la sociedad, a ciertos valores y relaciones expresados en el espacio. La distinción con respecto al grupo de pares, a la sociedad, a los comportamientos dominantes.

Frente a la enorme masa de transeúntes anónimos, cada cual debe idear mecanismos para adscribir determinados contenidos simbólicos a los distintos sectores sociales, definir distancias, pertenencias y oposiciones que orienten las búsquedas y definiciones personales en un espacio diverso, dinámico y siempre expuesto. A través del uso particular dado al Paseo Ahumada, las definiciones y proyectos identitarios de los sujetos, se concretizan y se exponen a la mirada pública.

Este estudio se pregunta por las modalidades que adquiere la construcción, expresión y negociación de los intereses, proyectos y finalmente, identidades de los sujetos urbanos en el espacio público como el Paseo Ahumada. La hipótesis de este estudio es que a través y uso dado al espacio, las definiciones y proyectos identitarios no solo se concretizan y exponen a la mirada pública, sino también se construyen y negocian en un complejo juego de transacciones sociales.

II.2) Identidad de género y espacio público:

El espacio público y la calle, han sido esferas asignadas históricamente, desde la cultura occidental, a la acción y la **ocupación masculina**, allí los hombres, en la convivencia, recreación y discusión con sus pares encuentran el espacio predilecto para la constitución de su identidad. Las relaciones de género en los espacios públicos, hacen de este un espacio marcado históricamente por mecanismos de exclusión de la mujer.

El ámbito público moderno, que se constituye en diversos espacios urbanos, especialmente semipúblicos (cafés, clubes y otros) se caracteriza por un modelo de relación centrado en la diferenciación y autonomía individual, la valorización de la exposición pública como acceso al reconocimiento, la participación centrada en el

manejo del discurso y la actualización de los derechos ciudadanos en un contrato social masculino (Fraser 1991, Amoros 1990, Barbieri, 1991, Lagarde 1989). Dichos elementos definirían el acceso a la identidad masculina y por lo tanto, se constituyen en mecanismos de exclusión que impiden el acceso a las mujeres.

La pregunta que surge; dado la creciente incorporación de la mujer a la esfera pública, es si la integración de las mujeres, se condice con una incorporación activa al modelo de relaciones masculino o se desarrollan otras formas de relación y participación, que construyen sentidos alternativos o distintos en lo público.

Hay que saber, en segundo término, si estas formas de relación y participación, reproducen la exclusión, situándose en un espacio marginal o en áreas específicas, como el consumo o por el contrario, se apropian de otros ámbitos de acción, mediante las cuales disputan y crean espacios propios, logrando distanciarse de las reglas de relación social impuestas por los hombres.

Conocer las diferencias en el modelo de relación y ocupación permite adentrarse a su vez, en los distintos intereses que hombres y mujeres se trazan al ocupar cotidianamente el espacio público y el valor que otorgan a este, como recurso social que aporta a su proceso de construcción de identidad.

El problema de investigación por lo tanto, se aboca a conocer las formas diferenciadas de hombres y mujeres, de ocupar y significar el espacio público urbano. Tres preguntas guían la reflexión; ¿Qué diferencias existen en los modos de ocupación del espacio urbano de hombres y mujeres?, ¿Que formas de resistencia, evasión o negociación de la ocupación, eligen las mujeres para enfrentar la segregación espacial de género?, ¿Qué estrategias ocupan las mujeres para expresar y visibilizar su identidad en el espacio?

III)OBJETIVOS GENERALES Y ESPECIFICOS:

III.1)Objetivo general:

Caracterizar y comprender las expresiones identitarias de hombres y mujeres en el espacio público urbano.

III.2)Objetivos específicos:

Identificar los distintos usos que hombres y mujeres dan al Paseo Ahumada.

Caracterizar a los distintos grupos sociales según formas de uso del Paseo Ahumada y las diferencias al interior de estos, entre hombres y mujeres.

Conocer como las expresiones identitarias de hombres y mujeres se concretizan y exponen en el uso dado al espacio público urbano.

IV.METODOLOGIA:

IV.1) Enfoque metodológico:

Esta investigación se llevó a cabo utilizando un enfoque cualitativo de investigación, destinado a desarrollar una comprensión amplia y profunda de comportamientos sociales, dinámicos y cambiantes, característicos de un espacio público urbano.

El primer **instrumento metodológico** de acercamiento a este objeto fue la observación participante, este método etnográfico se justifica, en tanto, permite conocer en profundidad el tipo de actor que usa el espacio público y acercarse a una identificación general de estos usos, lo que constituye el primer objetivo de esta investigación. Mediante la observación prolongada y permanente del espacio y los distintos grupos, así como la introducción en ciertos contextos de relación, se levantaron datos generales sobre los distintos tipos de relación y ocupación del espacio que caracterizan a un día laboral.

Una vez hecha la distinción de los ocupantes en función de ciertos tipos de uso del espacio, se seleccionaron **los sujetos** o actores para realizar un acercamiento al tema de la construcción de identidad, de modo de rescatar los relatos construidos en torno a cada uso. La aproximación a los sujetos, tiene por objeto identificar la carga de relaciones y significados sociales, que el espacio porta para los representantes de distintas formas de uso.

El acercamiento al problema en estudio no podía depender solamente de la identificación de modelos de relación y ocupación del espacio, visibles desde un observador externo. La necesidad de conocer la forma en que se expresa el proceso de construcción de identidad a través de estos modelos de comportamiento, obliga a utilizar métodos destinados a rescatar reflexiones, opiniones y memoria de sujetos particulares.

La definición del uso, por lo tanto, debía incorporar además de una dimensión conductual, un conjunto de relaciones y formas de ocupación distintivo que cada sujeto selecciona en el espacio y a la vez, un componente discursivo, a través del cual este construye determinadas representaciones, sobre las relaciones y formas de ocupación.

La elección de la entrevista en profundidad, como técnica de acercamiento al tema, se abocó a conocer la percepción de los sujetos sobre su propia experiencia en el espacio público y el significado que esta adquiere para el proceso de construcción de identidad.

Según la definición de Greele (Véase Alonso, en Delgado, Gutiérrez, 1995: 229), la entrevista en profundidad se usa para “recoger y analizar saberes sociales cristalizados en discursos construidos en por la práctica directa, no mediada, de los sujetos protagonistas de la acción”.

La relación que este estudio establece entre uso del espacio y construcción de la identidad, validan el utilizar la técnica de la entrevista pues esta, según Alonso, se aplica en los casos en que los individuos son vistos como “parte y producto de la acción estudiada” (Delgado, Gutiérrez, 1995: 229), participan de un modo de usar el espacio y descubren en él, relaciones y formas de ocupación que los construyen como sujetos.

A través de la entrevista en profundidad, el propio sujeto puede describir las motivaciones subyacentes a sus hábitos y conductas y percibir las conexiones que tienen estos con otros aspectos de su biografía. En este tipo de entrevista el sujeto relata sus experiencias y percepciones en la forma de un “yo especular o directamente social” (Delgado, Gutiérrez, 1995: 226)

En función de la importancia que para este estudio tienen las relaciones con los otros y las interacciones, como contexto de análisis de la identidad, esta técnica resultó ideal para comprender las conexiones existentes entre las percepciones de los individuos

sobre sus propias biografías y las relaciones sociales construidas en el Paseo Ahumada.

IV.2) La elección del espacio y el tiempo de observación:

El Paseo Ahumada constituye el espacio ideal para el desarrollo de esta investigación, por la importancia simbólica y funcional que este tiene para la ciudad de Santiago. Actualmente es la vía peatonal que recibe la mayor cantidad de gente durante el día, trescientas mil personas, desde todos los sectores de Santiago. Se trata de un polo de atracción comercial y financiero, que atrae a representantes de las más diversas ocupaciones y sectores sociales, aunque domina una clientela de clase media a media-baja. Estas características lo constituye en un espacio de encuentro entre diversos sectores sociales que contrastan y comparan allí, sus diferencias y similitudes en un “espejo” o representación de lo nacional, de la sociedad Chilena.

Lo reducido de sus dimensiones, una vía relativamente angosta de solo cuatro cuadras de largo, generan una alta concentración de transeúntes durante todo el día, elemento que potencia su carga simbólica e incrementa la contradicción entre las diferencias visibles en sus distintos transeúntes y ocupantes y la tendencia a la similitud que caracteriza a la multitud urbana.

El Paseo Ahumada presenta variaciones radicales en el tipo de ocupantes entre el día y la noche, la semana y el fin de semana. Estas variaciones implican también transformaciones radicales de los modos de relación, formas de ocupación y usos asignados.

Este estudio se abocaba a comprender los significados asociados a un espacio definido por una masiva ocupación de tránsito y una amplia diversidad social y ocupacional. Era necesario identificar la franja horaria en la que estos dos elementos adquirieran su mayor intensidad.

Durante el horario laboral de día de semana (7:00am- 21:00pm) el paseo se caracteriza por agolpar la mayor variedad de usos; recibe a una enorme cantidad de transeúntes provenientes de los mas variados sectores de la ciudad, que se dirigen allí tras objetivos muy diversos, la infraestructura comercial, financiera y de entretenimiento se abre a la ocupación de miles de personas, la masividad del tránsito atrae a la mas variada gama de ocupaciones laborales, que sobreviven a partir del aporte económico de los transeúntes, grupos de sociabilidad y debate se disputan el espacio con los transeúntes, mientras otros lo utilizan para realizar protestas, demandas o denuncias o públicas.

A esto se suma a la presencia constante de los medios de comunicación, entrevistas, cámaras en tránsito, etc., que provocan un efecto de exposición único e irreplicable en otro lugar de la ciudad. Durante el horario laboral, los ocupantes del paseo están a merced de una mirada que se extiende por cada uno de los transeúntes y los medios de comunicación presentes, la “mirada generalizada” (Delgado, 1999) que define el espacio público es especialmente influyente. De ahí que este sea un momento exclusivo, pues llegan al paseo todos los que se quieren hacer ver, los que quieren demandar y protestar, quienes buscan realizar su identidad de ciudadanos.

No sucede lo mismo durante la noche, allí el espacio público tiende a restringirse a ciertos usos y cierto tipo mas delimitado de ocupantes, el comercio y el espacio laboral se clausuran, la vida social se concentra en la calle, la actividad recreacional se impone frente a otros usos, los medios de comunicación emigran. Permanece en el paseo un sector restringido de la ciudad, de extracción marcadamente popular.

Cuestión parecida ocurre el fin de semana, especialmente el Domingo. Con la gran parte del comercio cerrado, el paseo se conecta con el tipo de sociabilidad característico de la plaza de armas, se acude en familia a paso tranquilo, hacia y desde la misa, llegan grupos de migrantes de provincia o Peruanos, que conversan en los bancos y en las tazas, etc. El espacio público se vuelve lugar exclusivo de la

sociabilidad y recreación, la heterogeneidad social se restringe, el tránsito se vuelve paseo.

El espacio público del Paseo Ahumada solo en el horario laboral-diurno puede transformarse en una representación de la totalidad social para quien lo visita, lugar donde los transeúntes se enfrentan a la vez a un conjunto social amplio de agentes sociales con sus variadas relaciones y a las promesas de modernidad inscritas en el espacio, que apelan a la pertenencia a un país.

IV.3) Perspectiva etnográfica:

a) Identificar los usos dados al espacio:

Los estudios sobre comunidades urbanas, realizados en la escuela de sociología de Chicago en la primera mitad del siglo pasado y los que ha desarrollado la contemporánea antropología urbana, se han inclinado preferentemente por delimitar su objeto con base a grupos específicos, de características relativamente homogéneas y la mayor parte de las veces, definidos por una situación de marginalidad y exclusión, pobreza, migración, etnias, etc. No existe en este sentido, desde la antropología urbana, un conjunto sustancial de trabajos sobre las relaciones entre grupos heterogéneos en el espacio público urbano (Hannerz, 1986: 21).

La sociología urbana contemporánea, por su parte, con base en el interaccionismo simbólico de Goffman (Goffman, 1971) ha abordado el estudio de los espacios públicos urbanos, intentado comprender los modelos de relación presentes en los espacios públicos, observando las interacciones y las formas de actuación exterior. Esta perspectiva no toma en cuenta las diferencias entre los sujetos respecto de las percepciones subjetivas, que estos tienen sobre dichas relaciones, sus historias personales y colectivas.

Partiendo de la base que el tema central de esta investigación era la identidad en el espacio público urbano, era necesario incorporar la experiencia de una diversidad de sujetos ocupantes de este espacio. No existía un sujeto definido de antemano sobre el cual centrar la atención, el referente principal era el mismo espacio, con la carga de relaciones y significados sociales que este porta.

Las formas de significar las relaciones dentro del espacio público, son diferentes para cada actor, por lo que ningún grupo en particular aportaba una visión integral sobre el problema, este debía ser analizado desde una variedad de perspectivas, de manera de dar una visión panorámica sobre las distintas formas de ocupar el espacio, de acuerdo a las identidades que portan y construyen los sujetos.

La primera tarea por tanto, era identificar al interior de esa masa en incesante movimiento, sectores sociales que se movilizan por intereses o motivaciones distintas y por lo tanto, se relacionan con el espacio y con los otros de modo distinto. No basta entonces con estudiar las formas de ocupación, los recorridos o las interacciones, en términos formales, buscando el subtexto escondido detrás de modelos de actuación exterior, debe identificarse el valor que cada individuo o grupo le adscribe al uso que hace del espacio público, para su proceso de construcción de identidad y como a partir de esta valoración, se eligen formas de ocupación y relaciones específicas.

Ante la necesidad de ordenar la mirada frente a una multitud dispersa y cambiante, surge la necesidad de diferenciar sectores sociales en relación a los usos del espacio. **El uso describe un conjunto de relaciones sociales y formas de ocupación distintivas realizadas en el espacio. Involucra un componente conductual, perceptible desde un observador externo y un componente discursivo a través del cual se expresan las representaciones que cada grupo o individuo tiene sobre sí y sobre los otros con los cuales se relaciona en el espacio público.**

Al clasificar a los sujetos del paseo en función de estos usos, se pueden distinguir formas de ocupación muy variables, desde aquellas caracterizadas por ciertos tipos de

delimitación espacial y estabilidad de las relaciones, hasta otras de carácter transitivo o circunstancial. Todas las formas de uso, aunque no se definan por una ocupación estable y constante del Paseo Ahumada, pueden provocar valiosos cuestionamientos y aportes al proceso de construcción de identidad en el contexto de las relaciones urbanas.

La observación etnográfica permitió identificar cuatro usos por parte de los ocupantes del Paseo Ahumada; **tránsito, participación, sociabilidad y laboral**. Debe entenderse que se trata de formas de usar el espacio, es decir, a pesar de que hay individuos representativos de un uso en particular, que se mantienen constantes en sus formas de ocupación y relaciones, muchos pueden movilizarse entre uno y otro o combinarlos en forma simultánea. En la exposición de los resultados de la etnografía se detallan las características de cada uso y sus interrelaciones

b) Las Etapas de la observación:

La etnografía tiene como objetivo principal, identificar, conocer y caracterizar las distintas formas de ocupación y relación al interior del Paseo Ahumada, de forma general, para luego ordenar los distintos grupos según tipos de uso del espacio:

Primera etapa: Ocupación de la infraestructura urbana:

Consiste en realizar un mapeo de la ocupación comercial del Paseo Ahumada, con el fin de determinar el tipo de público al cual esta dirigido la oferta comercial, luego se realiza un recorrido por los edificios, para definir el destino actual de las oficinas interiores, de manera de conocer parte importante de los transeúntes laborales que usan diariamente la vía peatonal.

Segunda etapa: Ocupación durante la semana:

Consiste en comparar el tipo de ocupación y actividad realizado durante los distintos días de la semana y los fines de semana.

Tercera etapa: Ocupación día-noche:

Consiste en comparar el tipo de ocupación y actividad realizado durante el horario diurno y el nocturno.

A partir de estas tres primeras etapas, se decide elegir como horario de observación preferente, la franja desde las 7:00 AM. hasta las 21:00 PM de un día de semana.

c) Acercamiento a la muestra horaria:

Para determinar las formas de ocupación y relación específicas de este horario, se realizan tres modos de observación distintos, aplicados de manera sucesiva.

Observación lineal:

La observación del Paseo Ahumada se centra en una **línea temporal** que busca definir la distribución temporal y espacial de las ocupaciones a lo largo del día de semana. Es necesario en este caso incluir en el relato etnográfico el espacio temporal posterior a las nueve de la noche, como una manera de dar continuidad a este y hacer más comprensibles las diferencias entre una franja horaria y otra.

Observación transversal:

Una vez clasificado el Paseo Ahumada en cuatro usos; Tránsito, participación, sociabilidad y laboral, es necesario centrar la observación en las relaciones y formas de ocupación características de cada uno de ellos. **Se denomina transversal** porque y no se centra en un continuum temporal, sino que atraviesa distintos horarios centrándose en ciertas zonas del espacio donde imperan las dinámicas, interacciones y comportamiento correspondientes a cada forma de uso.

La división por género:

Sobre la base un conocimiento general sobre la distribución de las ocupaciones a lo largo del día y relaciones características imperantes en los distintos usos, se profundizó en el tema de las diferencias de relación y ocupación en hombres y mujeres, clasificando los datos en función de los distintos usos.

d) Sobre la observación participante en el espacio público urbano:

Para aplicar el método de observación participante en el Paseo Ahumada, parece suficiente sumergirse como un peatón mas en los flujos del tránsito o detenerse momentáneamente en alguno de los bancos a mirar la diversidad social de paseo.

Desde la posición de transeúnte se lograría cumplir la regla que por definición define la metodología de la observación participante; “combinar la profunda implicación personal, con cierto distanciamiento” (Woods, véase Pérez, Gloria, 1998: 25)

El transeúnte participa de las relaciones allí entabladas, pero manteniéndose en una posición desimplicada, móvil, transitoria, intentando siempre mantener una cierta perspectiva con respecto al contexto social donde esta ubicado. Esta es la mecánica utilizada por la observación participante para acercarse a un conocimiento profundo y detallado de los sujetos.

Manuel Delgado afirma que el espacio público es el espacio ideal para aquel tipo de personas que buscan alejarse de los marcos estructurados y jerarquizados de acción característicos de los espacios privados o institucionales. Allí se encontrarían con una sociedad en permanente estructuración pero que no acaba nunca de estructurarse, un espacio liminal, a-social, donde es posible ignorar los límites tradicionales que nos separan y segregan de los otros (Delgado, 1999).

Es posible asociar esta imagen del espacio público a la del antropólogo clásico que realiza una expedición hacia tierras remotas, donde encuentra reglas y formas de

comportamiento social frente a las cuales se mantiene distante, ignorante, en un vacío normativo y valórico parecido a la “nada social” (1999:15) que según Delgado, definiría la sociedad pública. Allí, para intentar insertarse en el medio extraño, debe asumir la responsabilidad de redefinir completamente las verdades y reglas que norman su propia cultura.

El etnólogo nunca asimilará completamente las reglas culturales del pueblo que estudia, siempre mantendrá una distante tensión con respecto a estas, al igual que el transeúnte, quien sigue un modelo consensuado de actuación exterior basado en el anonimato, donde la verdad de sus intenciones y motivaciones rara vez se desnuda. El antropólogo actuará de manera similar al construir sus relaciones en el grupo extraño con base también a protocolos de actuación exterior, mediante los cuales expresará su aceptación de las reglas extrañas, intentando ocultar sus diferencias y oposiciones a las mismas. La experiencia de campo por lo tanto, es una experiencia de tránsito, desestructuración y estructuración constantes, similar a la definición que Manuel Delgado (1999) realiza del espacio público.

Sin embargo este juego de distancias y cercanías no resulta tan fácil como podría suponerse. El antropólogo en este caso pertenece a la ciudad que observa, ha crecido en ella, estudia a pocas cuadras del Paseo Ahumada y todas sus actividades las realiza en la red de recorridos de micros, y metro en el que el Paseo Ahumada está inserto. Desde niños los actuales antropólogos de la ciudad se han internado en los flujos de peatones, imbuidos en sus respectivas tareas, movilizados por funciones específicas, corriendo detrás de restrictivos horarios.

Para realizar una observación profunda de las relaciones en el espacio público, es necesario por lo tanto, “saltar” fuera del tránsito y sus relaciones dominantes y abocarse a buscar espacios y posiciones distintas de observación, que permitan una actitud realmente comprensiva de ese contexto social.

Este proceso podría asociarse al clásico viaje antropológico, de abandono de la propia cultura para conocer e imbuirse en una totalmente ajena. Lo propio en este caso, sería la tendencia dominante funcional, transitiva e impersonal de las relaciones de tránsito, que conforman la estructura de nuestra cotidianeidad en los espacios públicos. Lo ajeno, avanzar hacia una contemplación detenida de las relaciones allí presentes, contemplar desde distintas posiciones, asentarse o avanzar a una real participación en ciertos grupos de relación característicos del espacio público urbano, es decir, involucrarse en formas de uso del espacio que normalmente se miran con distancia.

Algunos autores han definido dos tipos de observación participante; Participación activa y pasiva. Según Woods (Woods, ver Perez, Gloria, 1998: 25) la participación pasiva se interna en el grupo pero mantiene la distancia necesaria para asegurar un alto grado de objetividad en la observación, pero corre el riesgo de despertar la hostilidad de los sujetos, que pueden sentirse invadidos por un extraño. La participación activa en cambio, maximiza la integración a los demás, integrando al observador a las actividades cotidianas de la comunidad, permitiendo un conocimiento más cercano de las formas de actuar y pensar del grupo, pero con un claro riesgo de caer en una subjetividad excesiva.

En el espacio público se pueden aplicar ambas. Allí se logra de algún modo, una de las utopías de los estudios antropológicos, cual es, concretar una observación pasiva sin despertar reacción por parte del grupo, pues aquí, este no se percata de que es observado. El antropólogo, logra un grado importante de invisibilización frente a los sujetos que le interesan. De ese modo es posible utilizar algunas técnicas de registro en terreno, como anotaciones y en menor medida, fotografías, sin temor a provocar una alteración significativa en los modos de relación allí presentes.

En el caso de esta investigación, estas técnicas de registros son utilizadas en forma recurrente para la reconstrucción de las ocupaciones durante el día. Frente a una cantidad enorme de acontecimientos e interacciones el uso del cuaderno en terreno adquiere un rol fundamental, allí se van registrando una gran cantidad de estos

acontecimientos, que luego, en el escritorio deben ser seleccionados y ordenados de acuerdo a su valor para la investigación.

La fotografía en tanto, aunque genera mas reacciones de reserva o rechazo, también se constituyó en un instrumento muy importante para la observación de las relaciones en el Paseo Ahumada. En los espacios públicos el antropólogo sufre una sobreestimulación que dificulta dirigir la mirada a los aspectos más importantes o detenerla calmadamente para profundizar en los detalles y los gestos. La fotografía genera una mayor distancia con el espacio y permite observar los encuentros y relaciones con mas calma y detalle, se revisa así mas fácilmente la cantidad de personas que participan de una interacción, se delimitan espacios al interior de la vía, etc. La imagen detenida resultó muy útil para la clasificación de los sujetos en función de los usos.

Al avanzar hacia grados de comprensión y análisis más profundos, referente a las diferencias de ocupación en el interior de cada “grupo de uso”, se hace necesario utilizar técnicas de observación mas activas y comprometedoras.

Desde su identidad de transeúnte, el antropólogo se transforma en un “sujeto-frontera” entre distintos usos, por ejemplo, mediar entre el mundo del tránsito y el laboral y entablar como transeúnte, diálogo con el lustrabotas mientras este hacia su trabajo. Así se van estableciendo lazos de conversación permanentes por fuera de la relación funcional muy valiosos como entrada al contexto social del paseo.

Un proceso parecido se sigue en el café “Haiti”, donde el investigador se integró a un grupo “habitué” de conversación, en el que pudo interiorizarse mas profundamente sobre la significación de este espacio de relación, su historia y la perspectiva que estos tenían del conjunto de los otros ocupantes.

La observación participante en el Paseo Ahumada, por lo tanto, consiste en un juego constante para combinar participación pasiva y activa, un tránsito constante entre la

distancia y la implicación, de manera de lograr reconstruir con la mayor precisión posible las diferencias de relación al interior de los distintos usos, sin perder nunca la visión general de contexto donde cada uno de estos sujetos está ubicado.

e)La entrevista en profundidad como forma de acercamiento:

La entrevista en profundidad es un instrumento que permitió superar la distancia que imponía la pertenencia al tránsito, en varios casos se optó por iniciar la relación con la entrevista. Esta forma de acercamiento es especialmente útil en el caso de los trabajadores callejeros, pues estos al estar constantemente a “la caza” de clientes y monedas para su sobrevivencia, tienden a evitar las relaciones con desconocidos ya que los distraen de la actividad fundamental y crean inseguridad. Detrás del anonimato esta siempre la amenaza presente de la delincuencia o la vigilancia del estado.

El inicio de la relación a partir de la entrevista, permite un proceso rápido de acercamiento en tanto queda rápidamente definido el rol que cada cual va a cumplir en la relación, la persona entrevistada puede entonces, medir con mas libertad la confianza entregada al investigador, cuenta con la seguridad de conocer las intenciones de este. Después de esta primera entrevista, el lazo de confianza permite conservar la relación en el tiempo.

La gran mayoría de los contactos para entrevistas se hicieron de este modo. En este tipo de estudio, es difícil pretender concretar una relación amistosa con grupos tan diversos y distintos, entrar en confianza o participar activamente en la sociabilidad de las escolares era una utopía, mas fácil podía ser en el caso de los evangélicos o los clientes del café “Haiti”, grupos mas abiertos a la sociabilidad, de ahí que algunos de los contactos con estos últimos, fueron precedidos por conversaciones anteriores. La relación con los hombres por otro lado, era siempre mas fácil y fluida que con las mujeres, quienes en el Paseo Ahumada, están siempre alerta a la intromisión de un extraño. Por esta razón, algunos contactos con mujeres se realizaron utilizando como puente a los hombres del grupo.

f) Pauta de entrevista:

La entrevista en profundidad es un método destinado a la construcción de un relato conjunto entre entrevistador y entrevistado, en el que el primero pone al segundo en una posición de analista de sus propias experiencias. Las preguntas generales se hacen a medida que el relato fluye y de acuerdo a las prioridades temáticas que da el entrevistado, el diálogo se apoya en un conjunto mínimo de preguntas, que necesariamente deben repetirse en todas las entrevistas, como una forma de introducir los temas de interés.

Pauta de entrevista en profundidad:

1. Llegada al paseo:

a) ¿Cómo llegaste al paseo?, ¿Por qué llegaste?

2. Modos de uso:

- a) Actividades, recorridos, lugares preferidos.
- b) Evolución y transformación en el modo de uso.

3. Aspectos positivos y negativos del uso del Paseo Ahumada:

a) ¿Qué cosas buenas/malas tiene ocupar el Paseo Ahumada?

4. Percepción y relación con el grupo de pertenencia:

- a) Grados de cohesión grupal, diferencias internas, competencias.
- b) Diferencias en el uso de hombres y mujeres.

5. Percepciones sobre los otros grupos y usos:

- a) ¿Qué piensas de los lustrabotas, ambulantes, clientes del café, evangélicos, mítines políticos, cuerpos de control, etc?
- b) ¿Qué relaciones tienes con ellos?

6. Percepción sobre el proceso modernizador:

a) ¿Que opinas de los cambios urbanos que ha tenido el paseo?.

7. La imagen para los otros:

- a) ¿Cómo percibes que te ve/los ve la gente en el paseo?
- b) ¿Qué piensas de esa opinión?
- c) ¿Cómo respondes frente a ella?

g) La selección de los entrevistados:

La selección de los entrevistados combina grupos de constitución de género mixta y grupos compuestos por un solo género.

Escolares:

Se opta por entrevistar a escolares en virtud de dos razones:

a) Representan la forma mas clara de apropiación femenina del espacio público, grupal, activa y notoria.

b) Constituyen el único grupo que por su movilidad y escaso tiempo de ocupación se puede asociar al tránsito, pero que al mismo tiempo pueden abordarse como un colectivo, pues se caracterizan por ser diarias visitantes del paseo y ser un grupo cerrado y definido de ocupación del espacio público.

En este caso se entrevista a mujeres y hombres. Sin embargo, el análisis se basa prioritariamente en los relatos de las primeras, pues son ellas las que ocupan en forma recurrente el espacio exterior del paseo, mientras los hombres se apropian de un rincón al interior de la estación del metro. Los relatos de los hombres entonces, sirvieron solo para destacar por contraste la relación entre la ocupación móvil y exterior de las mujeres, con los modelos que construían su identidad de género.

Evangélicos:

a) Representan el uso descrito como “participación”. Es decir, los grupos o individuos que usan el Paseo Ahumada como “escenario público”, dirigido a difundir un mensaje determinado, ya sea artístico, político o religioso.

b) Constituyen un colectivo de ocupación con códigos de relación autónomos y con una presencia histórica en el sector. Aunque en su mayoría son hombres, entre los que

van en grupos existe una importante cantidad de predicadoras mujeres, esto permite tener una visión diferenciada del mismo rol por parte de ambos géneros.

Cientes del café “Haiti”:

a) Constituyen el grupo más visible y destacado de ocupación para la sociabilidad, de raigambre histórica en el sector, aportan un valioso relato sobre los cambios sufridos por el espacio en el tiempo y los significados atribuidos a esos cambios.

b) Se definen por ser grupos exclusivamente masculinos, lo que permite vincular la forma de ocupación a la construcción de su identidad de hombres y conocer los mecanismos utilizados para la segregación de las mujeres a otros ámbitos, fuera de lo público.

Se opta por entrevistar a dos miembros de la clientela que tienen entre sus temas prioritarios de conversación los temas culturales, lo que los lleva a elegir de preferencia diálogos al interior del café con otros miembros del ámbito cultural. Esto permite comparar experiencias relativamente similares ligadas a un pasado común.

Lustrabotas:

a) Representantes del uso laboral, junto con los suplementeros constituyen los dos gremios más numerosos y visibles del Paseo Ahumada. El carácter expuesto de la ocupación y las relaciones particulares establecidas con los clientes, los convierten en un caso especialmente valioso para analizar la significación de las relaciones al interior de los espacios públicos, desde la pertenencia al trabajo callejero.

b) Aunque esta compuesto en su mayor parte por hombres, se incluía en el grupo una mujer, su composición mixta permitió comparar la visión femenina y masculina sobre la pertenencia a la labor.

Tabla: Número de entrevistados:

	Hombres	Mujeres	Total
Escolares	1	2	3
Predicadores	1	2	3
Clientes	2	-	2
Lustrabotas	3	1	4
Total	7	5	12

V. MARCO TEORICO-CONCEPTUAL:

V.1) Identidad y espacio público urbano:

a) Antropología de “lo urbano”:

En el capítulo anterior, se hacía mención a la tendencia histórica de los estudios de antropología urbana, a derivar hacia el estudio de grupos específicos, caracterizados por formas de vida o pertenencias culturales comunes, relativamente aislados del resto de la sociedad.

Es el caso de la escuela de sociología de Chicago (Thomas, Park, véase Hannerz, 1986), pioneros en aplicar métodos antropológicos al estudio de las ciudades. Estos estudios se centraron en el análisis en formas de vida colectiva, regiones o “mundos sociales” marginales, nacidas como reacción a la explosiva heterogeneidad social y ruptura de vínculos tradicionales, que reinaba en la ciudad norteamericana durante las primeras décadas del siglo veinte.

La antropología cultural norteamericana, un poco después, recurrió a un enfoque parecido. Sus principales exponentes, Lewis (1965, 66) y Redfield (1954) realizaron estudios de pequeñas comunidades dentro de grandes ciudades, intentado detectar parámetros culturales únicos, que explicaran ya sea la mantención de una condición de pobreza o la conservación de formas de vida tradicional en el contexto urbano. Esta línea de investigación se desarrolló posteriormente, tanto en Europa como en Latinoamérica, hacia nuevos estudios de sectores populares, marginales, tribus urbanas, barras bravas y otros grupos.

El desarrollo de la disciplina, creó la necesidad de realizar estudios destinados a conocer los modos de vida que definen el orden social de las ciudades, mas allá de las particularidades de cada grupo o de cada ciudad particular. El debate se centró en la necesidad de superar una **antropología “en” la ciudad**, el estudio de grupos

específicos al interior de ella, para avanzar a una **antropología “de” la ciudad**, conocer una forma de vida urbana generalizable a todas las ciudades (Hannerz 1986, Delgado 1999).

En la actualidad, la antropología urbana cuenta con un grupo de autores que aspiran a la comprensión y definición de un “orden urbano” (Delgado, 1999) o un “modo de vida urbano” (Hannerz, 1986). Según estos autores, “lo urbano” se constituye por un **cierto tipo de relaciones sociales**, posibles de ser generalizadas a cualquier ciudad, independientemente de su historia o rasgos culturales. Para describirlo se rescatan elementos de la tradición teórica de la antropología, enriquecido con un enfoque interdisciplinario con aportes de la sociología, la filosofía, el urbanismo y otros.

El “orden urbano”, según estos autores, es distinto de la ciudad, susceptible incluso de no encontrarse presente con la misma intensidad en todas ellas, y sí en cambio, de extenderse mas allá de sus fronteras territoriales. Ambos autores sitúan el nacimiento de lo urbano al alero del surgimiento del orden social moderno, caracterizado por una especial división social del trabajo (Hannerz, 1986) y por una inestabilidad de las estructuras sociales (Delgado, 1999). Su opuesto en este sentido mas que lo rural, sería un orden “tradicional”, definido por relaciones sociales mas estructuradas, sólidas y estables y un uso del espacio que expresa dicha estructura.

Según Hannerz, la antropología urbana debiera abordar el modo de vida urbano, a partir de distintos dominios de relación; doméstico, de parentesco, de aprovisionamiento, de recreación, de vecindad y de tránsito. Estos dominios abarcarían todas las experiencias del individuo en la ciudad, tanto en lugares privados como públicos y definirían al sujeto urbano como un conjunto de “papeles” a ejecutar en cada uno de estos “contextos relacionales” (Hannerz, 1999: 173).

Delgado en cambio, plantea que el ámbito de estudio de la antropología urbana es solo el ámbito de las relaciones en los espacios públicos, en tanto opuesto a un tipo de relación estructurado y estable característico del ámbito privado. **En el espacio**

público se expresa el modo de relación urbano, definido como una “urdimbre de relaciones deslocalizadas y precarias” (Delgado,1999:23) caracterizadas por un cierto tipo de comportamiento exterior, o “teatralidad”, destinado a defender el espacio personal de lo imprevisto y ocultar frente a los otros la auténtica identidad.

La mirada de la antropología urbana, según este autor, debiera centrarse en el estudio de estos espacios, “usados transitoriamente” (1999:33), definidos por la libre accesibilidad y dominados por participaciones prioritariamente individuales.

La antropología urbana no es, según la definición de Delgado, ni una antropología de grupos, ni una antropología del espacio, sino una **antropología de un modo de relación social y uso del espacio**. La antropología del espacio, estudia espacios habitados, marcados culturalmente. Lo urbano en cambio, “no es un espacio que puede ser morado, la ciudad tiene habitantes, lo urbano no. En muchos sentidos, lo urbano se desarrolla en “espacios deshabitados o inhabitables” (1999: 33)

Los sujetos de estudio de esta sub-disciplina, “practicantes de lo urbano” (1999: 34), no pueden ser por lo tanto, habitantes poseedores o asentados, sino “actores que () usan” (1999: 33) , sin derecho de propiedad, ni exclusividad sobre un marco espacial que deben compartir en todo momento. Estos usuarios a su vez, “crean” en sus trayectos, una multiplicidad de “gestos, memorias, símbolos y sensaciones” (1999: 36).

La relación que establece Delgado entre **uso y creación de significado** (memoria, símbolos), aporta en la comprensión de las relaciones urbanas, desde la perspectiva de sujetos que se construyen socialmente y que desde sus particulares pertenencias sociales, definirán determinadas formas de valorizar, relacionarse y por lo tanto, usar el espacio.

b) El espacio público como des-identidad:

En términos generales, han existido dos maneras de analizar las relaciones modernas urbanas. La primera le asigna una connotación claramente negativa, profundizando en los efectos de fractura social y alteración de la sociabilidad comunitaria que sucumbirían bajo su dominio; la segunda en tanto, pone el acento en el efecto de “emancipación individual” que estas representan, descubriendo en ellas un potencial democratizador.

La primera tendencia se hace carne en la mirada de una parte importante de los científicos sociales (Sociólogos de Chicago, Lewis, Redfield, hoy día Augé, etc.) como en ciertas formas del sentido común moderno, a través de las cuales tiende a imponerse una representación del espacio público urbano y sus relaciones como fuente de descomposición social, desorganización, individualismo y violencia.

El problema de la pérdida del carácter comunitario de la ciudad, no ha cesado de ser analizado, desde la escuela de sociología de Chicago. Actualmente, adquiere especial relevancia en el estudio de procesos de des-localización, des-territorialización y des-lugarización del espacio urbano, gatillados por una supuesta sustitución del espacio público urbano de la sociabilidad cotidiana, por el espacio mediático de las interacciones virtuales. (Véase Lacarrieu, M, 1996)

Este proceso habría terminado por agotar y destruir las formas de vida pública en la calle características de la modernidad, fenómeno que se relaciona íntimamente con la posible desorganización de la identidad, en vistas de una ciudad que no posibilita la formación de vínculos y asociaciones colectivas de mayor alcance, para unir las biografías individuales en marcos amplios de significados compartidos (Canclini, 1995).

Estos fenómenos se ven incrementados por la creciente explosión demográfica urbana. La cantidad y diversidad de las poblaciones que llegan a la ciudad, elevarían a un nivel extremo la segregación y desconfianza entre distintos sectores, e impedirían el desarrollo de una noción de pertenencia a un mundo urbano común, del cual todos debieran hacerse responsables.

Especial relevancia tiene aquí el problema del impacto del mercado y el consumo, como nueva “forma de vida” en el espacio público urbano. N.G Canclini (1995), afirma en este sentido, el desplazamiento de los referentes de la identidad, desde el ciudadano, como portador de una opinión pública al consumidor, aspirante a un determinado modo de vida.

La ciudad perdería así, su vida pública tradicional, siendo reemplazada por un espacio transformado en producto, de recintos de consumo privatizados, exclusivos y cerrados al entorno urbano, donde los individuos se relacionan con una serie de imágenes y objetivos, para vestir, comer, usar o decorar que son los que constituirían sus búsquedas identitarias.

En las remodelaciones urbanas de Santiago y específicamente en las que se han llevado a cabo en el Paseo Ahumada, es posible observar la imposición de una estructura de consumo (centros de comida rápida, grandes multitiendas, etc.) que ha hecho desaparecer paulatinamente, otro tipo de locales destinados al encuentro y la sociabilidad.

Según Canclini, la sociedad se enfrenta a una “perdida de sentido de la ciudad” (1995: 72), formada cada vez más por unidades privadas cerradas y sin relación, temerosas de la inmensidad y variedad humana que las rodea, que recurre solamente a los medios, para recomponer la disgregación mediante vuelos de cámaras por el cielo urbano y otros.

En cuanto a la identidad, esta se transformaría en un conjunto de mini-roles sin estabilidad temporal, combinación de elementos propios de las tradiciones locales y la multiplicidad de elementos aportados por un mercado mundial, cada vez mas diversificado y personalizado en sus ofertas.

Otras formas de reciclaje del espacio público, es el denominado “city-marketing” (Benach, Sanchez, véase Carrión, Wollrad, Flacso Ecuador,1999) . Una tendencia mundial de política de planificación que busca transformar a la ciudad en un producto vendible, atractivo para las inversiones extranjeras y cierto tipo de población (turistas, inversionistas, profesionales, estudiantes). El espacio público, específicamente los espacios céntricos, se transforman en el rostro promotor de la ciudad, que busca atraer a público externo y seducir al público interno. En estos casos, es la ciudad la que se transforma en sujeto y sus habitantes en objetos al servicio del buen uso del marketing y el éxito de la planificación.

Las remodelaciones urbanas de los centros urbanos por lo general, reproducen este modelo en tanto se transforman en el “rostro visible” y promotor de la ciudad. Tanto hacia el extranjero como frente a los propios nacionales. En sus trazados urbanísticos, sus decoración, en la ocupación comercial, es posible ver inscrito un proyecto de desarrollo al cual se invita a los habitantes a integrar.

Estos distintos fenómenos contemporáneos, se asocian al concepto de no-lugar, definido por Marc Augé (1996). El no-lugar es aquel espacio donde no se puede construir identidad, no se constituyen relaciones y los individuos no perciben un lazo con la historia, no son capaces de crear historicidad a partir de él. Augé contrapone el concepto de no-lugar al de “lugar antropológico”, espacio del reconocimiento y de las marcas culturales, al cual los individuos sienten pertenecer, creando identidad, relación e historia.

El no-lugar, es el espacio donde el individuo vive una “contractualidad solitaria” (1996:105) guiado por textos, tarjetas magnéticas y avisos, mas que por las propias

características del territorio. Sus expresiones más evidentes se encontrarían en instalaciones como los aeropuertos, cajeros automáticos y mini-markets, pero se puede afirmar que ciertos espacios abiertos de la ciudad, ciertas calles céntricas o paseos, también comienzan a recibir la influencia de esta desterritorialización creciente.

El no-lugar, liberado de las marcas de la cultura, es un espacio donde los individuos, a partir de sus itinerarios personales, pueden construir sus propias espacialidades personales, con puntos de encuentros propios y recónditos, lejos de la mirada del control social, en oposición a la estandarización de los individuos por el espacio.

Sin embargo, hay que preguntarse por las relaciones entre urbanización y creación de no-lugares en las ciudades y modernas y responderse que los no-lugares no son espacios absolutamente vacíos de significado. De ellos depende el desarrollo de un mercado cada vez más internacionalizado y global, que a través de su trabajo en el espacio, incentiva y regula ciertas formas de consumo y de relación social particulares, destinadas a la producción de sujetos consumidores, por sobre el sujeto-ciudadano (Canclini, 1995)

c) Las relaciones urbanas:

Otros estudios urbanos (Hannerz 1988, Delgado, 1999) adscriben un significado claramente distinto a las relaciones urbanas. Estos autores afirman que las relaciones transitivas, individualizadas y desterritorializadas del espacio público, permiten a los individuos representar el sueño de la emancipación del individuo de las ataduras culturales. Uno de los elementos centrales del “espíritu moderno”.

Para Delgado las características del modelo de relaciones que impera en el espacio público urbano; conservación del anonimato, movilidad individual constante y distanciamiento, impide a los individuos orientar sus relaciones según parámetros culturales definidos y reconstruir los límites y jerarquías sociales propias de otros espacios. Al interior de ese contexto relacional se crea una fuerza vacía de sentido,

donde los individuos “parecen no ser nada” (1999: 15), en disposición de convertirse en cualquier cosa, una fuerza vacía de deconstrucción de lo social, permanentemente abierta a adquirir nuevos y diversos sentidos.

El espacio público, lugar donde se lleva cabo este tipo de relación, es el lugar de lo que nunca se acaba de solidificar, de la ausencia de reglas y parámetros sociales externos. Allí la sociedad, se vuelve hacia sí y ejecuta una labor, un trabajo sobre sí misma, “produciéndose, haciéndose y luego, rehaciéndose una y otra vez, empleando para ello materiales siempre perecederos...(1999: 25)”

Este tipo de relaciones, características de la modernidad, sería en ese sentido, un espacio de relaciones solitarias, pero a la vez una instancia de reactivación de fuerzas sociales, que el autor asocia al patrón propuesto por Giddens de “estructuración”. Este se refiere a la necesaria institucionalización temporal de las relaciones sociales, en una “modernidad tardía”, caracterizada por la deslocalización creciente de estas instituciones.

En este sentido, para Delgado, las relaciones sociales establecidas en el espacio público, representarían la posibilidad de un sueño de modernidad aún por construirse, de una sociedad que se niega a rigidizar y estructurar sus instituciones, transformándolas en protoestructuras de extraordinaria movilidad y flexibilidad, de manera que nunca se superponen a la conciencia individual como un orden coercitivo.

El espacio público aparece, en esta definición, como una frontera permanente, tierra de nadie y de todos, donde la libre accesibilidad es el único requisito de funcionamiento. Definido como un espacio de permanente trance e indefinición, resulta el lugar más atractivo para personas que se ubican en realidades marginales o en etapas personales de indefinición social; “Adolescentes, inmigrantes, artistas, enamorados, desorientados, outsider, etc.” (1999: 17). Quienes encuentran allí una posibilidad abierta de existir en una potencia de transformación constante, en un espacio de liminalidad que tiende a negar e ignorar las diferencias que los separan de los otros.

El medio social público, es asociado por el autor al modelo del “otro generalizado”, construido por Mead (1990). Allí se realizaría esa **abstracción máxima** de lo social, a través de la cual, el individuo se hace parte de lo social, a la vez que se distancia, se pone a sí mismo en la perspectiva de todos los demás. En el espacio público, reino del individuo múltiple y anónimo, todos son otros, reina la otredad generalizada.

Al parecer, el espacio público moderno se instala en una permanente tensión entre el desarrollo de sus relaciones propiamente urbanas, dirigidas a generar alternativas de transformación y deconstrucción de lo social y el desgaste de estas mismas relaciones, ante la creciente mercantilización de los espacios urbanos, dirigidas por las políticas de planificación urbana ¹

d) Igualdad, diferencia y participación:

La realidad igualitaria del espacio público, no se logra por generación espontánea y así lo reconoce Delgado. Para este autor el espacio público es un terreno preferente de resolución de diferencias y a su vez, de concientización de desigualdades. A partir de él, no solo nos fundimos en una masa de iguales sin más, sino que nos reconocemos como distintos e iguales simultáneamente.

Según Delgado, la extranjería del usuario del espacio público, es el caldo de cultivo para la formación de una conciencia democrática moderna, en tanto allí, todas las relaciones se regulan sobre la base de derechos y deberes abstractos que tienden a la

¹ En este sentido, Delgado propone distinguir dos conceptos, Polis y Urbs. Polis se refiere a la planificación urbana, que busca en forma constante no encauzar, sino anular a la Urbs, las relaciones sociales urbanas. Sin embargo, la planificación nunca logra cabalmente su objetivo, la “Urbs se caracteriza por su capacidad de subvertir el orden urbanístico. Mediante su dispersión y movilidad, los sujetos urbanos intentan diversas tentativas de “desacato microbiano”. La dinámica de la sociedad urbana y su indiferenciación, permitirían impermeabilizarla en gran medida contra las presiones de la administración, pues esta se ejerce sobre un individuo múltiple y mutante, sin identidad social clara.

igualdad. Allí no hay posibilidad de aferrarse a lazos con los otros, basados en la afectividad u otras relaciones de poder de raigambre cultural. Sin embargo, la creciente indiferencia para con las diferencias en el medio público urbano, debe ser un trabajo permanente, para enfrentar la recurrente tendencia social a rigidizar las relaciones, reconstruir límites y territorios y reafirmar jerarquías sociales.

La calle, como único lugar donde esa heterogeneidad se encuentran en situación de igualdad, ha jugado un papel fundamental en la formación de la conciencia moderna (Bermann, 1988). Desde el momento en que las calles y paseos, espacialmente aquellos ubicados en el centro, se abren al conjunto de los habitantes de la ciudad, comienza el trabajo cotidiano de la sociedad sobre sí misma, para resolver, cuestionar o ignorar esas fronteras sociales, tan claramente demarcadas en los mundos privados y laborales.

En las vías de tránsito peatonal se construye colectivamente el espacio público moderno, y comienza a gestarse, como una modernización “desde abajo” (1988:239), una nueva conciencia del otro y del sí mismo social. Comportamientos hasta entonces reclusos en lo privado (el amor de pareja, por ej.), adquieren sentido público y la modernidad promete a través de la espectacularidad del espacio urbano, expectativas de vida a las cuales todos tendrán derecho a aspirar.

El sujeto moderno, enfrentado a este espectáculo de los otros, se ve a sí mismo como espectáculo y descubre en él, dramáticamente, la realidad patente y expuesta de las diferencias inter-clases, transformándose para siempre la forma de significar nuestros lazos de pertenencia social. Los ricos descubren a los pobres y deben resistir sus roces y sus miradas directas, ciertos signos de status a los que antiguamente se aferraban para mantener su prestigio tienden a perder efectividad. Los pobres en tanto, comienzan a demandar su derecho a una ciudad de la que lentamente se empiezan a sentir propietarios. El espacio por un lado, vehiculiza una promesa de cambio, por otro, se abre a la exposición de los obstáculos que impiden su realización.

Marshall Berman describe como el “hombre de la calle”, en esos encuentros cotidianos del día a día, construye poco a poco su identidad de ciudadano, perdiendo temores arcaicos a los poderosos y ocupando lentamente la calle en forma colectiva, construyendo con eso una nueva conciencia de identidad social.

El espacio público, en tanto escenifica las contradicciones sociales fundamentales de una sociedad y hace parte de esa escena a todos los individuos, se transforma en escenario para la confrontación de identidades colectivas, fortalecimiento de organizaciones sociales y demandas de diversa índole al estado.

Los espacios públicos del centro, tienen la particularidad de concentrar la mayor densidad y heterogeneidad de actores sociales en su interior y por lo tanto, en ellos adquiere una visibilidad especial las contradicciones características del espacio público. La heterogeneidad y densidad social de estos espacios, permite definirlos como espacios de “consolidación urbana” (Coulomb, 1988: 87). Los individuos se enfrentan a una imagen abstracta de la ciudad y también, de la sociedad urbana. Exhibirse o participar en el centro es una manera de abandonar la periferia y luchar por el derecho a ser reconocido como ciudadano, por la sociedad y por el estado.

Se trata por lo tanto, de un lugar en el que los individuos, no solo van a ocultarse en el anonimato y la individualidad, sino también acuden a él con la intención explícita de presentarse frente a la “visibilidad generalizada”, para convocar o confrontar a los otros.

Los ocupantes del espacio público y en ciertas ocasiones, las autoridades públicas, producen espacios institucionalizados para la participación colectiva. El espacio público restituye algunos de los principios básicos del “ágora Griega”; definido como un lugar abierto a la interacción discursiva entre iguales en derechos y deberes, agentes privados, que discuten asuntos de interés público y reino de la libertad, contrapuesto al hogar y lo privado, como reino de la dominación (Fraser, 1991)

Delgado descubre el papel que le cabe a la calle, como institucionalización de la esfera pública y lugar de prevalencia de la identidad del ciudadano. Sin embargo no marca una diferencia clara, entre el espacio social de las relaciones transitivas, fundamentado en la movilidad individual y la reserva y el espacio de la participación pública, fundamentado mas bien en la el debate y la exposición de conflictos sociales. Allí, se tiende a la reafirmación de identidades colectivas, impulsadas por una demanda de visibilización.

Ambas formas de relación tienden a la igualdad y a la apertura, a los vínculos basados en principios abstractos y racionales, pero en un caso la identidad trata de confundirse y negarse y en el otro caso, de reafirmarse y confrontarse, uno tiende a la indiferenciación, el otro a la participación.

Como escenario de desarrollo del ámbito público, el espacio público es también una forma de crear nuevos espacios de integración social, donde a través del discurso se pueden reconocer distintas corrientes de opinión de los ciudadanos, ocultas hasta entonces en la esfera privada. El ámbito público crea o permite ciertas reglas de expresión de estas diferencias, en un espacio concreto, que históricamente correspondió a la plaza pública.

V.2) Identidad de género y espacio público:

Al reflexionar sobre las tensiones existentes en el espacio público, entre diferencia, igualdad y participación, es importante preguntarse si la asociación que Delgado hace entre su noción de espacio público y el concepto de “otro generalizado”, resulta congruente con una noción igualitaria e intersticial de las relaciones urbanas. El “otro generalizado” este o no encamado en lo público, busca también, según Mead, en tanto objetivación de las actitudes del “todo social”, la incorporación a la conciencia del individuo, de un orden legitimado y basado en diferencias sociales y jerarquías bien claras.

Mead afirma que la distancia lograda por el individuo en la interacción con el “otro generalizado”, esta destinado a adoptar las actitudes de ese otro hacia si mismo, como una forma de adquirir la objetivación del sí mismo. Entender a las relaciones en el espacio público como otro generalizado, implica necesariamente, concluir que allí, el individuo tiende a adoptar las actitudes de los otros e incorporarse al conjunto social para hacerse parte de actitudes dominantes.

El concepto de “otro generalizado” resulta útil en ese sentido, para entender los límites con los cuales se enfrentan los individuos en su “libre” ocupación del espacio público. Estos límites están relacionados con imposiciones de clase y principalmente por imposiciones de género.

Los códigos de reserva y distanciamiento, que norman las conductas públicas y crean el “consenso” necesario para que este potencial se desarrolle, responden a modelos de comportamiento que se adecuan mejor al comportamiento de las clases medias o altas, quienes imponen un “deber ser” sobre la marcada expresividad de las clases populares por ejemplo.

Otro elemento que dificulta la posibilidad de que las relaciones urbanas, adquieran su potencial “igualitario”, es la existencia de una verdadera dispersión de los espacios públicos, distribuidos en distintos barrios, ocupados a su vez por clases y sectores sociales desiguales, cada uno con sus propios espacios públicos. Solo en los espacios públicos de los centros urbanos, aún se encuentran cara a cara y cotidianamente personas y grupos provenientes de desiguales zonas de la ciudad, manteniéndose a grandes rasgos, las características no segregadas y abiertas que estos requieren.

La exclusión de género, por su parte, se constituye en el elemento principal para diferenciar las relaciones sociales de los espacios públicos, respecto de las del espacio privado, lo público es históricamente asignado a los varones, lo privado a las mujeres.

Los mecanismos de exclusión de género se caracterizan por impedir el acceso de las mujeres, a formas de relación social, que constituyen el núcleo fundamental de formación de la identidad masculina.

Primero, a la esfera femenina se le restringe el acceso a la movilidad individual y “libertad” de movimiento en el espacio público. Las mujeres han sido históricamente marginadas de la actividad en el espacio público, el “espacio de la calle” y por lo tanto, controladas y vigiladas allí con mayor rigor que los hombres en su movilidad, conducta y desplazamiento.

Segundo, las mujeres son desplazadas de un modelo de relaciones, que transforma al espacio público en un escenario de disputas por el acceso a la ciudadanía, un modelo de ocupación basado en la visibilidad y el manejo de un discurso y temas de discusión característicos del mundo masculino, regulados por principios abstractos creados por los varones.. Las mujeres en este sentido, son excluidas de la posibilidad de exponer, hablar y mostrarse en el espacio público con un discurso autónomo y reconocido públicamente (Amorós, 1990, Fraser, 1991, Barbieri, 1991, Patrón, 1996 y otros) .

a)Asignación diferenciada de esferas:

Es necesario por lo tanto, analizar las raíces culturales que excluyen a las mujeres de la participación en lo público, en tanto, actores ajenos a los modelos de relación y participación que definen el ámbito público masculino, basado en principios abstractos de ciudadanía.

La discusión en torno al tema de la identidad de género, se centrará en las determinantes culturales de la división público-privado. Los impedimentos que enfrentan las mujeres, para apropiarse de espacios en lo público desde su individualidad y acceder a la participación social, así como a las alternativas que se generan para ocupar el espacio público de forma de evadir el control social.

La asignación diferenciada de espacios público-masculino, privado-femenino, encuentra su sostén cultural, en un código valorativo que otorga a las actividades desarrolladas por los hombres mayores grados de valor, prestigio y reconocimiento que a aquellas actividades asignadas a las mujeres.

Este es el planteamiento de M.Z.Rosaldo (Véase, Amorós, 1990: 9), para quien la subvaloración de las actividades femeninas tiene carácter universal, independientemente del carácter de estas actividades, en los diferentes pueblos, culturas y contextos históricos. Las actividades mas valoradas socialmente, serian siempre aquellas que se desarrollan en el ámbito de lo público, de los vínculos sociales de mas amplio alcance, mientras las menos valoradas, son las actividades que se desarrollan en el micro-mundo de lo privado y del hogar.

Celia Amorós reafirmará esta idea con su conceptualización de lo público como el espacio "del reconocimiento, de lo que se ve, de aquello que esta expuesto a la mirada pública" (1990: 8), se trata, en este caso, del espacio de la memoria cultural, de lo que se ha registrado como historia, por lo tanto, toda tarea que quisiera hacerse valorar, debiera tender a lo público, a hacerse ver, "a masculinizarse, a hacerse reconocer" (1990:8).

La mujer, en cambio, ocupa el espacio privado, el espacio de lo maternal. Este espacio se define por una serie de obligaciones y compromisos morales que constriñen a la mujer a un uso del tiempo y el espacio limitados, marcado por la necesidad de resguardar la sobrevivencia de los nuevos individuos y hurtado a los demás por su escasa relevancia.

La reclusión de la mujer en el espacio de la casa y de los hijos, le daría a los hombres un mayor margen de tiempo libre y libertad de movimiento, que se aprovecharía en crear "esas amplias asociaciones que llamamos sociedad, sistemas universalistas de orden, sentido y responsabilidad que reúnen en particular a los grupos de madres e

hijos" (1990: 16), en ellos, el hombre tendría que construir roles que no están basados en lo natural o lo biológico.

La realización de la persona masculina no viene dada, sigue la autora, sino que debe ser permanentemente demostrada y confirmada por medio de parámetros y modelos de evaluación creados socialmente, **el ámbito público se constituye como un espacio de permanentes competencias por la realización plena de la masculinidad.**

En este proceso de competencias, los hombres definen sus individualidades y se asignan espacios claramente delimitados de poder, sobre la base de jerarquías y clasificaciones muy elaboradas. **El espacio privado en cambio, es aquel, donde los patrones estructurados para repartir poder no existen**, precisamente porque allí no hay poder que repartir, las propias mujeres son las repartidas en su segregación a lo privado.

Este modelo es el que rige la participación en el espacio público. La esfera masculina se apodera de los espacios públicos, la calle, como espacios dominio exclusivo, Para que estos definan los modelos dominantes para relacionarse, convivir y disputar.

El mundo público, aparece según Celia Amorós como el espacio de "pacto social entre posibles sujetos de poder" (1990:9), un espacio de competencias reguladas y reglamentadas, donde cada uno debe marcar un "ubi" diferencial, el espacio configurado por diferentes individualidades en reconocimiento que se autoinstituyen "sujetos de contrato social" (1990:9), compitiendo como iguales, aunque el poder finalmente no se reparta en partes iguales.

El espacio privado, se ubicaría en el polo opuesto, como un espacio "pre-cívico" y "pre-político" (Molina Petit, véase Hurtado, Nuñez, Santa Cruz, Valdés, 1997: 25). En él, el principio de individuación no existe, ni como categoría ontológica, ni como categoría política, es el espacio de lo indiscernible, el lugar de las idénticas.

En el orden moderno, el espacio público ha pasado a representar aquel espacio distinto y opuesto a las ataduras y constricciones del orden tradicional. El espacio público es el de los ciudadanos, caracterizados por reglas de participación exclusivas, definidas, teóricamente, por la libre accesibilidad y la suspensión de los límites culturales que rigen a los otros espacios.

El modelo de espacio público moderno se rige, según Fraser(1991) , por reglas que ponen a todos sus participantes en un rango de igualdad, para que desde allí discutan, debatan y participen de lo público como sujetos de poder. Según esta autora, sin embargo, el principio de deliberación entre iguales, genera un omniabarcador “nosotros” que se cierra a las diferencias y discursos minoritarios. La libre deliberación sirve para recalcar la dominación, mediante estilos de comportamiento que imponen a quien se toma la palabra o habla mas fuerte que los otros, desplazando en especial a las mujeres, quienes no acceden a un manejo de los temas públicos y del discurso en igualdad de condiciones.

Concebido, para la representación de múltiples identidades sociales, la participación en el ámbito público, se define tanto por el uso de la voz y el discurso, como por formas de expresión, estilos de comportamiento y otras marcas diversas que conforman la identidad y que permiten la imposición de ciertas formas de comportamiento, características de un público masculino.

El ámbito público por lo tanto, se construye en una permanente tensión entre los principios ideales que lo constituyen, que tienden a la apertura y la inclusión y las prácticas que lo realizan, que buscan cerrarlo, imponerlo a otro tipo de públicos, segregar y distinguir. Mediante la igualdad formal, se esconde una desigualdad de género y social real e impuesta.

La definición que Delgado y Bermann, hacen de las relaciones en el espacio público, no analizan las distintas formas por las que hombres y mujeres accederían al “potencial democratizador” de las relaciones urbanas. La definición que Delgado en particular

hace del "sujeto urbano" como un individuo con capacidad de participación y libre movilidad. Es necesario analizar el acceso que logra la esfera femenina a esta noción "ideal" de ámbito público antes enunciada, para determinar hasta que punto, las opciones de libre movilidad individual son un patrimonio de todo individuo, independiente de su género.

b) Formas de poder y participación femenina:

Visibilidad e individuación:

El hecho que las mujeres definan sus roles sociales y constituyan su identidad de género a partir de su pertenencia al ámbito de lo privado, crea en ellas, numerosas dificultades para construirse como sujetos de derecho y de poder en la esfera pública. (Lagarde, 1989) Las formas de demandar una intervención activa en lo público, no son las mismas en hombres y mujeres y la creación de formas de participación propias y autónomas, un logro especialmente difícil para las segundas.

La mujer, dice esta autora, vive en el espacio privado del "extrañamiento", situada en las afueras de lo cultural, están separadas en el mundo, viven en la escisión del género, como aquellas barreras infranqueables que las distancian, hasta el grado de impedirles reconocerse e identificarse. La única posibilidad de obtener este reconocimiento del cual carecen, es en la competencia con las otras mujeres, para tratar de cumplir con el modelo que se les impone desde la esfera masculina.

Sin embargo, es necesario cuestionar el supuesto de que la participación pública femenina carece absolutamente de toda posibilidad para construir formas de poder y reconocimiento, con autonomía de la esfera masculina.

Si para participar de lo público es necesario que las mujeres, logren un proceso de individuación, se debe tratar de comprender que barreras deben romper para acceder a formas concretas de participación en el espacio público y cuales pueden ser los

elementos conceptuales, que nos ayuden a avanzar en el conocimiento de formas más activas de expresar la construcción de identidad en el espacio.

Según Gilligan (Ver Hurtado, Nuñez, Santa Cruz, Valdés, 1997) Una de las dificultades principales que encuentran las mujeres para la construcción de participación pública real, es la **dificultad para negociar y asumir conflictos**. "La identificación con el modelo cultural de la maternidad, predispone a las mujeres a privilegiar el servicio y la atención a los demás y refuerza en ellas un rol de mediadoras"(1997:29), la esfera femenina y masculina, esta guiadas por una ética distinta, la primera por la ética del cuidado, la atención, el altruismo y el consenso, la segunda por la ética del derecho.

En segundo lugar, para las mujeres **sería difícil exponerse públicamente**. Se enfrentan a una historia cultural que privilegia la exposición de sus atributos físicos, por sobre los contenidos de su discurso, las relega a ocupar aquellos espacios que están en la trastienda, "los espacios privados de lo público" (1997:24), donde se relegan las actividades menos visibles, reconocibles y valoradas, se produce entonces una falta de reconocimiento, ante la carencia de espacios donde se puedan visualizar a si mismas y a las otras en la participación pública.

Las dificultades a las que se enfrentan las mujeres para relacionarse y participar en lo público, plantea la posibilidad que su acceso a estos espacios, se lleve a cabo en base a un tipo de relación distinto y opuesto al que define a la esfera masculina, caracterizado por la reproducción de relaciones propias de la esfera privada, dominadas por lazos de mayor afectividad y estabilidad y menos por la búsqueda de movilidad individual y diferenciación o por la lucha por la visibilidad y el reconocimiento.

Desde otra perspectiva, se plantea que las relaciones inter-géneros, no pueden ser entendidas como pura subordinación (Rosaldo, 1974, Tarrés 1989), pues se entiende que toda relación de desigualdad, para mantenerse, debe necesariamente contar con algún **margen de consenso** implícito o explícito entre las partes.

M.Z.Rosaldo piensa que en aquellas sociedades donde la separación entre las dos esferas pública y privada es especialmente profunda y por lo tanto, la distribución de poderes menos equitativa, las mujeres tienden a equiparar poder, **acentuando sus diferencias** con los hombres, por ejemplo, reforzando el poder doméstico a partir de la creación de organizaciones centradas en temas domésticos o acentuando atributos asignados a lo femenino, como el misterio, el desorden y la sensualidad.

La visión de estas autoras permite oponer el carácter expuesto y relativamente regulado de la participación masculina, a la desregulación, desorden y “misterio” de la participación femenina. En este sentido, la sensación de desorden, los poderes encubiertos, el misterio, la ausencia de parámetros claros para evaluar actitudes y acciones, generarían en el orden masculino, un desasosiego similar al del poder político, cuando se enfrenta a la nube microbiana de los peatones en movimiento.

La asociación entre estos dos campos de relación, permite incluir al mundo femenino entre aquellas existencias excluidas de las estructuras de poder social, que acuden al espacio público como una manera de relacionarse con una sociedad en la que los límites que los separan con los otros, tienden a ignorarse (Delgado, 1999).

Al sumergirse las mujeres en el mundo individual y anónimo de los transeúntes, están en ese sentido, buscando formas de ocupación de lo público, opuestas y distantes de los modelos de competencia que rigen las relaciones del ámbito masculino. Los modelos de ocupación escogidos se apartan de la lucha por el acceso a la visibilidad o la participación activa, pero pueden desarrollar allí, una conciencia de su pertenencia social, regida por principios distintos, a los que configuran la participación masculina.

Otra forma de participación femenina en el espacio público, consiste en la creación de un tipo particular de poder, exclusivamente femenino, que María Luísa Tarrés (Vease, Orlandina de Oliveira, 1989) denomina como “campo de acción femenino” (1989: 206). Estas organizaciones se constituyen para satisfacer necesidades ligadas al mundo

doméstico, pero se sustentan en coincidencias e identidades sociales definidas, reconocen adversarios, estrategias y consensos a través de múltiples acciones cotidianas. Se trata, dice la autora, de una "forma diferente de hacer política, en la que se enfatiza la acción y la administración de la vida social" (1989:208), a diferencia de la política tradicional que enfatiza la institución, el poder y la capacidad de manejar el discurso.

Estos espacios en los que la mujer se constituye como sujeto activo de su organización, podrían, según Tarres, formar parte de "**estrategias de autosegregación**" (1989: 216), destinadas a evitar conflictos con el orden tradicional, aun cuando crea demandas y significados nuevos. El estudio de estas estrategias, resulta útil en tanto son formas de organización que establecen ciertos grados de continuidad entre las esferas pública y privada. En el caso de los espacios públicos urbanos, el concepto se puede aplicar, por ejemplo, al análisis de la participación de mujeres en rubros laborales denominados por hombres, pues esta participación esta motivada fundamentalmente por la búsqueda de sobrevivencia en la calle, lo cual liga a las mujeres con las demandas y roles del ámbito privado.

V.3)La Identidad: Individuo y sociedad:

Se han recogido en la primera parte del capítulo cinco, diversos planteamientos que sitúan a las relaciones públicas urbanas en una contradicción constante entre individuación, integración y exclusión. Se combinan al interior del espacio público un modelo de relaciones moderno, definido por un potencial de desarrollo de la ciudadanía y la participación igualitaria, con otro, marcado por la tendencia a la segregación y la negación de la identidad, impuesta por los valores del mercado y consumo.

Se ha desarrollado la discusión en torno a la vigencia dentro de las relaciones en los espacios públicos, de mecanismos de segregación de género o clase de raíz cultural, que coartan las posibilidades de ocupación igualitarias a todos los ocupantes.

Al hablar de identidad y espacio público por lo tanto, se debe poner en cuestión el problema de la tensión entre **subjetivación individual** e **integración social**, tratando de contestar las siguientes preguntas; ¿ Como construyen los sujetos, representaciones propias de sí mismos y los otros en el espacio público urbano?, ¿Cómo adoptan los valores y significados que los otros les atribuyen?, ¿Que parámetros utilizan para clasificar, identificarse o distinguirse de los otros, con quienes comparten diariamente el espacio público urbano?

La noción de identidad está sometida hoy día a una profunda revisión. Se cuestionan planteamientos de la sociología tradicional que conciben a la identidad básicamente, como una “estructura social”, dirigida hacia el reconocimiento del sí mismo en la internalización de los significados o adopción de las actitudes sociales del contexto social de pertenencia.

El estudio del proceso de construcción de identidad, debe tener en cuenta las transformaciones que ha sufrido el orden moderno en las últimas décadas. Debe cuestionarse una definición de identidad personal basada solamente en la tendencia a la integración, pues esta no se adapta completamente a las características de un nuevo modelo social, caracterizado por la distancia del actor con su sistema y el fortalecimiento de la subjetividad individual.

Autores contemporáneos como Giddens (1995), Dubet (1994), o Barbier (1997) tienen en común el analizar el proceso de construcción de la identidad, otorgándole un valor primordial a la capacidad de los individuos de construir proyectos identitarios autogestionados, basados en la elección abierta y cambiante de los vínculos sociales o en la construcción de una trayectoria de vida, que el propio sujeto perciba como auténtica y coherente.

La identidad por lo tanto, se sitúa en una negociación y tensión constante entre las lógicas sociales y modelos culturales que atribuyen y asignan al sujeto determinadas

representaciones de la identidad y las definiciones y proyectos personales construidos desde la subjetivación y la distancia. Aunque se trata de un proceso desarrollado principalmente en la conciencia, se ve expresado en formas de comportamiento, visibles desde un observador externo.

a) Integración y autonomía:

El debate sobre el tema de la identidad en la actualidad, se centra en las críticas que se le hacen a un modelo de análisis del proceso de construcción de identidad, cuyo eje es la necesidad de la persona de integrarse al orden social; a las expectativas que la sociedad se hace de él y a los modelos de conducta o significados que esta impone.

En la comprensión de la identidad como integración social, la adopción de las actitudes de los otros, aparece como un elemento fundamental para adquirir la conciencia objetivada del sí mismo. Este es el proceso que describe G.H Mead (1990) para describir la formación de la persona. Autores como Morgan y Taylor (1968), en cambio, consideran que el elemento fundamental para llegar a este objetivo, es el internalizar un conjunto de significados dados por el grupo, a través, del cual la persona se construye en tanto parte de un mundo compartido socialmente.

Para G.H Mead, la base de la formación de la persona está en el desarrollo de un proceso de objetivación del sí mismo, cuya finalidad es que podamos ser tan objetivos hacia nosotros mismos, como lo somos frente a los otros en la interacción social.

Según este autor, la comunicación se dirige en forma correspondiente, hacia los otros y a nosotros mismos. Por lo tanto, la distancia que necesitamos tomar para llegar a la objetivación del sí mismo, necesita de la observación de las actitudes y las reacciones que nuestras actitudes provocan en los otros. El individuo desarrolla un proceso de adopción sistemática de actitudes de otros, como una forma de ir orientando sobre la base de ellas, su unidad e integridad de persona.

La formación de la persona se logra cuando conocemos y organizamos el conjunto de reacciones que podemos provocar en la interacción con los otros. Solo en ese momento, el sujeto obtiene la coherencia objetivada de pensamiento y acción. **“En cuanto objeto para sí, la persona es esencialmente una estructura social que surge en la experiencia social”** (1990: 172).

Para Berger y Luckmann, en tanto, la formación de la persona se construye como una “entidad reflejada” en los otros, a partir de la objetivación de los procesos subjetivos de los otros.

El teatro básico de interacción, la cotidianeidad, se aprehende como una realidad ordenada de antemano en pautas que parecen independientes de la aprehensión personal. El orden social, según estos autores, “clausura el mundo” antes de la existencia del propio sujeto. Es en la ubicación en este mundo, compartido y previamente clausurado, ya dado y vivido por los otros, donde la identidad toma su forma, pudiendo asumirse subjetivamente, solo junto a ese mundo. Los pilares de la conformación de una noción de sí mismo, por lo tanto, serían **el lenguaje y el diálogo cotidiano**, marco de reafirmación del proceso de construcción del “yo”.

Estos últimos planteamientos, son los que se ponen en cuestión actualmente, autores tan variados como Dubet, Giddens y Augé. Según estos autores, el proceso de formación de la identidad se enfrenta ahora, a un orden social “sobremoderno” (Augé, 1995) o de la “modernidad tardía” (Giddens, 1995), caracterizado por profundos quiebres en las estructuras tradicionales de socialización.

El mundo moderno se enfrenta, según Giddens, a crecientes procesos de fragmentación tiempo-espacial debida a la influencia de la experiencia mediada, la caída de un sistema de autoridad claro y la creciente mercantilización de la experiencia personal. Una serie de dilemas existenciales, gatillan una nueva forma de constituir la identidad individual, destinada a enfrentar una sociedad definida por la “incertidumbre y la

elección múltiple”, sin que exista un sistema de autoridad que guíe a los individuos en las alternativas de elección, que deben elegir constantemente.

El “yo” debe, en este sentido, dejarse de entender solamente como “entidad reflejada”, pues ya no hay un orden social integrado en el cual reflejarse. El sistema ha perdido su capacidad de internalizarse en el sujeto asegurándole a este, el logro de una conciencia de sí, en un vínculo indisoluble entre ambos.

La implosión comunicacional y mediática que extiende su influencia a nivel global, dice Augé (1995), altera definitivamente las nociones tradicionales de tiempo- espacio y por lo tanto, la posibilidad de pautar colectivamente fronteras entre lo propio y lo ajeno, lo cercano y lo distante.

La socialización para estos autores debe ser replanteada en el contexto de un mundo cuyos marcos normativos y cognitivos pierden sentido para el conjunto de los miembros de la sociedad. Las concepciones tradicionales, no son válidas, dice Dubet, en tanto en la actualidad “la objetividad del sistema y la subjetividad individual se separan” (1994).

Estos procesos de cambio dinámico, depositan en el propio actor o sujeto la responsabilidad sobre la construcción de vínculos con lo social, en un mundo que pierde las certidumbres modernas depositadas en la racionalidad ilustrada y los fundamentos de un orden tradicional. El, por si mismo, debe asegurar hoy la coherencia y estabilidad de su trayectoria de vida, definir sus lazos de pertenencia social y elegir formas de expresar la identidad en la acción.

Es importante en este punto, distinguir en los planteamientos enfocados a la integración, la diferencia que se establece entre los términos de adopción, utilizado por Mead y de internalización, utilizado por Berger y Luckmann. El primero, entrega al sujeto un papel mas activo en la conformación de su persona, al reconocer en este una cuota de autonomía en la adopción de las actitudes de los otros hacia su persona.

La internalización, en cambio, describe el proceso mediante el cual el individuo se constituye a partir de un campo de significados ya dado de antemano, con un margen muy mínimo de alternativas sobre cual de estos significados incorporará a la definición de su “yo”.

Otro de los conceptos que es puesto en cuestión en la actualidad, es el de **“otro generalizado”** propuesto por Mead. Este concepto describe la relación del individuo, con la sociedad como totalidad. Según Mead, en el proceso de sedimentación de la conciencia personal, la adopción de las actitudes de los otros entre sí y de los otros hacia el sí mismo, serían procesos menos determinantes que la adopción por parte del individuo, de las actitudes de la comunidad “como un todo”.

En la medida que el individuo logre verse a sí mismo, en la perspectiva del todo social con el que interactúa e integre el conjunto de reacciones que en esa totalidad social provoca, el proceso de formación de la persona estará concluido. A su vez, este proceso permitirá que el orden social se internalice en la conciencia individual, pasando a formar parte de las bases mismas del pensamiento individual. .²

La idea de “otro generalizado” es puesta en cuestión por las razones ya expuestas mas arriba. En la medida que se entiende al orden social como un orden en proceso de fragmentación, es imposible validar la idea de la adopción por parte del individuo de las actitudes que hacia él dirige ese “otro”, pues estas serian demasiado heterogéneas y dispersas como para garantizarle al individuo su unidad de persona.

Sin embargo, el concepto resulta útil para esta investigación, en tanto el tipo de relación individuo- sociedad establecido en los espacios publicos urbano, específicamente en el Paseo Ahumada, instala al individuo frente a una representación de la totalidad social única, que es asimilable al concepto de “otro generalizado”. Allí, las actitudes del “otro” se generalizan y el proceso de verse a sí mismo en la perspectiva de “todos” los demás se vive cotidianamente.

El hecho de que en el espacio público, se represente como en ningún otro espacio de relación, el dinamismo, la diversidad y la dispersión individual del orden moderno, permite representar en él, la confluencia de la multiplicidad de opciones identitarias que se le presentan al individuo. Se adquiere allí una imagen cohesionada de la relación del individuo con la sociedad contemporánea, lo que permite a su vez, conocer las diferentes estrategias seguidas por cada uno, para orientar la construcción identitaria en confrontación con lo social.

La noción de “otro generalizado” a la vez, permiten orientar la mirada hacia los modelos culturales que ejercen dominio sobre las relaciones públicas urbanas, a pesar de la tendencia de estas a “negar” las diferencias y límites culturales. En este sentido, el papel que cumple el “otro generalizado” en la concepción de Mead, puede tener un equivalente en el marco de explicación de Berger y Luckmann, en el concepto de “universo simbólico”²²

El “universo simbólico” para estos autores se define como “cuerpos de tradición teórica, que integran zonas de significado diferente y abarcan el orden institucional en una totalidad simbólica” (1968) englobando dentro de él toda la experiencia humana, intra y extra cotidiana, allí se desarrolla la sociedad, su historia y las biografías individuales. Estos símbolos aunque se separan del aquí y del ahora, necesitan reafirmarse en el diálogo cotidiano, como una forma de salvaguardar la simetría entre realidad objetiva y subjetiva.

El universo simbólico por lo tanto, otorga completa legitimación al mundo intersubjetivo en el cual el individuo se inserta, a través de él se internaliza el orden cultural, como parte de la definición personal.”.

² A su vez, un equivalente conceptual, del “universo simbólico”, , para entender a la interacción como intercambio de significados, es el concepto de “universo de raciocinio”, elaborado por Mead. Para este autor, todo símbolo tiene carácter universal, pues provoca en los otros lo que provoca en el si mismo. Sin

Basándose en la discusión sobre el papel de la cultura en las relaciones públicas urbanas, es dable pensar que el marco cultural dominante, ejerce también su influencia en las relaciones al interior de los espacios públicos urbanos y encuentra en esas interacciones cotidianas un nuevo espacio de confirmación.

b) La búsqueda de autenticidad:

Es necesario concluir la exposición de este debate, analizando las nuevas formas de concebir el proceso de construcción de identidad, en el marco de un orden social marcado por la dispersión de referentes identitarios.

En este sentido, existen diferencias importantes en la definición que cada autor hace, de las alternativas que eligen los individuos para enfrentar los cambios, de modo de evitar que la propia identidad personal se fragmente y la conciencia individual, pierda la integridad básica que necesita para construirse como individuo.

Giddens, en su libro “Modernidad e identidad del yo” (1995), plantea que la sociedad moderna puede ser definida como una sociedad de la “duda metódica”. Los individuos se ven sometido a la omnipresencia de sistemas abstractos, que los despojan de conocimientos esenciales para mantener el vínculo con cuestiones morales amplias y de mayor trascendencia, transformando todo nuevo conocimiento en hipótesis.

Frente a este panorama, deben idear formas de reapropiación de la propia experiencia, construyendo la identidad en un proceso “internamente referencial” (1995: 14), en función de lograr una coherencia biográfica, en una continuidad interpretada reflejamente. La identidad por lo tanto, no se debiera buscar ni en el comportamiento, (reside en el plano de lo consciente y allí se construye), ni en la relación con los otros, sino en la capacidad para **llevar adelante una crónica particular, a partir de un control personal.**

el lenguaje simbólico, el individuo sería incapaz de objetivarse, pues no podría asociar las actitudes de los otros a las propias.

El eje movilizador de la construcción de identidad es la búsqueda de una continuidad biográfica, que busca su coherencia a través de los comportamientos y acciones, mediante la creación de una “apariencia normal” (1995: 105) (dice relación con el manejo del cuerpo y la apariencia en concordancia con la crónica personal) y de la elección determinada de ciertos “estilos de vida” (1995:105) . Los últimos son definidos como “conjuntos de prácticas mas o menos integradas, que satisfacen necesidades utilitarias y dan forma material a la crónica concreta de la identidad del yo” (1991:105). En la medida que estos aspectos guarden la coherencia necesaria, el individuo alcanzará la **autenticidad**, que es la garantía de una crónica personal bien conducida.

La elección de “estilos de vida”, según el autor, no es atributo exclusivo de los sectores sociales más pudientes. Todos los individuos, independiente de su pertenencia social, de género o étnica tienen acceso a un cierto rango de opciones donde elegir, bajo ciertas presiones sociales o de grupo. Entre los posibles estilo de vida está la adquisición de posturas críticas al sistema.

Según Giddens, a pesar del despojo y la duda que afectan al individuo moderno, este es capaz de lograr un dominio de las relaciones y las circunstancias sociales, que intervienen reflejamente en la construcción de identidad, en una medida mucho mayor de lo que antes era posible, liberado ahora de ataduras y constricciones de raíz tradicional que limitaban su capacidad de elección.

La noción de identidad de Francois Dubet (1994), pone el acento en los cambios del vínculo de los actores con el sistema y describe las formas por las cuales, el sujeto, autor de su propia identidad, diversifica las opciones de construcción de esta. Según este autor, en las actuales sociedades el otro se diversifica y multiplica de diferentes maneras, haciendo de la identidad una búsqueda variable y constante de nuevas formas de relación en función de los propios objetivos. La identidad pasa así, de ser entendida como inclusión progresiva en un orden amplio, a ser entendida como un

“trabajo” permanente de modificación de las relaciones con ese orden. Los sujetos varían así, desde la mayor distancia con el sistema, hasta la búsqueda de pertenencias y adscripción a roles tradicionales.

Según Dubet los actores nunca están plenamente en su acción, cultura o intereses. La característica del individuo moderno es la movilidad (que no es siempre sinónimo de libertad). La distancia con los roles, los intereses y la cultura se explica porque el individuo está movilizado fundamentalmente, por la búsqueda de la **autenticidad**.

El análisis de Dubet se centra en las posibilidades de los individuos para definir sus vínculos sociales en función de sus propios intereses. Es decir, dicho en términos de Giddens; las formas de relación con lo social que eligen los individuos para la concreción de sus respectivos “estilos de vida”.

Dubet afirma que los sujetos en la actualidad orientan sus acciones para enfrentar una situación social determinada, combinando distintos modos de significar y entender lo social. Dubet se diferencia de Giddens, al plantear que la conformación puramente subjetiva de la identidad, es una tendencia actual, pero no es la única ni la exclusiva lógica que guía a los individuos modernos. La construcción de identidad concurre hacia tres formas de vincularse con lo social; hacia formas de integración tradicional en las que imperen códigos de moral comunitario, hacia la búsqueda de un status que permita competir en una sociedad concebida como mercado y hacia la oposición a los modelos culturales, en el refuerzo de la subjetividad.

Las formas a través de las cuales la persona se ve reflejada y reconocida en su contexto social y busca la pertenencia a un cierto sistema de valores, debe ser, por lo tanto, revalidada en el análisis.

Un modo de hacer más operativo el análisis de la identidad, que integre tanto el rol que cumple el sistema social, en tanto ámbito de reconocimiento, socialización y

pertenencia y al mismo tiempo, valide la búsqueda de distancia y autonomía de los individuos, es el que ofrece J.M Barbier.

Barbier (1997) entiende a la identidad como un proceso en el que el sujeto interactúa con su sistema social en una relación de mutua influencia. La identidad no se construye de manera aislada, los individuos construyen representaciones y discursos identitarios en todas las situaciones que tienen como desafío “poner en contacto actores en un mismo espacio de representación e indirectamente en un espacio de práctica” (1997:14).

La identidad es entendida así como “una representación mental y discursiva que los actores sociales operan respecto a sí mismos y respecto a los seres sociales con los cuales entran en contacto” (1997:15), teniendo como afán inmediato, el dominio de la relación que se mantiene, es decir, depende siempre de la interacción.

Desde este punto de vista, para el análisis de la identidad, se deben distinguir tres dimensiones; las representaciones que un actor individual o colectivo tiene sobre sí mismo, las que su entorno social construye sobre sí y la interiorización de estas.

Barbier aplica al análisis las ideas enunciadas por Giddens y Doherty, en el sentido que por más fuerte e interdependiente que sea la relación entre la imagen de sí y el reconocimiento que hace el otro de esa imagen, ambas dimensiones no guardan la misma significación y deben ser analíticamente separadas.

Es necesario también, hacer la distinción entre las representaciones hechas en torno a un estado presente del actor y las construcciones hechas sobre un estado deseable del mismo. Se debe entender a la identidad, como un proceso o “un trabajo” continuo y permanente en busca de la concreción de una imagen de sí. Barbier reconoce por lo tanto, dos dimensiones de la identidad; el reconocimiento identitario, es decir, las construcciones que el actor hace de sí mismo en estado presente y el proyecto identitario, las construcciones hechas sobre un estado deseable.

Al aplicar este modelo de análisis a las relaciones en el espacio público, se debe tomar en cuenta que la identidad construida en función del otro, es más compleja que la que se hace visible en entornos familiares o institucionales. Al interior del espacio público, debe distinguirse entre aquellas representaciones provenientes de la pertenencia a un **“otro generalizado”, la sociedad móvil y abstracta presente en el espacio público**, de las provenientes de los individuos o grupos de los cuales se forma parte o con los cuales el individuo entra en relación.

Se ha mencionado más arriba las atenuantes que tiene la noción de Delgado sobre las relaciones urbanas, en relación al supuesto de que estas suspenden las reglas culturales imperantes en otros espacios, gracias a la movilidad y distancia mantenida por los individuos. Es necesario analizar el problema, desde una perspectiva que combine una atención al potencial de “libertad individual” que tiene el espacio público, con la influencia que adquieren sobre los mismos individuos, ciertos modelos culturales de comportamientos, actividad y presentación que allí se representan.

Para comprender esta influencia que la “sociedad móvil” del espacio público ejerce sobre los individuos, es esencial analizar el papel que tiene la exposición pública a la cual están sometidos los individuos. De este modo, el espacio público aparece como un escenario ideal para conocer las tensiones existentes entre una identidad construida desde la distancia individual, para sí y una identidad construida para el otro, que tiende a la adscripción a roles y a la internalización de atribuciones sociales hechas desde fuera.

Sin embargo, la identidad construida como identidad para el otro, debe incorporar en este caso, la identidad que se construye en referencia al grupo de ocupación, por ejemplo, evangélicos para evangélicos, lustrabotas para lustrabotas, etc. Por lo tanto, el proyecto identitario y la imagen de sí, deben situarse en la tensión entre **tres actores** y sus propias representaciones; la imagen construida para los otros (otro generalizado), para el grupo de pertenencia más inmediato y para sí. Se debe observar por lo tanto, en

que medida, las representaciones sobre el sujeto provenientes del “otro generalizado”, ejercen su influencia en el grado de pertenencia e identificación que cada individuo tiene con el propio grupo.

La definición de un **proyecto identitario**, se hará en función de lo que Giddens describe como la “búsqueda de coherencia biográfica”, es decir, la búsqueda de un estado deseable en función de una trayectoria de vida, expresada a través del discurso y de las formas de **ocupación y relación** en el Paseo Ahumada.

Por último, en el análisis de la **identidad de género**, el modelo propuesto por Barbier, se analiza en función de los antecedentes revisados sobre la segregación de género en el espacio público. Allí queda claro que la forma en que las mujeres construyen su identidad, tiende a construirse preferentemente en referencia a los otros, siéndoles mucho más difícil, lograr los grados de distanciamiento individual con el sistema para desarrollar una identidad para sí, según un proyecto y una imagen construida en forma autónoma.

Se debe analizar por lo tanto, la forma a través de las cuales la mujer enfrenta la segregación de género en el espacio público y en que medida adopta como parte de su definición personal, las representaciones que se hacen de ella, desde un “otro generalizado”, representado en la multitud del espacio público y desde el grupo de pertenencia. Se identificarán así, las estrategias utilizadas por las mujeres, destinadas a construir su identidad desde la subjetividad y autodeterminación y las diferencias con respecto a las que elige la esfera masculina.

VI) ENTRANDO AL PASEO:

El Paseo Ahumada, desde los tempranos tiempos de formación de la República,² se ha caracterizado por ser un importante sector comercial y de servicios. Hoy en día mantiene ese rol, como núcleo comercial del barrio céntrico. El grueso de la ocupación comercial está conformado por multitiendas, ventas de artículos de hogar y vestuario, grandes sedes bancarias, farmacias, disquerías, fuentes de soda, cafés y negocios de comida rápida. Hoy día la vía peatonal y en general todo el barrio céntrico, superan en ventas a la suma de todos los grandes y modernos malls de Santiago.

En cuanto a las oficinas interiores, en su mayoría está ocupada por bouffetes de abogados, corredoras de propiedades, financieras y consultas médicas. En la actualidad menos del cinco por ciento de los departamentos son casas particulares. La gran mayoría de los antiguos habitantes han emigrado, debido a la gran contaminación acústica existente en el lugar.

La calle Ahumada ha tendido siempre a ser la cabecera de los procesos modernizadores de la ciudad. Fue la primera que contó con adoquines y sereno bajo la naciente República, durante este siglo se caracterizó por una floreciente vida cultural, símbolo del surgimiento de una clase media educada y políticamente poderosa. Este rol se reafirmó en 1978 cuando se convirtió en vía peatonal, con esta remodelación, las autoridades municipales de la época buscaron reactivar el comercio local y embellecer el sector de Santiago, el más visible y concurrido por el extranjero.

Durante los años ochenta fue ocupado masivamente por comercio ambulante de distinto tipo, durante el día y de noche se hacían presentes numerosos shows callejeros y juegos de azar, a esto se sumó un extremo deterioro habitacional del barrio céntrico,

² Estos datos y la mayor parte de la información histórica contenida en el capítulo de antecedentes, fueron obtenidos en entrevista personal con Miguel Laborde, arquitecto, historiador urbano, ensayista, cronista del Mercurio.

por lo que se generalizó una imagen del Paseo Ahumada, como el lugar de la inseguridad y la delincuencia.

La situación cambió luego del fin del régimen militar. La municipalidad inició un plan de revitalización general del barrio céntrico, construyendo parques, edificaciones habitacionales nuevas y transformando la faz del paseo, mediante un proceso de reactivación y renovación de los espacios comerciales.

Este plan trajo consigo una intensificación del control y vigilancia estatal destinada principalmente a controlar la delincuencia y a erradicar a los comerciantes ambulantes, fue así como se patentaron algunos oficios callejeros antes ilegales, mientras se erradicaba a otros definitivamente de las vías centrales. Se instalaron cámaras de vigilancia y se introdujeron inspectores municipales que apoyan la labor de carabineros.

El año 1992, coincidiendo con la cumbre hispanoamericana de presidentes, se realiza una nueva remodelación destinada a realzar la estética del lugar, con símbolos de modernidad e higiene urbana. Se cambió el material de la pista peatonal a uno de mayor lisura, se modernizaron las instalaciones de basureros y bancos, se instalaron semáforos para ciegos y se despejó la vía de antiguas fuentes y otras instalaciones para priorizar la fluidez del tránsito. En el ámbito comercial, los cambios generaron la llegada de nuevos locales de comida rápida que reemplazaron a otros más tradicionales, como los locales de apuesta hípica y se inauguraron nuevas y modernas sedes bancarias.

VI.1 El Paseo Ahumada en un día laboral:



a) La mañana. Orden y distribución:

La primera hora de la mañana se caracteriza por un tránsito fluido y acelerado dominado por trabajadores que inician su jornada laboral. Resulta fácil distinguir las pertenencias y destinos de una gran parte de ellos. Las actividades se enmarcan en una ritualidad que se reitera en forma muy similar todos los días de la semana. Los individuos confluyen a sus respectivos lugares de trabajo sin interceptarse entre sí, por lo que las posibilidades de tensiones o conflictos son muy bajas.

A las siete de la mañana, no más de diez personas emergen de la salida del metro Universidad de Chile, mujeres y hombres en tenida formal, ternos y trajes de dos piezas, en su mayoría adultos o adultos jóvenes. La mayor parte camina de sur a norte, los flujos desembocan tanto desde el metro, en oleadas sucesivas, como desde la avenida Alameda. Todas las tiendas, quioscos y bancos están con sus cortinas abajo.

El desplazarse de los transeúntes es acelerado y fluido, los que vienen del sur marchan de preferencia por la pista central, los pocos que caminan hacia Alameda, circulan de preferencia por las pistas laterales.

Aun no se forma multitud sobre el paseo, cada persona cuenta con un amplio margen de espacio para desplazarse con libertad, ser miradas desde los bancos o las tiendas, esto permite en muchos de ellos una actitud abstraída, evidente en aquellos que van conectados al walk'man.

Con celeridad pasan hombres uniformados en distintos colores, de sur a norte y de norte a sur, cargando carros con cajas, productos alimenticios, galones, para abastecer a los diferentes locales de alimento del centro; restaurantes, fuentes de soda, sandwicherías, etc.

Simultáneamente, cruzan los únicos trabajadores callejeros presentes hasta el momento, los basureros hombres, con su tenida naranja describen diagonales de lado a lado, la pala en una mano el escobillón en la otra, silenciosos, realizan su función. En las orillas, mujeres basureras vestidas de azul, premunidas de ganchos, extraen hojas secas y papeles arrugados del interior de las macetas para depositarlas en una bolsa.

A las siete y media, llegan los primeros suplementeros; dos hombres, un viejo y un joven, vestidos de uniforme con el logo del "metropolitano" se paran uno frente a la escalinata del metro, otro en la esquina con Alameda, anunciando con leves gritos su producto y juntándose para conversar cada tanto.

A esa hora, en la tercera cuadra, ya está abierto el café "Haiti" y el café "Caribe" recibiendo a tradicionales clientes, conectados por lo general con oficinas colindantes, de abogados o casas comerciales. Estos, antes de entrar, parados a un costado de la puerta vidriada, dialogan con suplementeros de puesto fijo en el lugar y lustrabotas, que vestidos con sus uniformes rojos, recién disponen sus elementos de trabajo, escobillas, pastas y grasa, en el puesto patentado de todos los días. De vez en cuando

entran algunas mujeres, en uniforme de trabajo de distintos colores, a comprar su café para llevarlo a la oficina.

A las ocho se engruesa la oleada que sale del metro y el tráfico de gente desde Alameda. Desde el norte, timidamente y a goteras pasan algunas personas, de distintas edades, vistiendo tenidas de menor formalidad.

Algunos de los transeúntes se apoyan en las barreras de la estación del metro, a esperar el encuentro con otros o la apertura del local de trabajo, una o dos personas se sientan en los bancos laterales, iniciando un juego de miradas recíprocas con los transeúntes.

La inmensa mayoría llega al paseo solo, quienes llegan en parejas son en su mayoría mujeres, muchas de ellas vistiendo uniformes de distintos tonos y cortes que permiten asociarlas a roles de vendedoras de multitiendas, secretarias o ejecutivas bancarias.

Esta primera etapa de la mañana esta marcada por la llegada ordenada de los transeúntes, la mayor parte de ellos en tenida formal, en un caminar fluido, sin obstáculos a su paso ni contacto significativos entre ellos, el tipo de relación establecido a esa hora, permite encuadrar al general de los transeúntes del paseo en una sola identidad, la de trabajadores de oficinas interiores iniciando su jornada.

A las ocho y media, el paseo deja de ser solo una vía peatonal de tránsito hacia otros destinos, para abrir sus conexiones hacia los costados, espacios interiores destinados al consumo.

El Mc'Donalds, frente al metro, es el primero en abrir sus cortinas metálicas, le seguirán las otras tiendas de comida rápida. Los jóvenes dependientes, vestidos con delantales, se encargan de prender las luces instalar los tachos de basura y limpiar suelo y entrada con traperos y escobillas. Al unisono llegan los quiosqueros, a colgar

entamente revistas y diarios en el mostrador, luego inician el día las farmacias, las multitiendas y por último, las tiendas especializadas y los bancos.

Cuando Fallabella- vestuario, descubre sus vitrinas se inaugura un nuevo espacio de detención, especialmente femenino. Por largos minutos se suceden las mujeres al “vitrineo”, muchas de ellas sin intenciones de ingresar a la tienda, en una posta que se prolonga durante todo el día.

Hacia las nueve llegan transeúntes ataviados con vestimentas, trajes y apariencias de mayor diversidad, aunque las tenidas formales aún son mayoría. Viejos y jóvenes, se suman a la mayoría de adultos o adultos jóvenes, vistiendo tenidas coloridas, chalecos, chaquetas o zapatillas. Al deambular a un ritmo desacelerado o pasearse alrededor de la estación, dejan la incógnita sobre el destino que vienen a cumplir en Ahumada.

A las diez de la mañana, los asientos están copados de gente, especialmente adultos mayores, la mayoría hombres. Desde este momento será difícil encontrar un puesto vacío en ellos durante el día, los ocuparán mujeres en compra, ancianos, jubilados o jóvenes cesantes en busca de trabajo, que aprovechan el tiempo para lo que ellos denominan como “vitriear” (mirar la variedad de mujeres en tránsito). Cosa parecida ocurre con las tazas de piedra que circundan los árboles, donde se sientan los primeros consumidores en descanso.

Alrededor de estas se mueven otros oficios, de clara pertenencia institucional. Guardias de distintas oficinas aun cerradas, se sientan a esperar y conversar en los bancos, funcionarios de la feria del disco, conversan en grupo con los lustrabotas, esperando la apertura de la cortina metálica. Tal vez los únicos trabajadores independientes presentes, son los cafeteros y vendedores de sandwinches, que entre lustrín y lustrín se trasladan conversando y ofreciendo su producto.

Hacia el centro de la pista, cerca de esquina con Moneda, se instala hacia las nueve y media un mendigo tullido y abre la cuenca de su mano implorando una moneda, en un gesto fijo, que no variará hasta la tarde.

Un poco mas cerca de la estación, a la misma hora, un saxofonista y cantante de ópera, de pie, luce una voz de alta calidad melódica, viste abrigo y sombrero de piel y equipado con accesorios de fina tecnología (Micrófono, equipo de sonido, diskettes). Al terminar cada tema, pasa el sombrero y ofrece cassettes de su autoría, rodeado de un público silencioso y atento, en su mayoría masculino. Allí está durante las dos horas que la autoridad ha reglamentado para su intervención. El equipamiento que lo rodea, sumado a la potencia de su voz, capaz de cubrir dos cuadras del paseo, contribuyen al ambiente despejado que impera hasta esa hora.

La distribución ordenada de los trabajadores, el tránsito fluido, sin obstrucciones, la homogeneidad general de las vestimentas crea un clima de tranquilidad. Se cuenta con espacio y tiempo para desarrollar las actividades personales sin mayores interrupciones, en su mayor parte, formas de sociabilidad rutinarias; Conversas en los bancos entre los trabajadores, “tallas” a la salida del café y el comentario de las primeras noticias, los contactos repetidos con los primeros clientes en quioscos y lustrines, elementos que remarcan un dominio del paseo por parte de personajes reconocibles.

La primera mañana constituye un espacio exclusivo, en el que los usos asignados por la autoridad y su debido emplazamiento espacial, se desarrolla sin grandes contradicciones. Este ambiente es remarcado ceremonialmente por el paseo de ida y vuelta de una pareja de carabineros que recorren las cuatro cuadras de punta a cabo, lentamente, en un ritmo seguro.

Hacia las once el paseo abre paso definitivamente a la ocupación para el consumo. Una multitud de visitantes entra a los túneles de las galerías comerciales, en su mayoría mujeres, ojean con atención las vitrinas y entran para preguntar precios o

adquirir algunos productos. Afuera de las multitienda Fallabella, una veintena de personas mira con atención, impresoras, computadores y refrigeradores al interior de las vitrinas, atrás de ellos, un ciego hace sonar tangos en su acordeón. En el interior de la tienda, unos pocos clientes se pasean contemplando los precios y consultando a los vendedores.

Las fuentes de soda y negocios de comida rápida reciben a algunas parejas o gente sola que llenan medianamente los locales, los juegos “Diana” ya cuentan con algunos jóvenes insertando fichas para sumergirse en ruidosos volantes y pistolas. Alrededor de las tazas de piedra, se sientan los consumidores, en su mayoría mujeres, algunas en grupos familiares, tomándose un jugo o sirviéndose un helado.

El caminar de la gente, es cada vez más difícil percibirlo en flujos de uno y otro lado y más bien, se avanza en una serie de encuentros, visuales o auditivos, con otros que vienen, van, se adelantan, cruzan, se paran desde los bancos, se detienen a conversar o se pliegan a un grupo en detención.

Una señora busca asiento bolsa en mano. Discute un jubilado con un joven demandando su derecho preferente al banco. Se detienen los oficinistas a lustrarse los zapatos. Alenta su marcha una mujer para escuchar al evangélico. Se agrupan los transeúntes alrededor de los quioscos, se topan los hombros unos con otros, se miran y vuelven a distanciarse.

En el tráfico de peatones, cada vez más denso de la primera cuadra, se detiene diariamente, en un banco frente a MIDEPLAN (Ministerio de planificación), un grupo de Mapuche de la “Coordinadora Arauco-Malleco”; hombres y mujeres, jóvenes y adultos, ropas tradicionales atavian a las mujeres mayores, los hombres y jóvenes visten ropas informales. Tocan kultrún y pifilca, rodean todo el banco, tienden un papel en el suelo con fotos y escritos denunciando la situación en las tomas del sur. Atado desde el banco a un árbol, se extiende otro pliego de denuncias sobre abusos del estado contra los Mapuche, acompañados de grandes fotos recortadas de noticias del

diario o proclamas propias. A través del megáfono, piden colaboración con un par de cajas de cartón, dentro de las cuales, caen las monedas con persistencia.

La gente se detiene frente a ellos en silencio, por lo general en un grupo de diez personas. Algunos se acercan a hacerles preguntas; profesores preguntándoles por las características de los trajes y los instrumentos, periodistas de radios populares, transeúntes solidarios.

Mas allá, se instala un predicador evangélico, quien con especial energía, agita brazos y balancea la cabeza de arriba abajo, mientras relaciona la palabra de la Biblia con algunos estudios científicos sobre la realidad social Chilena, personajes de la televisión y otros hechos de impacto público. La prédica es escuchada con atención por unas veinte personas en promedio, sentadas en las tazas o paradas frente al predicador.

Solo a unos metros, al frente, se instala sobre los monolitos una pareja de jóvenes, ejecutores de “eutonía” o estatuarias, que crean un show para un momento de recreación de los transeúntes, consistente en la exposición de cuerpos cubiertos de pintura monocroma, representación de estatuas humanas que al recibir monedas se activan en movimientos fragmentarios. Por lo general, frente a ellos se detienen jóvenes o mujeres con sus hijos, personas que parecen andar de compras. Por detrás, hombres de terno, alzan las cabezas, sonríen y prosiguen su camino.

b)Mediodía. Confluencia:

El **mediodía** esta marcado por una creciente complejidad del medio social. El mundo laboral, hasta entonces en tareas en las tiendas y oficinas interiores, vuelve a salir al paseo y entrecruza sus recorridos con el de los consumidores. El mediodía es un momento caracterizado por la superposición de distintos grupos de ocupación.

Las vendedoras de multitiendas, destacan por el color de sus uniformes y por andar siempre en grupo o pareja. Describen diagonales de lado a lado, portan las colaciones

del día o se sientan en los bancos y tazas a conversar un rato antes de la jornada de la tarde. El Café Caribe y Haití se desbordan de público, grandes grupos de oficinistas y jubilados ocupan la acera central, para conversar y piropear a las mujeres. Los adultos de terno de la mañana, ahora caminarán en grupo, desde y hacia el café, la presencia de jóvenes aumenta. Especialmente notorios, son los grupos familiares, de madres con sus hijos y/o esposos. Tomados de la mano o muy allegados, se pasean entre las tazas de piedra, entran y salen de las tiendas cargando bolsas o conversan mientras lengüetean sus helados.

A esta hora definitivamente no hay donde sentarse, los que se detienen lo hacen de pie, apoyados en los árboles o en los bancos. Cerca de las una y media o dos de la tarde, desde el norte, llegan las escolares, en su mayoría mujeres, preferentemente en parejas, se mueven en una dirección en otra, toman posición en un banco para darse un tiempo de conversar, ríen con expresividad o desembocan en la galería “Eurocentro”, donde se encuentran con sus pares hombres, vitrineando en tiendas de ropa y música juvenil de distintos estilos.

Un poco antes del mediodía se han apostado en las escalinatas del Banco de Chile, algunos grupos de demanda civil o política. Instalan una mesa, carteles, pliegos y conversan con el público persona a persona explicando sus demandas y respondiendo las variadas preguntas o palabras de apoyo que la gente les expresa. Muchos de ellos portan una caja y papeles para una votación improvisada o piden al transeúnte que estampe una firma de apoyo.

A las tres o cuatro de la tarde, se sumarán a los múltiples ruidos y actividades presentes a esa hora, los gritos de los suplementeros, que venden el vespertino “La segunda” en la intersección con Huérfanos y Agustinas, en la entrada de la estación de metro y frente a los café Haití y Caribe. Se ponen las camisetas con el logo del periódico y cubren en gritos concatenados el entorno de las cuatro cuadras, sin detenerse, hasta las siete de la tarde aproximadamente.

del día o se sientan en los bancos y tazas a conversar un rato antes de la jornada de la tarde. El Café Caribe y Haití se desbordan de público, grandes grupos de oficinistas y jubilados ocupan la acera central, para conversar y piropear a las mujeres. Los adultos de terno de la mañana, ahora caminarán en grupo, desde y hacia el café, la presencia de jóvenes aumenta. Especialmente notorios, son los grupos familiares, de madres con sus hijos y/o esposos. Tomados de la mano o muy allegados, se pasean entre las tazas de piedra, entran y salen de las tiendas cargando bolsas o conversan mientras lengüetean sus helados.

A esta hora definitivamente no hay donde sentarse, los que se detienen lo hacen de pie, apoyados en los árboles o en los bancos. Cerca de las una y media o dos de la tarde, desde el norte, llegan las escolares, en su mayoría mujeres, preferentemente en parejas, se mueven en una dirección en otra, toman posición en un banco para darse un tiempo de conversar, ríen con expresividad o desembocan en la galería “Eurocentro”, donde se encuentran con sus pares hombres, vitrineando en tiendas de ropa y música juvenil de distintos estilos.

Un poco antes del mediodía se han apostado en las escalinatas del Banco de Chile, algunos grupos de demanda civil o política. Instalan una mesa, carteles, pliegos y conversan con el público persona a persona explicando sus demandas y respondiendo las variadas preguntas o palabras de apoyo que la gente les expresa. Muchos de ellos portan una caja y papeles para una votación improvisada o piden al transeúnte que estampe una firma de apoyo.

A las tres o cuatro de la tarde, se sumarán a los múltiples ruidos y actividades presentes a esa hora, los gritos de los suplementeros, que venden el vespertino “La segunda” en la intersección con Huérfanos y Agustinas, en la entrada de la estación de metro y frente a los café Haití y Caribe. Se ponen las camisetas con el logo del periódico y cubren en gritos concatenados el entorno de las cuatro cuadras, sin detenerse, hasta las siete de la tarde aproximadamente.

Apenas llegan los fajos de diarios, son instalados en dos o tres montones en el suelo sobre un pliego de papel. Rápidamente se acercan los transeúntes, casi todos hombres, a rodear los titulares repasándolos en silencio. Unos compran el ejemplar y se marchan, dejando al resto de grupo aún absorbido en las letras rojas, mientras el supientero cruza unas palabras con algunos clientes o con algún vendedor de códigos legales que se le acerca.

En cada uno de los puntos de venta de diarios, en los quioscos o en el suelo, se mantendrá por una media hora un círculo de curiosos. Al rato, entregan los ejemplares en los puestos de los lustrines, los que se servirán del vespertino para entretener a los clientes mientras realizan la lustrada.

En la primera cuadra en tanto, un grupo de personas se detiene a observar por un rato, en los muestrarios de la tienda “Hites”, una hilera de televisores prendidos que dan hacia la calle, les atraerán principalmente las noticias o algún otro hecho curioso o divertido que ofrezca la programación.

Entre las cuatro y las cinco de la tarde, el paseo mantiene un ritmo de actividades intenso, caracterizado por la presencia de uno o dos predicadores, algún acto civil y con seguridad, los Mapuche, aferrados a su banco.

Las mujeres y hombres con bolsas en las manos que acompañan a la multitud, delata la realización de las compras. Locales como la feria del disco, el Mc`donalds y los juegos Diana ya están llenos de gente: Jóvenes , parejas y familias, hombres jóvenes, constituyen la mayoría de los ocupantes respectivamente.

c) Atardecer: Confluencia y disputa.

Hacia las siete de la tarde el flujo de norte a sur, tiende a ser mayoritario, las multitiendas, locales de video juego se repletan, las tiendas de artículos de cocina se llenan de mujeres, circulando entre los objetos colgando de paredes y techo, el

Mc'Donalds exhibe grupos de personas en espera a la entrada, o transeúntes tomándose su bebida en las barandas de la estación del metro.

Los alrededores de la estación de metro Universidad de Chile se abarrotan. Desde la esquina con Alameda, formados en filas, apoyados contra las vitrinas de Fallabella y otras tiendas colindantes, alrededor de los bancos o sentados en el suelo a la entrada del "Citibank". Los ocupan hombres, mujeres, parejas de amigos jóvenes, grupos laborales y familias, en espera de un encuentro, algunos portan bolsas o cajas de productos recién comprados.

Luego de muy desiguales tiempos de espera, al producirse el encuentro, se ocupan unos minutos en conversar en el mismo sitio, las parejas se abrazan y besan, para después partir a tomarse una bebida, caminar hacia Huérfanos, sector de los cines o dirigirse a tomar la micro en Alameda.

La acera es ocupada por evangélicos, agrupados o solos, que se apostan desde las siete y media hasta las nueve de la noche en la primera, tercera y cuarta cuadra, sustituyéndose en algunos puestos o interfiriéndose entre sí, combinando distintas técnicas de predicar. En la primera y tercera cuadra se instalan bandas instrumentales, con grandes cajas de sonido a los lados, conformadas por guitarras eléctricas, baterías y voz amplificadas, otros grupos más pequeños usan micrófono y banda sonora grabada, entonando baladas o cantos de Mariachis. El resto se dirige en forma individual o grupal sostenidos en la voz.

Los predicadores solitarios suelen verse amagados por el estruendo de "sus hermanos" mas equipados, otros optan por ir a la cuarta cuadra, mas despejada, donde forman un semicírculo de unas diez o quince personas, que cantan detrás de una serie de predicadores que se turnan la palabra.

Alrededor de algunos predicadores se forman grandes grupos de oyentes de hasta ciento cincuenta personas, muchos de ellos, seguidores del predicador. Los que poseen

las bandas musicales más completas, se acompañan de un grupo de hermanos que bailan y saltan, formando un agitado cúmulo humano que en algunos puntos cubre gran parte de la acera, obstruyendo absolutamente el tránsito. Otros en cambio, solitarios, gritan y declaman, observando como los transeúntes pasan a su lado, con rostros indiferentes o de claro rechazo.

Dependiendo del día, el paseo es ocupado por grupos musicales sin intencionalidad religiosa. El más recurrente es un grupo musical de ocho hombres, caracterizado por temas y estética andina, que interpreta de preferencia temas del grupo “Illapu”, algunos transeúntes los acompañan en el canto con entusiasmo.

Instalados en las escalinatas del Banco de Chile, esta la última pareja de estatuarias del día. Durante su actuación, suelen ser atacados verbalmente por algunos de los predicadores solitarios con quienes comparten “zona” de actuación.

Todos estos actores, presentes al término de la jornada laboral, concentran un círculo de gente alrededor, que se transforma en obstáculo a ser sorteados por los, a esta hora, mas acelerados transeúntes, yendo o viniendo de compras o camino a la Alameda, luego de la salida del trabajo.

A su vez, cerca de la entrada del metro, alrededor de los quioscos, suelen quedarse a conversar, parados en medio de la acera, grupos de hombres de tres, cuatro o cinco miembros, vestidos de terno, quienes dialogan durante unos minutos antes de dispersarse. Cosa parecida ocurre, aunque en menor cantidad, en la esquina con moneda, donde en parejas o en grupos de a tres o cuatro hombres de terno, conversan durante unos segundos antes de cruzar.

En el borde norte de la calle Huérfanos, **entre las siete y las ocho**, poco a poco se engruesa un grupo que discute sin escándalo, de vez en cuando se acercan transeúntes y no tardan en integrarse al debate. Se trata de grupos debate teológico, destinados a la confrontación de distintas formas de interpretación de la Biblia y otras materias

religiosas y espirituales, todos hombres, se instalan de preferencia en las orillas, a la salida de la galería..., aunque también pueden colocarse al centro, por lo general, El grupo que inicia la discusión, esta compuesto por participantes estables y recurrentes, quienes son los que lideran luego el desarrollo de la discusión. Poco rato después de reunidos los primeros, comienzan a dividirse en numerosos sub-grupos, hasta juntar unas treinta a cuarenta personas.

Toda esta variedad de ocupaciones, esta diversidad de actores en movimiento, demandando una activa participación en el espacio o transitando en grandes flujos de tránsito, en busca de diversos fines, transforman la franja horaria que va desde las siete a las nueve y media, en el momento de mayor dispersión y diferenciación de actividades, segmentación del público, cantidad y variedad de agrupamientos, proximidad corporal, altos decibeles superpuestos, el momento del día caracterizado por la ocupación mas masiva.

Parece ser que los dos grupos que le dan este dinamismo a las relaciones que caracterizan al anochecer, son los trabajadores en su salida del trabajo y los consumidores que desembocan en el lugar, suponemos, desde distintos puntos de la ciudad, organizados en familias, grupos de amigos, colegas o amantes. Ellos atochan las tiendas superiluminadas de Ahumada, las fuentes de soda, los video-juegos y otros, plegándose en su paseo por el exterior a los evangélicos que buscan con ahínco su atención, a los músicos que ofrecen temas de gran arrastre popular, combinado con chistes y “tallas”, a los grupos de discusión religiosa, a las conversaciones en bancos, esquinas y entrada del metro. Mientras el tránsito se agita, revuelve y agrupa, en torno a los nuevos actores del paseo, llegan a esta hora nuevos tipos de trabajadores callejeros.

Entre la multitud en movimiento, se instalan en distintos puntos los repartidores de volantes, hombres y mujeres jóvenes, desprovistos de uniforme. En la primera cuadra, una mujer sola con minifalda y chaqueta, promueve shows eróticos para mujeres,

durante un par de horas extiende sus manos hacia los transeúntes, hasta que se deshace de su fajo de volantes.

Mientras uno o dos jóvenes ejecutan esta labor, hacia las ocho, una veintena de personas, hombres y mujeres, se sientan apoyados en las vitrinas de Fallabella con grandes bolsas de género y otros paquetes plásticos en la mano. Allí están unos veinte minutos aprox. luego avanzan hacia el norte una media cuadra e inician de a poco, la instalación de pliegos de género y papel, donde exhiben los productos para la venta. Son los vendedores ambulantes, grupo que marcará el inicio de una transición entre formas de ocupación laboral legalizadas a otras informales.

Cuando los ambulantes se instalan por primera vez, la mayor parte de los lustrabotas que trabajan en el día se han retirado, llevando sus lustrines rodantes, en la mano. En sus puestos se instalan reemplazantes, en su mayoría jóvenes sin uniforme, que cobran tarifa rebajada (100 0 150 pesos) y reciben una bajísima cantidad de clientes en comparación con sus antecesores.

A las ocho y media, comienzan a descolgar de los muestrarios, las revistas y diarios los dueños de quioscos que ya van a cerrar, a las nueve, cierra el último de los quioscos, a las diez, las multitiendas y locales especializados ya están todos cerrados, así como los locales de comida rápida, a las once, el café “Caribe” y los juegos “Diana” despiden a sus últimos y escasos clientes, la mayor parte, apostadores de carreras.

Desde entonces, solo permanecerán abiertos el “Prosit” y el “Sucesso”, fuentes de soda que reciben a apostadores de carrera, a los últimos participantes del debate teológico o a los humoristas y músicos que después de su show, cuentan allí sus ganancias. La gran mayoría de los clientes de estos locales son hombres.

d) La noche. Soledad y similitud:

Cuando las cortinas de todos los locales se bajan, el paseo vuelve a independizarse de las tiendas adyacentes para volcar todas las actividades en la acera, los trabajadores de todo el circuito comercial y financiero y los servicios asociados a este, han abandonado el lugar hasta el siguiente día. El paseo vuelve a homogeneizar sus usos y la variedad de relaciones y sujetos disminuye claramente, escasean las tenidas formales como ternos o trajes y se imponen ropas más informales y modos de hablar y expresarse propios de los sectores populares.

Quienes llegan después de las **diez de la noche**, suelen darse un tiempo para mirar con calma la variedad de productos ofrecidas por el comercio ambulante u observar a los nuevos músicos y humoristas, riéndose a destajo con sus actuaciones.

Las ofertas comerciales son todas expuestas en la calle sin distinguir o segmentar a los clientes. Los transeúntes observan con entera libertad los productos. Apenas uno de ellos se detiene a observar alguno de los puestos, el vendedor consulta preferencia y expone precios; el comercio ambulante alinea sin orden claro a lo largo de tres cuadras, desde Alameda hasta Huérfanos, artículos como juguetes y ropa para guagua, con vestuario Ecuatoriano para adultos, música discoteckera o literatura. La misma variedad caracteriza a los vendedores, que van desde indígenas otavaleños, adolescentes en tenida “rapera” (polerones con sombrero y zapatillas de caña alta) hasta señoras ancianas.

Simultáneamente, una serie de espectáculos callejeros de diversión llenan los puestos antes ocupados por activistas políticos y evangélicos. En las escalinatas del Banco de Chile, una pareja de hombres de pelo largo presenta un show humorístico lleno de referencias eróticas. Unas doscientas personas, en su mayoría hombres, se detienen a

observarlos, la mayor parte no se retira hasta que se termina el número. Hacia Alameda, un mago flaco se inserta cuchillos por la boca y la nariz, mientras en la cuarta cuadra, los pintores en spray, extienden pliegos de papel hacia el público y se lanzan a completar obras “insitu”, tardando no más de cinco minutos en completar sus imágenes cósmicas.

La actividad callejera como los shows y otras actividades no interpela a los transeúntes a la reflexión o la crítica, como si lo hacían los evangélicos, los Mapuche o las organizaciones civiles en acción. La noche en el paseo Ahumada no es un lugar de disputas, de oposiciones, actividades de demanda o proselitismo sino que su funcionalidad se encauza fundamentalmente a la recreación y la ganancia de dinero rápida.

Luego de las **diez u once de la noche**, es extraño ver mujeres sin compañía de hombres, vayan estas en grupo, parejas o solas. En medio de un grupo de observantes de un show nocturno, los hombres se colocan a las espaldas de la mujer, para protegerlas de agresiones y “manoseos” masculinos, que pudieran aprovechar la oscuridad y la multitud. El tema es recurrentemente mencionado en los sketch de los cómicos.

En medio del ambiente recreativo, atraviesa por el centro de la acera en moto una pareja de carabineros de cuerpos especiales, con casco y uniforme de campaña, en marcha lenta, con rugir de motores, provocando a sus espaldas pifias de los transeúntes.

A esta hora se hacen visibles, formas de trabajo habitualmente escondidas entre la multitud durante la jornada laboral. Aunque la prostitución homosexual y heterosexual es una constante durante todo el día (niñas jóvenes sentadas en los bancos o jóvenes “mostaceros” a la “caza” de algún cliente), un grupo de jóvenes “Gay”, agrupados en la estación del metro Universidad de Chile, después de las diez se abren para caminar

desde la plaza a la Alameda por el medio de la acera. Durante la noche, los clientes, los recogen en algún banco o los suben al auto en una esquina.

Alrededor de las **doce de la noche** se retira un gran número de vendedores ambulantes; hacia las una de la madrugada ya no queda ninguno. Los shows nocturnos también desaparecen a esa hora, el paseo esta prácticamente vacío.

Los únicos actores visibles entonces, son una serie de recolectores de basura, que se mueven en familia, incluyendo jóvenes, niños y mujeres, entre tarro y tarro. De vez en cuando se sientan para escarbar y seleccionar en cada bolsa el producto que necesitan. Otros, hombres solos, se inclinan sobre los tachitos de basura al lado de los bancos, hunden las manos y se mueven al que sigue, luego pasan a los negocios de fast food, a seleccionar alimentos entre las toneladas de sobras abandonadas durante el día.

VII) DESCRIPCION DE LOS USOS DADOS AL ESPACIO:

La variedad de grupos y actividades que se observan en el Paseo Ahumada, demuestra que este constituye un flujo de relaciones sociales muy diversas, que no pueden definirse bajo un solo modelo de relación. La ocupación de este espacio público se divide en distintos modos de uso³, que conforman formas de agrupamiento o espacios sociales caracterizados por relaciones distintivas.

Los elementos de la ocupación que expresan distintos usos son variados: El tipo de emplazamiento que diferencia a unos de otros, los sectores ocupados y recorridos, la posición y tiempo de ocupación, el uso de uniforme, el trato cotidiano. Sin embargo, el primer elemento para distinguir unos usos de otros es la actividad particular que se realiza.

Se distinguen así, cuatro formas de uso: Los que trabajan (uso laboral), los que van en función de convocar a los transeúntes hacia un mensaje público determinado, artístico,

³ Ver capítulo metodología, pág 18.

político o religioso (uso de participación), quienes se juntan a sociabilizar o constituyen instancias de encuentro específicas del espacio (uso de sociabilidad) y por último, los que simplemente pasan por el paseo, en actividades de compras o en tránsito hacia otro punto (uso de tránsito).

El uso no se cierra a un determinado tipo de personas, puede ser llevado a cabo por una gama amplia de sujetos quienes a su vez, en su incursión en el espacio pueden combinar varios usos. Existen sin embargo, grupos característicos de cada uso de mayor estabilidad y asentamiento, capaces de generar una historia propia, que determinan grados de identidad grupal con códigos internos, conformando **espacios sociales** distintivos al interior de las relaciones del paseo.

A continuación, se describirá cada uso en función de cinco elementos:

- a) La caracterización de los sujetos que eligen las distintas formas de uso.
- b) La descripción de sus modos.
- c) La identificación y descripción de espacios específicos apropiados dentro del paseo.
- d) Las diferencias en la forma de ocupación entre hombres y mujeres, al interior de cada uso.
- e) La revisión y análisis de entrevistas en profundidad, realizadas a un grupo representante de cada uso, para analizar la relación entre estas formas de relación y ocupación y el proceso de construcción de identidad.

VII.1) El uso de tránsito:

Entre el consumo y el trabajo.



La vía peatonal del Paseo Ahumada está prioritariamente asignada al uso de tránsito. Trescientas mil personas ocupan esta vía diariamente, esta multitud que transita tiende a imponer sobre otros grupos y sectores sus formas de relación características.

El modelo de relación que define este uso es el de relaciones prioritariamente individuales, transitivas, funcionales, en general, entre desconocidos, quienes constantemente buscan mantener la reserva de su identidad e intenciones frente al otro y la distancia física necesaria, para no involucrarse en contactos de mayor confianza.

El grupo social que hace un uso de tránsito por definición, es el de los consumidores. Este incluye a todos los individuos que acuden al paseo solos o en grupo, para realizar trámites o compras de cualquier producto. Hacia este sector se destina prácticamente toda la infraestructura comercial del Paseo Ahumada; multitiendas, negocios pequeños, bancos, financieras, etc. Lugares donde las relaciones se circunscriben a fines muy determinados y los vínculos se dan principalmente entre desconocidos.

En cuanto a los locales que ofrecen alimentos, se distinguen dos tipos: El sector de negocios de comida rápida, caracterizado por un sistema que privilegia la velocidad de la atención con el fin de abarcar el mayor número de clientes posible. El sector de los cafés (Santos, Paula, Haití) y fuentes de soda más tradicionales, que ofrecen espacios de conversación y sociabilidad, capaces de generar una ruptura con la distancia y reserva que define al transeúnte.

Se cuentan en el primer grupo, locales como el D'omino, que prescinde de lugares donde sentarse. Allí los clientes, de pie, apoyados en dos ajustados mesones, comen hot-dogs y se marchan rápidamente. Otros locales de consumo de comida rápida conservan las mesas, pero tratan de prescindir cada vez más de los contactos interpersonales, depositando la responsabilidad de la atención en el propio usuario y apurando en lo posible el tiempo de estadía de los clientes.

Al entrar a algunos de estos locales, como el “Kentucky Fried Chicken” o al Mc’Donalds, sorprende la cantidad de gente que no deja de transitar por el interior del lugar, trayendo y llevando bandejas y vasos, en un efecto de intromisión del espacio del paseo hacia el interior. Los planes de modernización han incrementado el número de estos locales, transformando la infraestructura comercial del paseo en lo que podríamos denominar como un lugar de “tránsito generalizado”.

Otro tipo de ocupante que se asocia a este “mundo” del tránsito, es el de aquellas personas que trabajan en el lugar, en oficinas interiores o tiendas. Estos grupos transitan cotidianamente por el paseo como parte del recorrido a su trabajo o lo usan para las horas de almuerzo o desayuno, transformándose, en clientes preferenciales de fuentes de soda, restaurantes o cafés.

Dentro del uso de tránsito, están algunos grupos de ocupación más recurrente, como los escolares, que lo utilizan el paseo en su traslado del liceo a la casa, pero se diferencian de los otros transeúntes, en un uso más activo, caracterizado por formas de expresividad corporal (risas, gestos, formas de caminar) distintivas y por una diversificación de sus actividades; consumo, descanso, conversación, etc.

Algunos de los transeúntes trabajadores, constituyen **grupos frontera** entre el mundo laboral- callejero y el de tránsito, al establecer ciertas relaciones continuas con algunos trabajadores (quiosqueros, lustrabotas, suplementeros), en un vínculo especial y característico del espacio público, como es **la clientela**.

A través de las redes de clientela los individuos rompen con la distancia entre los individuos que caracteriza al tránsito, pues constituyen un momento de contacto personal y reconocimiento entre grupos que no entran en relación más allá de ese espacio. El cliente no es solo quien acude perseverante a lustrar sus zapatos, comprar su diario o servirse con “su” mesera, sino que junto con esto, entra en un diálogo cotidiano con quien le presta el servicio, con temas de la mayor intimidad o simples comentarios sobre actualidad política o deportiva.

a) La entrada al metro:



Existe una zona del paseo, donde se expresa en forma muy clara el tipo de relación característica de los transeúntes. En este se hace evidente la reserva, retracción individual e indiferencia social que caracteriza a esta forma de uso del espacio urbano.

A la salida de la estación de Metro Universidad de Chile, en esquina de Ahumada con la Alameda, se concentran desde la mañana hasta la noche, decenas de transeúntes. De pie y apoyados sobre las varandas de la estación, pegados a la vitrina de la multitienda, al frente o instalados junto a un banco miran al vacío, imbuidos en sus pensamientos, conversando con el de al lado o captando de reojo y pasivamente lo que pasa a su alrededor.

La mayor parte está a la espera de un encuentro con parejas, compañeros de trabajos o familiares. Se reúnen familias antes o después de las compras, conversan un rato, discuten en medio de la acera. Se besan los pololos después del encuentro para luego de unos minutos alejarse del lugar. Descansan durante todo el día los consumidores con sus cajas de productos y bolsas en mano, etc.

Este lugar está ubicado en el punto que conecta al Paseo Ahumada con el centro de la ciudad y con la vía de tráfico vehicular mas congestionada y bulliciosa de Santiago. Algunos de los transeúntes se detienen en el centro de la esquina, donde se topan con un gran flujo de transeúntes que caminan por las veredas de Alameda. Mientras tanto, otros se sientan o acuestan unos metros mas adentro por Ahumada, apoyados en las luminosas mamparas del Citibank. En las puertas del M'c Donalds en tanto, algunos

jóvenes (por lo general) se toman sus bebidas o helados de pie, mientras en el segundo piso, es posible observar las mesas repletas detrás del vistoso y también iluminado ventanal que da hacia Alameda.

A la estación, durante la tarde, llega diariamente un grupo de travesties a conversar en uno de sus recodos. Su presencia genera escasas reacciones de sorpresa entre los transeúntes, unos pocos sonríen disimuladamente o comentan entre sí en voz baja. Lo mismo sucede con los evangélicos que se instalan a predicar allí, a menos de un metro de quienes esperan o cuando un grupo de veinte a treinta sordomudos, se detienen a esperar a otros compañeros, mientras conversan agitando brazos, manos y caras.

b)Lo cubierto y lo expuesto.

En vistas de que los consumidores constituyen el “mundo” de los transeúntes por definición. La observación sobre las diferencias de género al interior del uso de tránsito, se ha ordenado poniendo especial acento a la ocupación de los locales comerciales.

Los hombres realizan una ocupación casi exclusiva de los locales con mesón de barra ("Prosit", café Caribe y Haití, Dominó), los cuales además, poseen una **apertura mas clara hacia la vía pública** (ventanales, mesón cercano a la puerta, etc.). En ellos, el cliente está de pie(Cafés, D'omino), goza de cierta libertad de movimiento al interior del local (cafés) y se ubican muy próximos a otros clientes y en una relación frontal con los dependientes. En locales que combinan las mesas y las barras, estas últimas son ocupadas de preferencia por hombres.

Los hombres también ocupan de forma preferencial los locales de juegos de video, siendo estos, junto con los cafés, en los que se observa una permanencia mas prolongada de los clientes en el lugar.

Las mujeres utilizan mayoritariamente los locales con mesas, mas **cerrados a la vía pública**, como los cafés con mesas y locales de comida rápida, donde el contacto con otros clientes o con los dependientes se reduce notoriamente. Son lugares que permiten una mayor intimidad para la conversa entre grupos cerrados, compuestos por familias, parejas o grupos de amigas.

Los otros grupos de mujeres con ocupación visible del espacio, están constituidos por consumidoras de multitiendas, que realizan una ocupación preferente familiar, limitada a la observación de vitrinas o paseos por el interior de las tiendas.

En cuanto a la vía pública, se observa una mayor cantidad de parejas o grupos de hombres, conversando al centro de la vía, mientras las mujeres parecen preferir las orillas, las macetas o los bancos para establecer grupos de conversación.

Aunque la inmensa mayoría de las personas que transitan por el paseo lo hacen solas, las mujeres parecen ir en una mayor proporción que los hombres acompañadas de amigas, colegas, hijos o parejas. Los hombres en cambio, se acompañan en su mayoría de compañeros de trabajo.

En el ámbito laboral en tanto, destacan dos grupos de mujeres, que hacen un uso de tránsito colectivo y que se asemejan en el uso de **uniforme**. Las mujeres dependientes, secretarias o empleadas de distintos locales del paseo y sus alrededores, ataviadas de una prolífica variedad de tonos, color y calidad de uniformes, transitan de preferencia en parejas, desde las primeras horas de la mañana. Durante el día, en uniforme elegante y vistoso, son casi las únicas que entran a tomarse un café, internándose en el público mayoritariamente masculino de los cafés “Haití” o “Caribe”. A la hora de almuerzo, ellas y las promotoras de tarjetas de crédito, forman grupos separados que deambulan portando su colación desde las tiendas “fast food”, comiendo al interior de estas o en torno a los maceteros compartiendo una conversa.

Las mujeres utilizan mayoritariamente los locales con mesas, mas **cerrados a la vía pública**, como los cafés con mesas y locales de comida rápida, donde el contacto con otros clientes o con los dependientes se reduce notoriamente. Son lugares que permiten una mayor intimidad para la conversa entre grupos cerrados, compuestos por familias, parejas o grupos de amigas.

Los otros grupos de mujeres con ocupación visible del espacio, están constituidos por consumidoras de multitiendas, que realizan una ocupación preferente familiar, limitada a la observación de vitrinas o paseos por el interior de las tiendas.

En cuanto a la vía pública, se observa una mayor cantidad de parejas o grupos de hombres, conversando al centro de la vía, mientras las mujeres parecen preferir las orillas, las macetas o los bancos para establecer grupos de conversación.

Aunque la inmensa mayoría de las personas que transitan por el paseo lo hacen solas, las mujeres parecen ir en una mayor proporción que los hombres acompañadas de amigas, colegas, hijos o parejas. Los hombres en cambio, se acompañan en su mayoría de compañeros de trabajo.

En el ámbito laboral en tanto, destacan dos grupos de mujeres, que hacen un uso de tránsito colectivo y que se asemejan en el uso de **uniforme**. Las mujeres dependientes, secretarias o empleadas de distintos locales del paseo y sus alrededores, ataviadas de una prolífica variedad de tonos, color y calidad de uniformes, transitan de preferencia en parejas, desde las primeras horas de la mañana. Durante el día, en uniforme elegante y vistoso, son casi las únicas que entran a tomarse un café, internándose en el público mayoritariamente masculino de los cafés "Haiti" o "Caribe". A la hora de almuerzo, ellas y las promotoras de tarjetas de crédito, forman grupos separados que deambulan portando su colación desde las tiendas "fast food", comiendo al interior de estas o en torno a los maceteros compartiendo una conversa.

Una actividad parecida realizan las escolares mujeres, en grupos de a dos o tres miembros, tienden a quedarse mas tiempo en el paseo que sus pares hombres. En este grupo la relación hombres/ exterior, mujeres/ interior, se invierte, pues son los escolares hombres los que se quedan conversando y “pinchando” en el interior de la estación del metro o vitrineando en las galerías comerciales, mientras sus compañeras pasean en el exterior.

c) Los Escolares.



Ocupar y transitar:

Cercanos al Paseo Ahumada, en el radio céntrico de Santiago, se encuentran dos de los colegios fiscales mas tradicionales de la capital; El Liceo 1 de niñas y el Instituto Nacional. Los dos se cuentan entre los colegios públicos con mas prestigio en Santiago, tanto por la cantidad de personajes de la vida nacional que han ocupado sus aulas, como por los resultados que exhiben en materia de rendimientos en la prueba de aptitud. Un grupo numeroso de los estudiantes que ocupan el Paseo Ahumada durante la semana, provienen de estos dos colegios y de allí provienen también los estudiantes entrevistados en este estudio.

El uso del Paseo Ahumada realizado por parte de mujeres y hombres escolares es radicalmente distinto. Los hombres optan por agruparse al interior de la estación del metro “Universidad de Chile”, donde cuentan con instalaciones especialmente acondicionadas (estructura de asientos), algunas se quedan allí durante horas, otros derivan hacia el paseo, para dirigirse por lo general, a otro espacio cerrado; las galerías comerciales, para vitrinear en grupo en las tiendas de ropa y música juvenil.

Las mujeres escolares en cambio, se dan mas tiempo para estar en la vía peatonal en diversas actividades; Vitriñar en las zapaterías, tomar helados, sentarse a conversar en los bancos o las macetas, compran en la galería “Eurocentro”, fumar, almorzar en el Food garden, compran regalos, bajar a la estación de metro a compartir con los hombres, etc. Estas actividades las realizan usualmente en grupos de dos o tres miembros.

Las mujeres aprovecharan de manera mas variada las ofertas comerciales ofrecidas en el espacio. Los hombres son mayoría en lo que podríamos denominar consumo cultural; tiendas de ropa y música juvenil. Las mujeres se amplían hacia otros rubros, como los restaurantes, tiendas de regalos, heladerías y vestuario. Se concluye entonces que son las mujeres las que realizan un uso de tránsito, pues, en su pasar por el paseo, evitan asentarse u ocupar un espacio definido y congregarse en grupos numerosos.

El uso de tránsito ha sido definido como la forma de relación transitiva, prioritariamente funcional, protagonizada por individuos que buscan mantener a toda costa la movilidad y evitan exponer sus identidades frente a los otros. Es necesario preguntarse si a través de este uso, tan acotado, es posible conocer parte del proceso de construcción y expresión de identidad desde la experiencia de este grupo de escolares.

Es importante, contrastar la experiencia de las escolares mujeres, con la que tienen los escolares hombres, para conocer el valor que el tránsito por el Paseo Ahumada tiene para estas últimas y el modo en que su pertenencia de género, influye en la elección de una forma distinta de ocupación del espacio público.

El uso que hacen que hacen los escolares hombres y mujeres del espacio público, esta determinado por la etapa de su trayectoria de vida. Como adolescentes, se encuentran en **etapa de socialización**, caracterizado por una necesidad de ocupar nuevos espacios mas allá del hogar o el liceo, en los cuales acceder a relaciones y roles que permitan definir una identidad determinada...

“Yo participo en la pastoral los Sábados y los Martes, también hago gimnasia, mi vida social está bien nutrida. Hay harta exigencia en el colegio, pero dentro de eso yo trato de incrementar mis actividades, conocer mas gente” (Javiera)

Este periodo de búsqueda de nuevos espacios, se expresa en el espacio público urbano de manera distinta en hombres y mujeres. Para ambos, es una experiencia vivida con los pares que pretende un contacto con el mundo social. Sin embargo, cada grupo manifiesta distintas prioridades y por lo tanto, elige formas de ocupación y relación con los otros también distintas.

Para los hombres, se trata de la ocupación de un espacio propio en la calle, exclusivo, separado del que usa el común de los transeúntes. Las reglas y formas de ocupación marcan un dominio sobre ese espacio. Allí se pueden sentar en el suelo con desenfado, pueden guitarrear y cantar, abrazar y besar a las niñas apasionadamente, etc.

Los hombres escolares, se plantean en ese sentido, en una relación de oposición radical con la sociedad en tránsito, requisito fundamental para sentir que se apropian de un espacio autónomo. Mediante el discurso, realizan una abstracción que le adscribe a la sociedad, representada en los transeúntes del Paseo Ahumada y el metro, valores dominantes de consumo, stress, indiferencia y hostilidad...

“En el Paseo Ahumada ves gente pasar, son reacios a conversar, ¡van tan apurados! . si ves a un amigo en el paseo, ¿ola como estás? , voy apurado tengo que ir al banco, es todo muy rápido. Es como una autopista, tu pagas peaje y entras y tienes que andar rápido... ¡ya estamos hasta capitalizando nuestras mentes!” (Bruno)

Al interior de la estación de metro se fortalece la relación entre pares, se crea un ámbito de confianza y pertenencia. Estar en el espacio público tiene sentido en la medida que se gana y se defiende un espacio autónomo y diferenciado, donde se construye una historia colectiva.

"Afuera tu estás sentado y pasa una paloma, o el sol que no llega bien, ¿no conoces a nadie! Si un le conversa a una persona lo toma mal, ¿y este quien es? Mientras que acá, ¡todos nos conocemos!, en el metro todos nos conocemos, ¡desde séptimo!"

(Bruno)

Las mujeres escolares en cambio, tienden a hacerse parte de la masa de transeúntes anónimos. Existe un impulso de atracción por los otros, por "la gente" ...

"A mí encanta la sociedad, me encanta la gente, mientras más gente hay, más viva y con mas fuerza me siento, sola me deprimó, por eso me gusta ir al Paseo Ahumada"

(Carolina)

La atracción por sumergirse en la multitud, esta motivada por la intención de alejarse de otros espacios de interacción, el liceo y la casa, para alejarse de las tareas y obligaciones que imponen los roles asignados en esos espacios. El tránsito por el Paseo Ahumada se representa como un espacio de autodeterminación, que permite deshacerse de la responsabilidad de responder con un "deber ser", tan constrictivo frente a los otros...

"El paseo esta dentro de la rutina de uno, de relajarse, de salir un poco del colegio, conversar otras cosas, o conversar del colegio también pero sacarse las cosas que uno tiene encima... ¡pucha el viejo que me puso mala nota! , sacarse de encima las rabias, que mi mamá me dijo que no iba a participar, o me da rabia con mi papá" (Javiera)

El espacio público es el lugar donde se suspenden transitoriamente las obligaciones de "ser hija" o "ser alumna". La indiferencia y anonimato, tan criticada por los varones, atrae a las mujeres, como una forma de **tomar distancia** con respecto a sus roles y ámbitos de pertenencia social, que estructuran una identidad construida "para otros".

Se descubre en el uso dado por las escolares al Paseo Ahumada, los atributos que Manuel Delgado identifica en las relaciones características del espacio público: la

posibilidad de constituirse en espacios donde la constricción de los roles y jerarquías de los mundos cerrados e institucionales entran en receso. El modelo de relación basado en el anonimato, la reserva y la distancia, generarían, según este autor, una fuerza vacía de sentido dispuesta a llenarse del sentido que cada individuo necesite darle, en una reestructuración constante de los lazos con lo social.

Las escolares encuentran allí, un espacio en el que están “solas frente a la sociedad”, sin otros intermediarios. Desde esa posición buscan “llenar de sentido” esa masa, que Delgado entiende como vacía de significación. La atracción por la gente es, en este caso, atracción por el “mundo social” que esta mas allá de sus espacios, cerrados y reducidos. El contacto con los transeúntes es una experiencia de aproximación a la diversidad y heterogeneidad social...

“En el liceo andamos siempre uniformados, son todos los zapatos iguales, en el liceo anda todo el mundo pensando en lo mismo, que las fotocopias, que te retan porque llegaste tarde, que los calcetines, las corbatas, los puños, que sin aros, sin reloj... en cambio en el Paseo Ahumada, como es mas heterogénea la cosa, tienes una gama de cosas en que fijarte” (Carolina)

Las escolares a pesar de pertenecer a la multitud en tránsito, de ocultarse en ella para mantenerse siempre móviles y de incluirse en sus circuitos de consumo, están constantemente atentas al pasar de los otros transeúntes, escudriñando a los paseantes con las miradas y lanzando agudos comentarios hacia los lados.

El uso de tránsito, debe incluir también esta variable, ya descrita en la etnografía. La de aquellos transeúntes que viven el Paseo Ahumada como un espacio de contemplación de los otros. Junto con las escolares día a día, es posible ver a ancianos, cesantes, jóvenes y otros, observando con atención a los y las transeúntes desde bancos, macetas o el simple caminar.

Las escolares ocupan gran parte de su tiempo en el paseo en esa actividad. Allí construyen una representación sobre los actores sociales con quienes comparten el espacio, distinta a la que tienen los varones. Ellas no describen a los transeúntes como una unidad abstracta, con características uniformes, sus relatos describen con detalle un conjunto de personajes concretos y diversos, frente a los cuales se manifiesta una activa curiosidad.

“El otro tipo de población que ves es la gente de terno, siempre apurada. Si te pones a sacar la cuenta, 10 son junior, 5 harán algo importante en una oficina y el resto. ¿se ponen terno porque si no más! Te das cuenta que el junior siempre anda escuchando personal, con hartos papeles y todo desordenado” (Carolina)

Esta apertura al conocimiento de los otros, supera en el caso de las escolares la pura contemplación. La experiencia del Paseo Ahumada, es asumida como una experiencia de aprendizaje e investigación, donde se accede a identificar a los distintos actores sociales y conocer como en un “espejo de lo social”, sus comportamientos y cambios.

“Hubo un tiempo en que nos dedicábamos a hacer encuestas, cada cuantas mujeres, cada cuantos hombres trabajaban. Llegábamos a conclusiones fantásticas, a la conclusión de que de un semestre a otro aumentaba la cantidad de mujeres trabajadoras en un 10 a un 15 por ciento” (Carolina)

La búsqueda de lo diverso, además, incluye el saber aprovechar las opciones de consumo y otras alternativas de entretención o conocimiento ofrecidas por el espacio público...

“Al Euro (galería Eurocentro) van los mas poperos, los cumbiancheros, ¡de todo! Es el lugar donde se encuentra todo tipo de música, todos los gustos, puedes pedir encargos del extranjero, esta toda la publicidad, es el lugar donde se encuentra toda la gente, te puedes encontrar a cualquiera” (Javiera)

Pertenencia y subjetividad

En este ejercicio de observarse entre los otros en su diversidad, las escolares descubren en el espacio público, la representación simbólica no solo de una sociedad, sino también de un país. Los espacios públicos urbanos centrales como el Paseo Ahumada, portan una significación distinta a otros espacios urbanos, en ellos es posible descubrir un conjunto de actores y manifestaciones sociales que aglutinan gran parte de la diversidad social del país y exponen, algunos de los problemas sociales fundamentales que le afligen. A esto se suma la utilización constante que los medios de comunicación realizan de estos espacios cuando se refieren a problemas generales de la nación.

Este ha sido un elemento por lo general, pobremente analizado en las teorías contemporáneas sobre el espacio urbano. Se ha reiterado con insistencia en la pérdida del valor del espacio público como lugar de sociabilidad, sin contemplar la posibilidad de que ciertos espacios céntricos, conserven un papel importante en el imaginario urbano, que enlaza a los individuos con el referente de la nación....

“El Paseo Ahumada para mí, siempre me he imaginado que es Chile después del 73` buscando su origen, buscando lo que ellos fueron, ellos tenían, ellos pensaban () de hecho, ahora pasas por el paseo y encuentras a los Mapuche, entonces ya te estas encontrando firmemente con tus raíces, con lo que es la esencia del país en sí”
(Carolina)

En el Paseo Ahumada es posible que los individuos se apropien simbólicamente y se hagan parte de una historia, sus conflictos, sus identidades políticas y sociales, sus expresiones cotidianas...

“Los lustrabotas le dan el toque folcklórico, las estatuarias lo artístico. Es bueno que se den ese tipo de manifestaciones artísticas, podrían haber pintores también, ¡músicos! , la otra vez había un programa de folcklore Chileno. Se ven hartos

extranjeros por aquí y se pasan viendo lo mismo que ven en su país, tiendas comerciales, comerciales. Podrían hacer cuestiones mas típicas” (Javiera)

El observar al Paseo Ahumada como un espacio que refuerza la identidad con el país, permite también, observar con mayor claridad ciertas formas de comportamiento que reflejan su situación general y frente a las cuales, las escolares manifiestan una postura crítica y distante....

“Por la pinta, por los zapatos, por las carteras, te das cuenta que llegó un tipo de población de clase media que entra y sale de las tiendas, un tipo de clase media que se compra todo con tarjeta de crédito, se está gastando lo que no tendrá mañana. Te das cuenta de que somos demasiado consumistas en este país, observar eso te sirve para decir, ¡para! , ¡no! No quiero eso ni para mí, ni para mis hijos” (Carolina)

En ese contexto también, se generan críticas al proceso modernizador y a las transformaciones urbanas que ha tenido el paseo. Estas habrían alterado la posibilidad de “sentirse parte” del conjunto urbano y en ese sentido, generan una sensación de exclusión. Se crea un conflicto entre la identidad construida “para sí” (Barbier, 1997) con relación a la nación y una identidad nacional asignada desde fuera y representada en la renovación urbana del Paseo Ahumada...

“Fue raro, nos robaron aun más la idiosincracia de este país, aparte que es super peligroso, anda a pasar cuando está lloviendo, con un par de zapatos altos porque te lo patinas todo. Trataron de hacer una infraestructura mas moderna y la cantidad de accidentes aumentó en un 50%, ¡las señoras no ven una! , en las cositas redondas, pasa por arriba la abuela y ¡paf! , se le quiebran los dientes, el celular vuela” (Carolina)

El uso del Paseo Ahumada como un ensayo de “descubrimiento de lo social”, consiste también en mirarse a sí mismas, como parte de esa sociedad. La contemplación de la diversidad social, de las imágenes en constante cambio y movimiento, les ayuda a

definir la representación que quieren hacerse de ellas, en función de la adscripción u oposición a otros actores que contemplan en la vía peatonal.

El encuentro con la multitud urbana, es una posibilidad de pensar en las distancias y pertenencias que se tiene con la sociedad, no solo en cuanto a imagen, sino también, como queda claro en las críticas al consumismo de la clase media, en la construcción de un proyecto de vida personal y familiar.

Esta distancia con respecto a los otros, se expresa públicamente mediante formas de caminar, moverse y expresarse corporalmente. En las maneras de actuar de los transeúntes, ellas ven representado aquello que no quieren ser y que se les trata de imponerse como una identidad asignada por otros....

"no ir al mismo ritmo de la gente, no contagiarte con la gente, yo soy como media rara para mis cuestiones, a mi no me gusta ser igual a las demás personas" (Carolina).

El espacio público se vuelve representación de los comportamientos sociales, pero también, el escenario donde se desafían los comportamientos de una mayoría que tiende a imponerse. El modo de transitar se transforma, en una alternativa para marcar visualmente la propia subjetividad.

"Ya después en octavo, empecé a venir sin mi papá. En la época del invierno, cuando llovía íbamos a tomar helado y toda la gente nos miraba, ¡oh! , estas niñitas, ¡que están haciendo!, que son desordenadas" (Carolina)

La distancia crítica con respecto a los otros transeúntes, adquieren manifestaciones aún mas rupturistas, a través de las cuales las escolares, idean acciones "relámpago" (dentro de la lógica del tránsito), que alteran los modelos de relación imperantes en el espacio público, en lo que se refiere a los códigos de comportamiento de género...

“Cada vez que tenemos alguna cosa que nos asalta, una duda, partimos al paseo a hacer experimentos. Una vez un día Sábado, pasamos por una construcción y los tipos nos taparon con las típicas tonteras de los maestros, ¡huachita y no se qué!... ¿Qué pasaría si nosotros le dijéramos eso? Un día empezamos a seguir a tipos en el paseo, ¡oy! ¡que está lindo! , ¡que me duelen las muelas! Y los tipos se cortan, empiezan a mirar... ¡que lindo el jeans, ¡esta redondito! Los tipos se ponen rojos, te esquivan.
(Carolina)

Se crea una instancia de experimentación lúdica de relación social. Protegidas en el anonimato y la indiferencia, las escolares desarrollan “juegos” que desafían la imposición pública de un dominio cultural de género.

Insertas en el modelo de relación de tránsito, las escolares se miran constantemente en su relación con lo social. Esta capacidad de verse entre los otros, es el aporte fundamental que otorgan las relaciones del Paseo Ahumada a su proceso de construcción de identidad.

La experiencia nos remite a la definición que Marc Augé realiza sobre ciertos espacios urbanos contemporáneos. Para Augé los no-lugares (1995), son un tipo de espacio en el cual los sujetos están permanentemente en una posición de distancia con respecto a los otros y a sí mismos. El no-lugar permite escenificar el mundo y verse a sí mismo como parte de la escena, pero en ellos no se puede constituir pertenencia ni identidad, pues son lugares donde no se constituyen relaciones de reconocimiento con continuidad histórica.

La visión de Marc Augé, muestra a los no-lugares como caracterizados por la soledad y el desarraigo. La experiencia recién descrita demuestra que la posibilidad de distanciarse del mundo social y verse a sí mismo desde esa distancia, permite derivar reflexiones y cuestionamientos muy valiosos, sobre los lazos que se construyen con la sociedad allí vista como espectáculo, sus conductas, formas de comportarse, hábitos, etc.

Las interacciones características del Paseo Ahumada, son un teatro en el que las escolares prueban hasta donde pueden desarrollar su subjetividad, como una identidad construida “para sí” (Barbier, 1997), sobre la base de un proceso reflexivo personal y crítico, que se confronta a otras formas de conducta en el espacio público, en las cuales, ven representados modelos de comportamiento impuestos socialmente, a los cuales quieren oponerse.

El testimonio de las escolares, representa una forma de vivir las relaciones urbanas, desde la movilidad y la distancia individual, en diálogo constante con lo social. En ese sentido, expresa con claridad un modelo de relaciones sociales característico de la modernidad, al que hacen referencia los planteamientos de Bermann (1988) y Delgado (1999). La acción de las escolares refleja el “sueño” del individuo moderno, por reformular constantemente sus lazos y vínculos con el contexto social, adquiriendo conciencia sobre sus lazos de pertenencia social y luchando por definir su singularidad con relación a los otros.

Género e integración:

Para entender las diferencias entre los modos de ocupación del espacio urbano, de hombres y mujeres, no es suficiente conocer el aporte que para estas últimas, porta el uso de tránsito, como espacio de definición personal. La elección de las mujeres por el tránsito responde también, a las limitantes que ejercen los modelos culturales de segregación espacial por género.

Para comprender mejor las maneras en que estas limitantes impactan en la forma de ocupación del espacio, es necesario revisar los planteamientos de numerosas teóricas feministas (Amorós 1990, Fraser 1991, Lagarde, 1991). Estas autoras afirman que la segregación de las mujeres fuera de la esfera de lo público hacia la esfera de lo

privado, genera numerosas dificultades en ellas para desarrollar modos de participación autónoma en la actividad pública.

La razón fundamental es el hecho que la esfera pública es el ámbito donde se construye la estructura social; un sistema de reglas de competencia y participación que permiten a los hombres definir espacios diferenciales y acceder a la individuación, requisitos básicos de constitución su identidad masculina (Fraser, 1991).

Las mujeres por lo tanto, al ser segregadas al ámbito de lo privado, quedan también, al margen de esta estructura social, sus reglas de competencia y diferenciación. Su identidad no necesita ser demostrada en base a la competencia y la lucha por el reconocimiento social. Su acceso a los espacios públicos las limita a ocupar los espacios asignados por otros, la “trastienda”, aquello que no accede a la visibilidad pública y que por lo tanto, no se reconoce legítimamente como parte de él. (Amoros, 1990).

Las escolares, como ya se ha mencionado, desafían ciertas normas de comportamiento que refuerzan cotidianamente este dominio masculino, como es el piropo. Sin embargo, esta postura crítica la pueden desarrollar solo en la medida que están protegidas en el anonimato y la indistinción del tránsito. Allí se confunden entre los otros y no luchan por la apropiación colectiva o individual de un espacio propio.

La estrategia de ocupación que llevan a cabo, esta marcada por lo tanto, por un proceso de adopción de códigos de comportamiento público, de raíz cultural. Las posibilidades de jugar con las distancias con los otros y de ganar un espacio de movilidad individual, se debe negociar constantemente con la aceptación de dicho código, destinado a preservar su seguridad o su prestigio social.

Resulta útil observar los patrones de ocupación de los espacios públicos en hombres y mujeres, para analizar el modo en que se reproduce en ellos, la segregación espacial de género, público-privado.

Los hombres escolares se caracterizan no solo, por apropiarse y dominar sobre un territorio concreto al interior de la estación del Metro. También tienen como alternativas preferentes de ocupación, las plazas y los parques. En estos recorridos por el espacio urbano, encuentran la posibilidad de satisfacer su principal afán, el encuentro con mujeres a las cuales no tienen acceso al interior de los liceos.

“A mí me gustaba conocer amigas, en diferentes colegios, en octavo recorrí todos los colegios de mujeres que había, ¡en serio! , liceo 1 , liceo 7 , Carmela Carvajal () Entre los hombres, el metro siempre ha sido el lugar de encuentro, o sino alguna plaza; plaza San Borja, plaza Santa Ana, en el parque Bustamante” (Bruno).

Para las mujeres en cambio, el encuentro con los varones es uno de los variados intereses que tienen en el uso que dan al espacio público, variados intereses que sin embargo, parecen tener un exclusivo lugar de realización; el Paseo Ahumada. Solo en los casos en que se encuentran con hombres, ocupan sus tiempos de tránsito en plazas, parques o estación del metro.

“Siento que en el paseo tanto no ve a pasar, en cambio, si estoy sola en el parque forestal, estoy sentada en una banca, yo sé que igual me van a asaltar y quitar la plata. En cambio acá no, aparte de robarme el reloj o la billetera [fff] Rápido, nada más” (Carolina)

La “atracción” que ejerce el Paseo Ahumada para las mujeres, se relaciona por lo tanto, con la necesidad de ocupar un espacio urbano seguro. Esta seguridad se deposita en un control ejercido por un “otro social” presente en el espacio. Las áreas verdes, portan inseguridad por la ausencia de una mirada pública, constante y permanente, que proteja de ataques violentos.

El modo de ocupación de tránsito, se basa en una integración que invisibiliza la propia presencia, sumergida en la masa en movimiento, pero que a la vez, sitúa al

individuo frente a una sociedad que se autorregula por reglas de proxemia física muy estrictas, siempre alerta a la introducción de sujetos extraños, que violen dichas reglas. El uso de tránsito parece ideal, por lo tanto, para sujetos que desean ocupar el espacio público y servirse de sus relaciones, sin avanzar mas allá en la lucha por un espacio propio, visible y colectivo.

Desde esta perspectiva, las mujeres escolares reconocen, implícitamente, que el espacio público esta bajo un dominio ajeno, sin poder acceder a las reglas de competencia por dicho espacio. Solo abandonando el tránsito peatonal y por lo tanto, renunciando al acceso a la vigilancia de los otros, podrían competir con los hombres por a la apropiación de espacios exclusivos, con límites propios.

El peso de la insignia:

Las escolares entran diferenciadas al espacio en términos de la exposición de un rol institucional, el de individuos pertenecientes a una institución escolar. El uso de uniforme las diferencia de aquel conjunto de caminantes anónimos que cargan el misterio de su pertenencia social, sus motivaciones e intenciones.

Berger y Luckman, definen el proceso de socialización en los “submundos” institucionales, como el contexto donde el individuo, integrado ya a un mundo de significados objetivados del todo social (otro generalizado), es capaz de separar un “yo parcial” del “yo total” de su persona y de esa manera integrarse en el cumplimiento de un rol, al cuerpo de conocimientos y reglas que caracterizan esa institución. Este “yo parcial” es el que exponen las escolares en el espacio público, trazando un límite simbólico muy claro con la totalidad de transeúntes anónimos que ocupan el Paseo Ahumada.

De este modo, deben negociar también su autonomía de movimiento, con las normativas que la institución busca expandir mas allá del espacio del liceo y que ellas

internalizan como una identidad atribuida desde fuera, como una forma de construir un rol en el espacio público. Mediante diversas formas de contener comportamientos, las escolares deben, recalcar la distinción de su institución a través de su comportamiento personal...

“ No se ve bien que las niñas vayan a buscar a los chiquillos al colegio...Nosotros tenemos que andar con el peso de la insignia, porque el liceo ya tiene su prestigio, el liceo de nosotros siempre es comentado.() Tu entras porque sabes que tiene su prestigio y una vez adentro, tienes que responder”. (Javiera)

Como colectivo institucional de ocupación pueden tener una protección adicional para desarrollar sus aspiraciones de movilidad y “juego” en el espacio público. Las reglas de reserva y distancia en su caso podrían flexibilizarse ya que rompen el anonimato y desde ese punto de vista, se hacen identificables frente a la mirada pública, a la vez, que toda agresión contra ellas, es una agresión contra el cuerpo institucional que representan.

Sin embargo, al no poder conservar su alteridad como individuos, se transforman en víctimas más fáciles del control tanto social como estatal, son “cimarreras” ocupando un lugar al que no han sido asignadas...

“A mí no me gusta ir a juntarme allá abajo (en el metro), no me gusta como se ve, encuentro que el peso de la insignia es muy grande para mí. No me gusta eso de ir a buscarlos al colegio, ¡como arrastrada!, con mis amigas a veces cruzamos por arriba para no pasar por ahí” (Javiera)

El bajar al metro a conversar con los institutanos, el fumar en público, “atracar” con los pololos al interior de la estación o en el exterior, son los elementos, que definen, en mayor o menor medida los límites de un comportamiento público que asegure la conservación de un prestigio personal, para sí mismas, frente a la institución, la sociedad y a los pares, hombres y mujeres...

“Aunque uno no quiera que en este país hay estampa, uno tiene que ser bien señorita en todas partes. Si no te haces respetar...hay un grupo del Blas cañas que pasa por allá y todo el mundo ya... ¡son las peores! Y entre ellos se pasan el dato” (Carolina)

Las escolares se construyen mediante el uso del espacio público, como sujetos en permanente tensión entre una identidad “para sí”, es decir, su definición como personas autónomas y críticas y por otro lado, como sujetos integrados y apegados al rol social, que norma desde fuera sus comportamientos. Este código de comportamiento busca básicamente reproducir la segregación espacial de género, reprimiendo todos los comportamientos que acerquen a las mujeres al espacio apropiado por los escolares varones.

Esta normativa se internaliza a partir de un otro amplio, no definido, en sus palabras; “la gente”. Este “otro indefinido” puede asimilarse al concepto que G.H Mead (1990) tiene del “otro generalizado”. El otro generalizado” esta representado en los numerosos actores frente a los cuales, las escolares se ven expuestas; La institución, la sociedad representada en los transeúntes e incluso los medios de comunicación.

El acceso a la integración a este “otro generalizado” se distinguen en función de un posicionamiento personal con respecto al grupo de pertenencia. Se construyen una jerarquización valórica respecto de las otras escolares, según sus modos de comportamiento. Se es distinta a las de otros colegios, que no requieren proteger un prestigio institucional, distintas de las compañeras de liceo que se quedan en el metro, por último, con las que dan “mala imagen” en el metro. A través del clasificar a las otras, las pares, se orientan los comportamientos personales, en términos de responder a la identidad atribuida socialmente.

Se demuestra así, la diferencia que hay con respecto a las formas de ocupación de los escolares hombres y el modo como, a pesar de la apertura teórica del espacio público, en igualdad de condiciones a todos los individuos, se reproduce allí una constante

exclusión de género, que genera conflictos constantes al proceso de construcción de identidad de las escolares mujeres.

En esta dimensión de las limitaciones que tienen las mujeres para realizar un “libre” uso de tránsito, se confirma lo planteado por Marcela Lagarde (1989), respecto de las dificultades de las mujeres para desarrollar formas concretas de poder en la esfera pública. Según esta autora la constitución de su identidad bajo el modelo maternal, las fuerza a tener que responder constantemente a las expectativas de los otros (hijos, padres, sociedad) obligándolas a verse como **rivales** en la lucha por encontrar el reconocimiento en un ámbito en el que la esfera masculina ya ha impuesto sus reglas de relación....

“Porque igual hay niñas que ¡dan mala imagen! , se ven mal, todo el mundo que pasa se queda con eso, no con la parte buena, mas allá de que la cabra pueda estar ahí pasándolo bien, fumando, leseando, tonteando, pero a lo mejor tiene otra parte”
(Javiera).

Entre la autonomía y la segregación:

Manuel Delgado (1999) describe a los ocupantes de estos espacio, como un modelo de sociedad en permanente desestructuración y reestructuración, un “vacío social” en el que los roles que conforman las estructuras sociales, pueden transformarse y mutar constantemente, ocultos en la indiferencia y el anonimato. La “sociedad urbana” es para el autor, lo opuesto a un orden tradicional, caracterizado por la rigidez de sus estructuras sociales y lo constreñido de sus roles.

Al internarse entre los transeúntes, las escolares realizan un complejo manejo de estas distancias con lo social. Se desplazan desde la búsqueda de una distancia radical con sus roles privados, hacia una exploración de la sociedad y la representación abstracta de la nación en el Paseo Ahumada, luego, se construyen como sujetos críticos y llevan

a cabo comportamientos desafiantes, hacia formas de comportamiento y expresiones sociales visibles en el espacio.

Estos desplazamientos se sostienen en una forma de ocupación marcada por la evitación del compromiso y la confianza con otros actores del espacio público. Su principal afán es construirse allí, como sujetos autónomos, móviles, capaces de definir una subjetividad marcada frente a los otros. Así, la exposición física de comportamientos disruptivos frente a los otros, se restringe a momentos muy determinados y se evita la ocupación de espacio fijos, apropiados colectivamente.

Esta combinación entre distancia individual y búsqueda de pertenencias abstractas, es lo que, según Delgado, hace del espacio público, un lugar donde es posible desarrollar una conciencia sobre los derechos abstractos de ciudadanía, que superan las jerarquías y diferencias estructuradas socialmente. En este caso, esta se corresponde con la asociación del Paseo Ahumada, con la pertenencia a la nación.

Esta asociación se ve facilitada por la distancia individual que constituye al uso de tránsito, pues desde esta perspectiva, es posible unificar simbólicamente a todos los actores del paseo, sin mayores distinciones internas.

El uso de este potencial, claramente moderno sin embargo, se encuentra con numerosos límites marcados por reglas de segregación espacial de género, que las relaciones de tránsito no son capaces de ignorar. Con el fin de mantener un espacio de movilidad y autonomía, las escolares deben encaminar sus esfuerzos a mantenerse apegadas a su rol de mujeres pertenecientes a una institución y conservarse integradas al “todo social” representado en el espacio público.

El análisis de la ocupación de las escolares resulta útil, para entender que las relaciones entre los transeúntes, se encuentran en una permanente tensión, entre una búsqueda de autonomía individual, capaz de germinar una conciencia social renovada y las

normativas culturales internalizadas por los individuos, a través de las cuales, deben responder a una identidad atribuida por otros, en el espacio público urbano.

VII.1) Uso de participación:

Entre la demanda y la sobrevivencia.



El espacio de participación rompe claramente con el tipo de relación regular del tránsito, de indiferencia y distancia. Se caracteriza por irrumpir en el paseo como si este fuera un **escenario público**, intentando convocar a un grupo abierto y heterogéneo de transeúntes y concitar su atención hacia un mensaje que interpela, que busca identificar al otro con el tema que se trata o el contenido artístico que se comunica.

El usuario de la participación debe necesariamente **definirse frente a los otros**, desnudar sus credos, ideas políticas, pertenencias étnicas o habilidades artísticas y hacerlo a través de gestos y comportamientos radicalmente distintos a los transeúntes.

Diariamente, desde que se inauguró como paseo peatonal, llegan a Ahumada grupos o individuos que convocan al transeúnte en su calidad de ciudadano, bajo la identidad común de la nación, presionándolo para que tome conciencia de su pertenencia social, política, laboral o étnica.

Se cuentan entre estos, toda la variedad de grupos de actividad política, social o sindical que diariamente premunidos de carteles, lienzos, fotos, cajas de votación o

megáfonos, se instalan de preferencia frente a las escalinatas del banco de Chile, convocando a todos o a algunos grupos para sus diferentes causas y llamando a movilizarse en virtud de derechos de ciudadanía.

Algunos de estos grupos deben realizar un reconocimiento de los flujos de tránsito para elegir su ubicación. Ejemplo de esto es un grupo de mujeres que demandan la devolución de sus viviendas en esquina con Huérfanos. Se instalan allí pues saben que por esa esquina, pasan gran parte de los abogados que trabajan en los alrededores del paseo. Esto demuestra el papel que juega el uso de participación, en tanto quiebra la indiferencia característica de la relación entre transeúntes y distingue entre la multitud, adscripciones o pertenencias sociales diferenciadas.

Otros grupos como los Mapuche, optan por el acto simbólico de sentarse frente a MIDEPLAN (ministerio de planificación), con el fin de denunciar los atropellos de los que son víctimas como pueblo originario. La densidad y definición simbólica de sus actos, contrasta con la carencia de dichas señales en la multitud transeúnte del Paseo Ahumada.

El grupo de predicadores evangélicos, se diferencia de estos, al constituirse de hecho, como un **espacio de participación**, caracterizado por relaciones particulares en el paseo, constantes a través del tiempo, definidas por una serie de competencias internas, rivalidades o solidaridades expresadas públicamente. Diariamente se constata la confrontación de diferentes contenidos discursivos, estilos de predica o disputa de un público y un espacio.

A diferencia de la participación política, este grupo tiene ya una historia en el Paseo Ahumada, con miembros que van a él hace más de una década, lo cual les da también otro sentido de pertenencia con el lugar. Alrededor de muchos predicadores se forman verdaderos grupos de amistad y conversación entre oyentes asiduos, religiosos o no, la mayoría hombres, que luego de la prédica dialogan alrededor de las tazas de piedra.

Existen sujetos que hacen uso de participación, en el intersticio entre lo laboral y lo participante. Son los cantantes ciegos y lisiados, acordeonistas y guitarristas, mujeres y hombres, quienes piden colaboración con un tachito, mientras tocan sus instrumentos, muy orillados a la pared y en voz muy baja, sin vestuarios especiales u otros accesorios que llamen la atención. Ellos pertenecen de hecho al “mundo de la calle”, espacio social de pertenencia de los trabajadores callejeros.

En este caso, aunque convocan la atención del público, la ocupación no es disruptiva del tránsito, no busca quebrar radicalmente el modo de relación para generar un espacio de confluencia, sino que se allega a él, a la espera de un dinero mas cercano a la limosna que a la colaboración.

Existe otro grupo de artistas, que se distinguen de los primeros por ofrecer un espectáculo de mayor elaboración, mas profesional, atrayendo do una importante cantidad de público. En este rango están las estatuarias () y un grupo de música andina, que entre número y número se dirigen al público para explicar sus técnicas actorales o animar el show sobre la base de algunas anécdotas y referencias musicales. Las reacciones del público en estos casos, abarcan expresiones de tierna simpatía, de admiración ante la calidad histriónica del actor, hasta el lastimoso- “Mira...pooooobre”.

a)Las escalinatas del Banco de Chile:



La zona del paseo ocupada de manera preferente, por quienes hacen uso para la participación, son las escalinatas del banco de Chile. Resguardadas por grandes columnas, que protegen tres gruesos portones de madera y vidrio, la construcción

ocupa una cuadra, siendo uno de los edificios mas antiguos del lugar. La amplitud y monumentalidad de la entrada permite convocar un importante número de gente, sin que esto acarree una obstrucción del tránsito.

Esta zona es apropiada por quienes hacen uso de participación de manera espontánea desde hace muchos años, sin embargo, la autoridad actualmente permite allí, la realización de ciertos espectáculos artísticos, otorgándoles a algunos grupos permiso municipal. Esta política se justifica en tanto las intervenciones que allí se realizan, no obstruyen la entrada a ninguna tienda comercial ni el tránsito peatonal, pues se crea un amplio espacio que permite la ocupación de cien o doscientas personas sin crear choques con el tránsito.

Al ubicarse en este lugar, los sujetos que hacen uso de participación, demuestran la necesidad que tienen de instalarse frontales al tránsito e incluso a una altura desigual de manera de poder construir un público y atraer la mirada hacia sí, como agentes claramente distintos a los otros transeúntes.

b)Diferencias de discurso y formas de exposición.

Para diferenciar la ocupación por género, en el uso de participación, se debe ordenar la exposición de los resultados en dos etapas, aquella que describe las diferencias en la participación política, social y religiosa y en segundo lugar, el campo de la participación artística.

En lo que concierne al primer grupo, existe una participación importante y activa de mujeres, tanto en movimientos de huelguistas o sindicales, en grupos electorales y en mitines permanentes Mapuche. Muchos de estos grupos están conformados por una notable mayoría de mujeres. Sin embargo, llegado el caso de guiar los gritos o dirigirse en forma directa al público, por lo general, son los hombres quienes toman la palabra.

En el grupo de los predicadores, salvo una excepción, las mujeres van siempre acompañadas, ya sea por un pastor que se instala a sus espaldas (una pareja de mujeres cantantes y un predicador que dirige la "puesta en escena", desde atrás) o en la integración a grupos mixtos que representan a un ministerio determinado. En algunos casos, las mujeres predicadoras intervienen en el espacio logrando una amplia convocatoria, generando momentos de gran emoción y atención entre los oyentes.

Tanto las mujeres que forman grupos de denuncia social o política, como las religiosas, tienden a un trato más personal y próximo con los transeúntes. En el segundo caso, solo las mujeres realizan una predica persona a persona pidiendo peticiones.

Entre los hombres predicadores, hay muchos que hacen la prédica en forma solitaria, sirviéndose de una teatralidad más elaborada que la de las mujeres; Emplazamiento al centro de la acera, gritos, burlas y parodias a los transeúntes, tiradas al suelo, risas, etc. Algunos logran también concitar la atención de numeroso público, sin alcanzar el grado de compromiso emocional de sus pares femeninas, otros en cambio, gritan al vacío generando claras reacciones de rechazo.

En cuanto al contenido de la prédica, a pesar de poseer una gran variedad de temas, que incluyen acentos en lo normativo, en lo cotidiano o en la contingencia social, las mujeres que logran crear un clima de mayor proximidad y compromiso entre los asistentes, recurren a temas ligados a lo afectivo y familiar.

La elección de los temas de predica tiene que ver con la iglesia de pertenencia. Los de mayor convocatoria son, en general, los que se centran en un discurso que interpreta a figura divina como protección y experiencia de salvación personal (temas preferentes de las mujeres), más que sobre aspectos normativos o revisión de conceptos teológicos (temas preferentes de los hombres).

Para el caso de la participación artística, se podría encuadrar la observación en la división expuesta con anterioridad, entre un grupo que deslinda con el uso laboral,

solicitante del tránsito y otro que se expone frontal y propositivamente frente a los transeúntes.

Primer grupo: En este grupo se observan mujeres solas (una cantora ciega, una bailarina de cumbias).

Segundo grupo: En los grupos de humor y musicales, que ocupan las escalinatas del Banco de Chile, es decir, el espacio mas frontal y diferenciado de los transeúntes, la presencia de mujeres es nula. Solo en las estatuas humanas se observa una presencia femenina constante, casi siempre acompañada de una pareja; un dúo de actrices, un dúo mixto o una solista acompañada por un hombre a la distancia. Estas últimas ocupan espacios incluidos en los flujos de tránsito, los monolitos en las esquinas o pedestales hechos confeccionados por ellos mismos. No ha sido posible observar mujeres artistas en los grupos musicales o humorísticos que ocupan un espacio acondicionado para la exhibición frontal al público, como son las escalinatas del banco de Chile.

c) Los predicadores.



Existen dos tendencias religiosas que hacen uso del Paseo Ahumada como espacio de predica; Los evangélicos y los testigos de Jehová. Los evangélicos, se caracterizan por predicar a viva voz. Entre estos existe un solo grupo conformado exclusivamente por mujeres, quienes combinan la prédica a viva voz con el contacto persona a persona. La iglesia de los testigos de Jehová, por su parte, predica en parejas, persona a persona y se

dividen el barrio céntrico en distintos sectores. El Paseo Ahumada es asignado a dos parejas estables.

Los predicadores evangélicos son aproximadamente veinte, entre grupos pertenecientes a ministerios y predicadores independientes. Su participación se extiende a todo lo largo de la vía peatonal, salvo la tercera cuadra, donde se ubican los cafés Caribe y Haití. La frecuencia de sus “apariciones” varía, entre quienes predicán dos veces al día, los que lo hacen una o dos veces a la semana y por último, los ministerios que acuden a intervalos de varios meses.

Hasta hace poco tiempo su presencia era especialmente notoria y polémica, pues bajo la protección de la ley de libertad de culto, se autorizaba la participación de numerosos grupos musicales evangélicos durante la tarde, alrededor de los cuales se agolpaban multitudes que bloqueaban la pasadada de los transeúntes. Actualmente, se ha ejercido un mayor control policial sobre su presencia, lo que ha significado una notoria disminución de los grupos musicales, aunque no de los predicadores solitarios.

El grupo de los predicadores se caracteriza por una diferencia clara en el accionar de hombres y mujeres. Los hombres establecen una relación distante con los transeúntes, sin dirigirse en forma directa a alguno en particular, las mujeres en cambio, cuando predicán a viva voz, suelen intercambiar miradas y acercarse a sus oyentes.

Exponerse y congregar:

Para introducir al tema del uso de participación, es útil revisar lo planteado por Manuel Delgado (1999). Según este autor, las relaciones en el espacio público tienden a suspender diferencias y jerarquías sociales, abriendo el paso al desarrollo de una conciencia ciudadana, lo cual, a su vez, generaría en su interior expresiones públicas de debate y participación política. Delgado recata el concepto Griego de *ta koina*, “espacio que pertenece a todos, escenarios de un logos al servicio de la libertad de la

dividen el barrio céntrico en distintos sectores. El Paseo Ahumada es asignado a dos parejas estables.

Los predicadores evangélicos son aproximadamente veinte, entre grupos pertenecientes a ministerios y predicadores independientes. Su participación se extiende a todo lo largo de la vía peatonal, salvo la tercera cuadra, donde se ubican los cafés Caribe y Haití. La frecuencia de sus “apariciones” varía, entre quienes predicán dos veces al día, los que lo hacen una o dos veces a la semana y por último, los ministerios que acuden a intervalos de varios meses.

Hasta hace poco tiempo su presencia era especialmente notoria y polémica, pues bajo la protección de la ley de libertad de culto, se autorizaba la participación de numerosos grupos musicales evangélicos durante la tarde, alrededor de los cuales se agolpaban multitudes que bloqueaban la pasada de los transeúntes. Actualmente, se ha ejercido un mayor control policial sobre su presencia, lo que ha significado una notoria disminución de los grupos musicales, aunque no de los predicadores solitarios.

El grupo de los predicadores se caracteriza por una diferencia clara en el accionar de hombres y mujeres. Los hombres establecen una relación distante con los transeúntes, sin dirigirse en forma directa a alguno en particular, las mujeres en cambio, cuando predicán a viva voz, suelen intercambiar miradas y acercarse a sus oyentes.

Exponerse y congregarse:

Para introducir al tema del uso de participación, es útil revisar lo planteado por Manuel Delgado (1999). Según este autor, las relaciones en el espacio público tienden a suspender diferencias y jerarquías sociales, abriendo el paso al desarrollo de una conciencia ciudadana, lo cual, a su vez, generaría en su interior expresiones públicas de debate y participación política. Delgado recata el concepto Griego de *ta koina*, “espacio que pertenece a todos, escenarios de un logos al servicio de la libertad de la

palabra, el pensamiento y el cuestionamiento sin trabas, que remite al ágora Griega”. (1999: 206)

En virtud de lo observado en el Paseo Ahumada, se hace necesario establecer un límite más claro entre dos aspectos de las relaciones públicas urbanas. El espacio público se abre a dos formas de uso en las que se activan los derechos de ciudadanía. La primera describe una forma de expresividad pública, caracterizada por un mensaje comunicado de manera frontal a la multitud en movimiento. La segunda forma de uso, en cambio, recoge la tradición del ágora Griega, como un lugar donde se enfrentan opiniones distintas sobre asuntos públicos, asignado al debate y la discusión al interior de grupos.

Solo el primero de estos usos se agrupará bajo el término “participación”, en tanto se sirve del espacio como **escenario público**, desnuda su identidad y convoca abiertamente a los transeúntes. El segundo quedará relegado al uso de sociabilidad, que será descrito más adelante.

Los predicadores, como todos los ocupantes del paseo que realizan uso de participación, quieren romper con la reserva individualista que caracteriza al espacio público. A partir de la búsqueda de referentes identitarios religiosos **congregan a un público**, por definición disperso, apelando a su universo moral, espiritual y afectivo.

Entre otros males, el predicador ve en representada en el Paseo Ahumada, un sistema social en decadencia y desde ese punto de vista, crítica las transformaciones modernizantes de la estructura urbana, como un elemento que incrementa el individualismo y la indiferencia contemporáneas...

“Me afectó el cambio en a plaza de armas, porque se genera un hábitat, espiritual, cristiano en ese lugar, la gente ya sabía que ahí llegaba el predicador, la gente ya sabía que ahí, en esa parte, se predicaba la palabra. Lo otro que afectaba a la plaza de armas fue a las personas de mayor edad, ancianas, que llegaban a descansar, a las familias” (Carlos)

El Paseo Ahumada, es un escenario en el cual el predicador se ve en una lucha frontal contra el sistema imperante, el cual se encarna en el individualismo y la indiferencia que dominan entre los transeúntes y contra el cual lucha apelando a la intimidad de sus oyentes y llamándolos a entrar en relaciones de mutua atención y encuentro espiritual ...

“Nos hemos vuelto consumistas, hemos llegado a ser un país que tiene un gran porcentaje de gente endeudada en DICOM, un 99,7% , un alto índice de alcoholismo y drogadicción, enfermedades cardíacas, enfermedades psiquiátricas, stress, cansancio. El hombre está todo el día preocupado de sus afanes, sus quehaceres, del comer, del vender y sus espíritus se secan como una pasa. Al no preocuparse de la parte espiritual el hombre se va muriendo, la necesidad parte del apego a lo terrenal”
(Carlos)

El uso de participación realizado por los predicadores, busca develar por lo tanto, exactamente aquello que los que hacen uso de tránsito, tratan de ocultar; la singularidad de cada persona, sus intenciones y motivaciones más íntimas.

Para conseguir su objetivo, los predicadores deben romper con el modelo de relación de los transeúntes, detenerse en el paseo, ocuparlo de forma recurrente y hacerse conocidos frente a los otros. Deben por lo tanto, ganarse un lugar propio y delimitado, objetivo al cual los transeúntes renuncian de manera consciente.

La predica se constituye en parte estructural de un proyecto identitario, estar en la calle y comunicar lo que se ha revelado constituye un elemento fundamental de su definición como parte y actor de una religión. El paseo aparece como una estación de un recorrido por numerosos rincones de la ciudad y el país, en una tarea que se ejecutará de por vida...

“Yo nací para esto, si puedo llegar a predicar a los sesenta, setenta, ¿porque no?, formar una congregación, administrar, recibir diezmos, ofrendas” (Carlos)

Los predicadores se debaten, sin embargo, entre dos proyectos identitarios: Primero, el que los liga a la comunidad religiosa, con roles, creencias y formas de vida, que se definen como opuestos a los que dominan socialmente, en una vieja oposición Dios - mundo. Segundo, el que realza un compromiso personal con Dios, que supera la iglesia o grupo de pertenencia y que toma forma en la labor misionera, a través de la cual, el predicador busca identificarse con las experiencias del transeúnte común.⁴

En esta segunda alternativa, el mensaje de los predicadores se permite crear un estilo personal, mediante el cual, se aspira a llamar la atención de toda la heterogeneidad social del Paseo Ahumada, sin distinción de apariencia, colores, oficios o edades. Los predicadores buscan en ese sentido, atraer hacia sí a los transeúntes y en ese sentido, ser aceptados y reconocidos socialmente en su rol de misioneros.

“Que no nos miren como ángeles caídos del cielo porque no lo somos, que no nos miren como extraterrestres porque no lo somos, que nos miren como personas, tenemos debilidades, flaquezas, somos personas. La única diferencia es que Dios nos ha escogido” (Carlos)

El predicador por lo tanto, busca mediante la ocupación del Paseo Ahumada, a la vez que un espacio de confrontación y lucha con los valores imperantes, un espacio de legitimación social, que va más allá de buscar el reconocimiento a su “causa”, que apela a ser reconocido en su aporte a la sociedad.

Para mi tiene importancia predicar en el Paseo Ahumada, porque veo que yo soy importante también, para la sociedad Chilena, no solamente como un profesional, no

⁴ Manuel Ossa (Ver, Jorge Larrain, compilador. “Persona y sociedad, identidad, modernidad y postmodernidad en A. Latina”, ILADES, Santiago, 1996.) afirma que la “religión pentecostal” permite al individuo apelar siempre a una comunidad universal, que trasciende a la iglesia de pertenencia, que va

solamente como una persona que aporta materialismo, desarrollo empresarial, desarrollo ejecutivo, sino también que soy importante como una persona que aporta desarrollo espiritual, conocimiento de la palabra, palabras que tienen poder, autoridad fortaleza”(Carlos)

Mediante su discurso, recalca el bajo valor de las diferencias sociales, en especial, de las jerarquías de clase y su anulación, en virtud del vacío espiritual que domina al conjunto de los actores presentes.

“Al estar uno en la calle, al estar todos los días en contacto con las necesidades que tiene la gente, uno va tomándose otra expectativa de la vida, de que realmente hay diferencias, de clases sociales, de credos, de dogmas, pero al fin y al cabo los seres humanos somos todos iguales, todos tenemos las mismas necesidades de vestir, de comer, de beber, formar un hogar, que nos quieran, ser amados, querer, ser sentido y sentir” (Carlos)

Independientemente de su posición social y su apariencia (elemento clave de las relaciones en ese espacio) el predicador está destinado a acoger a los otros en sus carencias y aportar socialmente, revelando una posibilidad de salida a la angustia e incertidumbre cotidiana.

El hecho que la gran cantidad de los miembros de las iglesias evangélicas provengan de sectores populares, permite asociar el uso del espacio público a una necesidad de ruptura de la exclusión social y una nueva posibilidad, simbólica, de integración, en un espacio de “iguales”.

El uso que los predicadores hacen del Paseo Ahumada, grafica claramente las potencialidades que Manuel Delgado le atribuye al espacio público, en términos de ser un espacio en el que la efectividad de las jerarquías sociales tienden a suspenderse,

por encima o incluso, en contra de ella. De este modo su identidad individual, en el sentido de distancia con el grupo, se reafirma y robustece.

disgregadas justamente en aquello a lo cual el predicador, en el discurso, se opone, la relación distante entre individuos móviles y anónimos.

Al igual como un grupo de trabajadores de la multisindical acude al Paseo Ahumada, para convocar a una identidad común de trabajadores, pensando que allí encontrará personas que no han adquirido conciencia de sus derechos de trabajador. Los predicadores van en busca de este “ciudadano” generalizado, que no ha tomado conciencia de su necesidad espiritual. Esta conciencia solo la adquirirá en la medida que entienda que a pesar de sus diferencias de apariencia, recursos económicos y otros elementos se une a los otros en una necesidad espiritual colectiva, que tiende a la igualdad.

Este proceso que podríamos llamar de **integración** en el mundo de la calle, toma forma de una sujeción a ciertos códigos de presentación público. El predicador incorpora las actitudes del todo social como parte integrantes de la definición que el hace de sí ...

“La presentación en esta sociedad en que estamos es importante. Por ejemplo presentarte a predicar afeitado, con una camisa ordenada, una corbata. No algo que te imponga la sociedad, el orden social, sino algo que tu tienes y te vas a poner porque eso le va a agradar a la persona que te va a escuchar” (Carlos)

La tendencia a verse integrados, ser recibidos y reconocidos, distinguiría a los predicadores de otros grupos religiosos como los “Hare krishna”, quienes realizan una verdadera exhibición de sus diferencias de apariencia, vestuario y ritualidad. Por medio de estos elementos, dichos grupos se ponen en oposición a la masa individualista, desorgánica y dispersa del espacio público, para realizar una festiva y exótica oposición de su diferencia.

La lucha por el reconocimiento:

Los predicadores entran cotidianamente, en una disputa por sus lugares de prédica, con otros exponentes del uso de participación; estatuarias, cantantes. Legitimada su presencia por parte de la municipalidad en virtud de su discurso religioso, remarcan su derecho a propagar allí sus ideas, difundirlas e incluso, imponerlas sobre otros, apelando a la ley de libertad de culto.

En este contexto, valoran algunos elementos de la modernización de la forma urbana, como la introducción de nuevos aparatos de apoyo, como las cámaras, los que les servirían para protegerse del embate de elementos que intervengan y entorpezcan su actividad; delincuentes, degenerados.

Sin embargo, la disputa por un espacio propio y la atención de los oyentes, es más intensa con sus propios hermanos de fe, contra los cuales se gritan improperios públicamente e incluso se llega a peleas cuerpo a cuerpo.

Estas disputas tienen como causa fundamental la lucha por la aceptación y el reconocimiento público. Sobre ellos pesa una imagen pública negativa de la cual intentan deshacerse de manera permanente, distinguiéndose de sus pares...

“Hay quienes creen que el predicador es cargante, impositivo. Que dice fantasías, personaje irreal, ficticio, la imagen típica, loco, rallado, fanático...” (Carlos)

La mala imagen pública de los evangélicos es vista en cierta medida, como parte de la actividad, como la comprobación en terreno de que se está en el lugar correcto, librando una lucha codo a codo contra el pecado, en la que es necesario superar la prueba del rechazo.

Sin embargo y con más fuerza, se culpa a los propios predicadores de esta mala imagen. Específicamente a aquellos que en su predica utilizan insultos y burlas hacia

los transeúntes o se sirven de un lenguaje hermético, incomprensible para el general de la gente.

“Me di cuenta, que aún en el aspecto religioso existe mucho la envidia, había gente que me miraba mal, me empecé a dar cuenta que incluso habían predicadores que hablaban a garabatos, con palabras grotescas, ofendiendo a la gente, pasando a llevar a la gente de diferentes credos. Empecé a pedir a Dios que me diera nuevos métodos para encauzar a la gente en la palabra” (Carlos)

Entre los predicadores se libran luchas diarias donde se contraponen distintos tipos de discurso. Esta lucha tiene como móvil fundamental la lucha por legitimarse frente a los otros, a los transeúntes, sean estos religiosos o no. Construir un discurso autónomo que identifique a estos transeúntes y a la vez, se diferencie radicalmente de los otros predicadores, parece ser la condición para lograrlo.

“No salen del costumbrismo, no salen del sectarismo religioso, de la monotonía y como no se atreven a salir de lo mismo, por temor al que dirán, al pastor, por vergüenza, por miedo, no producen nada nuevo. Había personas que les gustaba más mi predicación, me decían; ‘Tu predicación Carlos, es más realista, es más aterrizada, tu predicación coloca los dos pies sobre la tierra, no es tan elevada” (Carlos).

El predicador hombre se aleja así, definitivamente de su comunidad religiosa, para dedicarse por completo a evangelizar desde un estilo personal y en la búsqueda de un prestigio social, de manera de ganar seguidores...

“Al hacerlo acompañado se resienten los espíritus de crítica, celo, rivalidad. Al hacerlo acompañado tendría que hacerlo con un protocolo, un libreto, con algo preparado, como algo mecánico. No me gustan las cosas mecánicas, no me gusta el costumbrismo, los hábitos, esa vida monótona, ¡toda la vida lo mismo!, me gusta cambiar, actuar todos los días diferente” (Carlos).

Las competencias en el paseo Ahumada, muestran al espacio de los predicadores, como un campo de disputa por el reconocimiento público. En ese sentido, se hace válida la definición que Celia Amorós (1990) realiza sobre el modelo de relación característico de la esfera pública; Un contexto de relaciones entre individuos que luchan cada uno por ocupar un espacio de visibilización y lo hacen fundamentalmente a través del manejo del discurso.

El predicar femenino:

Un simple paseo por el Paseo Ahumada es suficiente para percatarse que la escasa participación de mujeres solas en predica. Un único grupo de dos o tres mujeres se apostó en la esquina con Huérfanos y aventuran un discurso recargado de citas bíblicas, pronunciado en un canto quedo y quejumbroso, sin los alardes histriónicos de sus pares hombres.

La diferencia más marcada de estas predicadoras con sus pares hombres, es que en ellas el reconocimiento social no aparece como una necesidad fundamental. En cambio, se conforman con verse reconocidas al interior del grupo y la comunidad y frente a los otros hombres que predicán en el Paseo Ahumada...

"Yo no tengo problemas con otros predicadores, incluso nos apoyan los hermanos cuando estamos predicando, ¡gloria a Dios! , nos dicen , ¡hermanitas! , ¡sigan adelante! , se ponen ahí a clamar cuando estamos predicando" (Maria)

No solo en su rol de misioneras buscan la pertenencia comunitaria, también en el grupo hacia el cual dirigen su accionar. Manifiestan que su misión más valiosa, es rescatar para la iglesia a aquellos miembros que se han alejado y han dejado de practicar la religión.

Desde ese punto de vista, las mujeres no se tensionan como los hombres, entre una identidad construida desde la subjetividad y una identidad atribuida desde la sociedad

representada en el espacio público. Por la misma razón, no es necesario para ellas involucrarse en los sistemas de competencia masculinos por el reconocimiento.

La relación con los transeúntes no se representa como una oposición al sistema social, sino más bien, como una relación con individuos particulares, a los cuales se debe dirigir un mensaje de apoyo, o en otros casos, de condena...

Esto explica el hecho que las mujeres predicadoras diversifiquen sus formas de ocupación del espacio, pasando libremente de un uso de participación frontal y expuesto a un trabajo persona a persona, oculto en los flujos del tránsito. Allí recogen "peticiones" individuales, por las que luego ayunarán y rogarán. En la medida que recojan más pedidos, su rol de misioneras se verá confirmado, pues se estará sirviendo en forma más eficiente a Dios.

En este sentido, las mujeres reproducen el patrón de segregación de género, al abstenerse de la búsqueda más activa de seguidores en el espacio público y más bien se sitúan en una posición de servidores a otro; Dios. Sin embargo, simultáneamente, hay una ruptura de las reglas de segregación una vez que logran exponerse públicamente y construir, aunque tímidamente, un discurso propio y autónomo.

Esta ruptura de los patrones culturales de género, es vista a su vez, como una confirmación de su dependencia personal con Dios, por el cual están dispuestas a desafiar, ciertos códigos de comportamiento impuestos socialmente. En este punto ellas destacan las múltiples expresiones de rechazo que sufren cotidianamente en el paseo...

"Hay gente muy agresiva en el sistema, los hombres pueden ser más corteses, ¡las mujeres son agresivas! , se sienten con el derecho a decirte cosas, nos tratan de ¡locos! , ¡fanáticos! , ¿no tienen nada que hacer en su casa? , hay gente que te insulta gratuitamente (Beatriz testigo de Jehová)

Se expresa aquí los constantes intentos por parte de los transeúntes, de forzar a las mujeres que realizan actividades en el espacio público, para expulsarlas al dominio privado, al cual han sido asignadas socialmente, contradiciendo la teórica apertura generalizada que define a las relaciones en el espacio público (Fraser, 1991).

La percepción de las mujeres como más agresivas que los hombres, evidencia que estas se sitúan en una situación de relativa marginalidad, respecto de reglas que regulan las relaciones en lo público. Allí imperan reglas consensuadas de cortesía mínima que los hombres asimilan de manera más espontánea, en tanto constituyen parte integral de su identidad masculina.

Esta presión por excluir a las mujeres de un uso libre y autogestionado del espacio público, es el que las predicadoras logran superar al lanzarse día a día, sin mediación de hombres a la acera del Paseo Ahumada...

“Dios está preparando un ejército de mujeres, las está preparando. Usted siempre que va a una iglesia, hay más mujeres que hombres, la mujer es más sensible. Cuando al señor Jesús lo llevaron a crucificar, las primeras que fueron al sepulcro fueron mujeres, la mujer es más sensible y cree. El hombre es más duro, no cree mucho en lo que Dios le puede entregar y hacer” (Maria)

Las mujeres predicadoras se sitúan entre dos modelos de acción en el espacio público; la realización pública de su rol de predicadoras como parte de la comunidad, es decir, respondiendo a una identidad atribuida desde su grupo de pertenencia, el pastor o los otros predicadores y una identidad que parte de una ruptura con los códigos de segregación espacial impuestos socialmente, a través de la cual, se construye una identidad de líderes en el servicio a Dios, como un proyecto autónomo.

Por eso, la lucha por un espacio como misioneras, no se da sobre la base de una relación de oposición a los otros predicadores, sino mediante una diversificación de los modos de ocupar el espacio y relacionarse con los otros para desarrollar su labor, de

modo de legitimizar su presencia en el espacio público, evitando una exposición excesiva.

Se diferencian así de los hombres, en tanto estos ejecutan su predica en patrones de ocupación bastante rígidos, que los obligan a un tipo de relación distante del transeúnte, siempre predicando en voz alta hacia la multitud y manteniendo su calidad de predicadores en todas las relaciones antes y después de la prédica; mediante la lectura de la Biblia en bares, la discusión con otros religiosos, etc.

Las predicadoras aparecen en cambio, apropiándose constantemente de nuevos espacios, en un modo desregulado de ocupación, que cruza las fronteras entre el uso de participación y la asimilación al uso del tránsito.

Del mismo modo, valoran el espacio público como una experiencia de desarrollo personal, mas allá de su rol de misioneras. Una vez terminada la prédica, alteran su patrón de comportamiento y se confunden definitivamente con los otros transeúntes, donde disfrutan de la variedad de estímulos que el espacio comercial y la ocupación social ofrecen.

“Esos que venden cosas para comer, bonito, uno se pone a vitrinear, si tiene hambre pasa a comer algo, pasamos a comer sopaipillas, esas cosas son bonitas, se entretiene uno, voy con mi amiga, caminamos, conversamos, ¡es bonito! Es como mas libre, como que nos amigamos mas, paseamos, nos reímos con la hermana” (Maria)

La distancia con las competencias por el prestigio de los hombres, permite a las mujeres predicadoras constituirse en ejemplo preferente, de modo similar a las escolares, de utilización del potencial de transformación y mutabilidad de las identidades en el tránsito urbano, el espacio que Delgado describe como de constante “desestructuración social” (Delgado, 1999). El caso de las mujeres predicadoras refleja la opción femenina por una ocupación móvil, destinada a aprovechar las distintas dimensiones sociabilizadoras del espacio público, sin restringirse a la esfera “laboral”.

De la participación al tránsito, del tránsito a la sociabilidad, las predicadoras, traspasan los umbrales que diferencian distintos mundos dentro del espacio público. El predicar en compañía solo de mujeres se aprovecha también como modo de liberarse de las presiones del hogar, de los roles religiosos, laborales o domésticos y enriquecer la amistad en el diálogo sobre la experiencia religiosa y la convivencia comunitaria.

Una vez clausurado el rol de predicadoras públicas, se desplazan hacia otras áreas del paseo sin los prejuicios al consumo y la tensión ambiente expresados por los varones. Allí, se dialoga con la amiga sobre esta experiencia singular de predicar en la calle...

“Lo que más me ha llamado la atención... los colipatos, eso es lo que hemos visto. Se ven como raros, nunca los había visto, en la t.v solamente los había visto, la otra vez la hermana me mostraba dos hombres que iban de la mano, son cosas que yo no he visto” (Maria)

La pausa, luego de la predica, sirve para, de forma similar a las escolares, poner a la sociedad “como espectáculo”, aunque más en la atención de lo exótico y desconocido (homosexuales, jugadores de ajedrez) que de los detalles de lo cotidiano. El centro urbano es valorado como una fuente de información y acceso a elementos distantes de la seguridad del hogar y de la iglesia, en los bordes de las tareas religiosas, se vive el valor de este como fuente de conocimiento...

“Eso que me dijo, ¿qué es? , ¿museo? (Precolombino) , ¿Dónde esta el museo? , abajo, ¿hay que pagar ahí? , voy a invitar a la hermana, me gustaría ir a conocer” (Maria).

VII.3) Uso de sociabilidad:

Paseos y debates.



En la combinación de pertenencias a uno o más de estos espacio sociales, se desarrollan en el Paseo Ahumada durante el día laboral, ocupaciones grupales, recurrentes, que lo abren como un espacio para la sociabilidad, la amistad, el diálogo o el debate. El componente característico de esta forma de uso, es la conformación de círculos de conversación relativamente autónomos del tránsito. Son relativamente autónomos pues muchos de ellos (discusiones políticas o religiosas) se abren a la incorporación de transeúntes, pero dan la espalda a la multitud y se cierran en conversaciones y temas propios.

Es un tipo de ocupación que no busca relacionarse con los que andan de paso, de compras o de trámites de manera frontal o directa y que por eso mismo, se sitúa en

relaciones de competencia por el espacio con el transeúnte circunstancial. La segunda característica es, por lo tanto, el apropiarse de un territorio determinado para sus acciones de manera cotidiana.

La tercera característica es la conformación al interior de muchos de estos grupos, de vínculos de relación o amistad específicos del espacio. Se usa el Paseo Ahumada como un espacio de encuentro y formación de vínculos particulares.

Un grupo característico de esta forma de utilizar el espacio, son los clientes del café “Haití” y “Caribe”, de composición heterogénea, conformados por trabajadores de oficinas comerciales, de la bolsa, jubilados de distintos oficios que van allí hace décadas, gente de la cultura y el fútbol, etc.

La singularidad de este espacio de sociabilidad alrededor de los cafés esta dada por el hecho de haberse iniciado antes de la inauguración del paseo. El vínculo con el espacio por parte de sus ocupantes es especialmente profundo y expresado públicamente mediante una ocupación abierta y densa de la acera central a la salida de los mismos y la apropiación permanente de unos tres o cuatro bancos, cuyo uso se encargan de demandar para sí.

Se remarca así una diferencia clara con el transeúnte de paso, al detenerse arbitrariamente y desplazarse en círculos de un grupo a otro. La conversación está dominada por temas recurrentes; en especial, política y mujeres pasando de uno a otro mientras se lanzan piropos a las damas que pasan por el lado. Luego de unas horas de paseo los grupos se marchan en un caminar lento y relajado, indiferente a los transeúntes, que caminan hacia destinos más urgentes.

Estos clientes hacen de **frontera** entre el mundo de los trabajadores callejeros y el mundo de las oficinas interiores, al tener un trato de clientes, más personal y próximo con estos que el resto de los transeúntes.

Otros grupos de sociabilidad ya mencionados, eligen el espacio de la estación de metro “Universidad de Chile” para juntarse, durante el atardecer. Se trata de un grupo de unos veinte sordomudos que una o dos veces por semana, se apropian de un banco al lado de la estación, para agitar brazos, manos y dedos en un intenso diálogo, de caras arrugadas y risueñas, que contrasta claramente con la expresividad del común de los transeúntes a esa hora.

En el mismo lugar, casi diariamente y a la misma hora, unos diez a quince jóvenes “gay”, algunos vestidos de mujer, sentados en estructura en “u” contigua a las barandas de la estación, dialogan efusivamente, se echan tallas, se tocan, se ríen salen saltan a hablar por teléfono o a tomar un helado, van y vienen.

Por último se dan ciertas formas de sociabilidad en el paseo, caracterizadas por el debate religioso o político, asociadas estas con las intervenciones ciudadanas o religiosas, respectivamente. Se incluyen dentro del uso de sociabilidad, por ser grupos concéntricos, que, aunque ventilan públicamente una idea personal o creencia, no la exponen frente a la “sociedad” en tránsito, como si lo hacen quienes “participan” en el Paseo Ahumada.

Los grupos de discusión política se han generado de manera espontánea durante el tiempo pre-eleccionario en Huérfanos con Ahumada y pueden llegar a agrupar hasta unas setenta personas, en diversos sub-grupos. Estas discusiones se desarrollan desde el mediodía hasta las siete u ocho de la noche y aunque se dan entre desconocidos que no tienen un vínculo estable de amistad, si se observan participaciones recurrentes, de gente que acude en forma especial a la discusión.

Un ejemplo de reacción del transeúnte frente a estos grupos, es el de un joven que al pasar por el lado de uno de ellos, chasquea los labios y exhala como azuzando a un grupo de ovejas, demostrando la oposición de algunos de los transeúntes, a aceptarse vincularse en agrupamientos espontáneos en medio de la calle.

Los grupos de discusión religiosa por su parte, tienen un carácter más institucional, se activan hacia las cinco de la tarde en grupos muy pequeños de tres o cuatro personas, hasta crecer a unas treinta o cuarenta. Se distinguen ciertos conductores diarios del debate y grupos estables representantes de distintas corrientes, católicos o distintas ramas de evangélicos. Aún a las once de la noche es posible ver a los más activos, todavía sentados en los bancos, conversando con más calma, luego de la acalorada discusión.

a) El cruce entre dos paseos:

El lugar elegido por estos dos últimos grupos, son los alrededores de la esquina de Huérfanos con Ahumada, intersección de dos paseos peatonales donde se ausenta el ruido y la marcha de los automóviles. Se elige fundamentalmente un espacio de personas, donde las posibilidades de encuentro y relajada movilidad son mayores. Sin forzar mucho la interpretación podría decirse que en la esquina de Ahumada con Huérfanos, la más cercana a la plaza de armas, se da una especie de síntesis entre un lugar de tránsito denso y dinámico y un efecto de concentración y encuentro parecido al de la plaza, espacio tradicional de debate.

b) Lo asentado y lo móvil.

La sociabilidad es la forma de uso caracterizada por un mayor dominio masculino. Los elementos **más visibles y constantes** en el paseo, son los grupos de hombres que rodean el café “Haití”, hacia la acera, donde las mujeres están completamente ausentes. Estos grupos se encargan de remarcar su dominio de género a través del piropro reiterado. Al ubicarse de pie, fijos al centro de la acera, generan un control visual sobre las mujeres que pasan por el lado, sin poder cubrirse ni el delante ni el detrás, lo que permite a los hombres contemplarlas con un total dominio de los tiempos y distancias.

Los grupos de debate religioso, al contrario de los clientes del café, permiten la inclusión de cualquier transeúnte que quiera escuchar o participar. Sin embargo, la inclusión espontánea de mujeres es prácticamente nula.

En los grupos de discusión política la participación de mujeres es escasa. Cuando una mujer entra a participar, es escuchada con especial atención, cuando son varias, tienden a formar grupos aparte, con su presencia, los temas suelen centrarse en el problema de la participación política de género.

El grupo de los sordomudos, con un grado de ocupación más precario, es quizás el único que cuenta con un número equiparado de mujeres y hombres en su interior, sin que se cuente con antecedentes suficientes para discernir distintos grados de participación.

Se concluye que no existen grupos de sociabilidad exclusivos de mujeres, que se apropien cotidianamente de un determinado territorio, para formar vínculos específicos a ese espacio.

c) Clientes del café “Haiti”.



El dominio del espacio:

La clientela estable de los café “Caribe” y “Haiti” esta conformada en su inmensa mayoría, por hombres adultos, quienes acuden en grupos de distinta especie, que se reúnen a discutir y conversar sobre temas públicos.

Durante la mañana, en el “Haiti”, se reúnen algunos grupos de árabes o judíos que conversan sobre finanzas y negocios, hacia el mediodía, cuando ya el lugar esta abarrotado, los temas principales de conversación tienen que ver con la política, los problemas sociales, el deporte, la cultura y las mujeres. Hacia la tarde disminuye la cantidad de clientes tanto adentro como afuera del lugar, pero sigue siendo visitado por adultos de terno, que cruzan algunas palabras con las meseras y se vuelven a agrupar para hablar sobre el trabajo y las noticias de la tarde, tanto adentro como a la salida del local.

Gran parte de estos provienen del interior de oficinas de abogacía, financieras, médicas, ligadas al circuito financiero y comercial, los propietarios legales del espacio céntrico y del cual dependen gran parte de los flujos comerciales y de tránsito que lo caracterizan.

Al tratar de definir el tipo de ocupación que se realiza, se constata que estos grupos establecen una apropiación del espacio mayor que otros, concretan allí un dominio sobre ciertos sectores y actores.

En primer lugar hacen uso de un lugar que les ha sido asignado por la infraestructura, un espacio interior, que ofrece sin embargo un amplio ventanal para tener toda la libertad de observar a los transeúntes. El poder económico que se apropia del espacio, atrae a estos clientes a un espacio abierto a la calle, ancho y amplio. Junto al café “Caribe” cubren en total media cuadra, en una vía donde el costo del suelo es sin duda, el más caro de Santiago.

Allí se produce una asimetría de género. El dueño del local atrae a los clientes con meseras muy distinguidas, con vestidos cortos y de llamativos tonos, las que se ubican un escalón más arriba detrás del mesón, permitiendo la exposición de sus cuerpos a la mirada de los clientes.

Los clientes, adentro, se instalan luego de comprar su café, inclinados sobre el mesón, a mirar a los y las transeúntes pasar, demostrando una vez más, el poder que ejercen las ocupaciones asentadas sobre las móviles, las interiores sobre las exteriores, los que ven y los que se dejan ver. En sentido opuesto, se establece otra asimetría de género, los transeúntes ven a las meseras, las meseras se hacen ver.

Este dominio es recalcado con especial fuerza, cuando al mediodía los grupos se escurren hacia la acera ocupándola en sus cuatro costados y difundiéndose hacia el centro de la pista. Allí los jubilados y otros clientes parecen fundar una espacialidad distinta, concéntrica, donde transitan a paso lento, llamándose de un lado a otro

mientras el resto de los transeúntes cruza en aceleradas líneas sin detener la mirada. Desde ese punto dirigen la mirada por detrás y delante a las mujeres del tránsito, lanzando piropos o comentando en voz baja sus espaciales atributos.

Esta ocupación expuesta, centralizada y masiva, es una forma clara de imposición sobre otras formas de ocupación. Hasta el tránsito en este tramo parece ceder parte de su poder. No es casual que esa cuadra no sea ocupada para el uso de participación, allí nunca se ven evangélicos, artistas o actos civiles, nadie quiere entrar en competencia con el público de los cafés. A través de relaciones amistosas con otros actores, de distinta clase y género, conforman una pequeña red de apoyo al dominio sobre la zona.

Mediante ayudantes que entregan recados, una relación instrumental con suplementeros o lustrabotas, la alianza con las meseras, los clientes forman una red para mantener el dominio sobre el espacio de ocupación. Esto les permite incluso un control normativo sobre comportamientos de otros actores que se salgan de la ley.

“Hay una mala idea del Paseo Ahumada, que son todos estafadores, ladrones... montón de cosas. Aquí no po`, unos a otros se cuidan, la misma niña(mesera) si anda un cheque volando, ella avisa que anda con un cheque robado. El lustrín en N.Y vendían hojas de cheque, pero aquí no, aquí tienen que andar con cuidado” (Manuel)

La expresión simbólica de este dominio, es la asignación al área de la acera central con el nombre de “laguna de los patos”, referida al caminar en rondas que describen clientes y amigos de clientes durante las tardes en las afueras del local.

La clave de la realización de un dominio sobre el espacio es la exposición pública de la sociabilidad exclusiva. Los clientes jubilados, gente de la cultura, visitantes de un circuito de bares y negocios centrales, asentados allí desde hace décadas, irrumpen con desenfado en forma colectiva, se muestran, se exhiben, se imponen, hablan fuerte, se abrazan y tocan, sin temor a la mirada ajena.

Espacio de integración:

Los clientes del café “Haití” que han sido entrevistados para esta investigación, son parte de un sector social que acude hace décadas al lugar, representantes de una forma de sociabilidad urbana característica del centro de Santiago hasta los años sesenta.

Esta sociabilidad eminentemente masculina, se desarrollaba en cafés, clubes y otros recintos. Se caracterizaba por una capacidad de integrar a diversos sectores sociales en una convivencia que giraba sobre la actividad o discusión política y cultural de distintas vertientes.

Durante los años cincuenta y sesenta, época en que los clientes del café, ocupaban estos espacios como jóvenes, el centro se caracterizaba por contar con una amplia infraestructura cultural, numerosos cines, teatros, centros de baile y librerías, además de cafés y bares de tertulia conformaban un verdadero circuito de sociabilidad. Este ha sucumbido con las sucesivas transformaciones urbanas y la proliferación de negocios de comida rápida, cafés y cines eróticos, multitiendas, farmacias y otros.

“Toda la actividad estaba centrada en Santiago, los cines estaban aquí, todas las radios, los bancos estaban aquí, no había sucursales, toda la actividad financiera y de entretenimiento estaba aquí. Así que el Sábado tu salías y había tanta gente como ahora, pero a las dos de la mañana! Cuando llegó el golpe del 73 esa huevada ¡se acabó!”
(Hugo)

La clientela del café “Haití” incluía a periodistas de las radios que funcionaban en el centro, casi todas las que existían hasta entonces, profesores u otros profesionales vinculados a las actividades de la Universidad de Chile y numerosos personajes del arte, la cultura, el comercio, el derecho, la política, etc. Ese circuito social, conformó un centro que sirvió al intercambio de información y creación entre grupos profesionales distintos capaces de realizar tareas comunes.

“El café Haití se incorporó a la parte cultural, porque alrededor estaban todas las radioemisoras; Portales, minería, cooperativa vitícola, radio el mercurio, entonces alrededor de esos periodistas estaban los cantantes, los locutores, los políticos de la época, llegaban poetas y artistas que venían del Bosco, de la Unión...” (Manuel)

Los relatos de los clientes del café suelen hacer un recorrido por los distintos personajes que han poblado el lugar durante décadas, destacando el valor del carácter integrador de las relaciones allí entabladas hasta hoy día...

“Ahora estaba conversando con un cantante de ópera. Aquí uno ha conocido personas de los más variados tipos, ahí te vas dando cuenta que son personas comunes y corrientes, que tienen inquietudes, grandezas y falencias, como cualquier otro ser humano” (Hugo)

Se construye una historia como grupo, que se hace parte de la historia de todo el sector céntrico. De ahí la necesidad de rescatar la memoria de los trazos urbanos del antiguo centro, los nombres antiguos de la calle, los recorridos de los tranvías, los hitos fundacionales del pasado colonial, la primera escuela de profesores, el primer teatro, la primera sede universitaria. En tanto dueños de una historia, los clientes recalcan también un dominio sobre el espacio mayor que otros grupos.

Ese conjunto de relaciones funcionaba como un vehículo de integración social y de socialización de hombres de extracción popular en un espacio social que giraba en torno a la educación y la creatividad. En este sentido la sociabilidad en los cafés constituía el ámbito más importante de desarrollo de un proyecto de vida, destinado a romper la exclusión social e integrarse a otros espacios de relación, donde se accedían a conocimientos, informaciones y estilos de comportamientos distintivos...

“Nos trasladamos por Vivaceta allá abajo, una familia como conventillo. Ahí había que ganarse la vida, como mis padres se pararon, a los ocho años empecé a ser periodista, ¡periodista se le dice al gallo que vende diario! Me sentaba en la cuneta a

leer, ahí aprendí a leer, aprendí las propagandas de los eventos artísticos acá en el centro, ¡chuta y donde queda el centro! Me arranqué a conocer el centro, conocí las floristas, me gustaban las vitrinas, los pintores, conocí los primeros bares de Bandera y me metí a trabajar a hacer aseo en una empresa en catedral, de ahí me tiraba caninando para acá. Ahí empecé a conocer cantantes, los teatros, fui palo blanco, charlatán, ¡ganaba mi plata!” (Manuel)

Frente a la precariedad económica y familiar, el centro urbano representa el acceso a la información, a una realidad que amplía los horizontes y permite el contacto con otros sectores sociales ligados al conocimiento. A partir de ese primer impacto visual con la vistosidad del paisaje, se inicia una socialización que finalmente determinará la elección de un camino profesional, cuyos impulsores serán “los amigos del café”....

“Yo estuve en el Valentín Letelier y andaba siempre acompañado por algún profesor. Me hice medio poeta por Agustín Somaeta Basulto, profesor de castellano que tuve, él me hizo el amor por la lectura, por las letras, por eso que me atrevo a escribir. . Todos esos profesores llegaban a Ahumada.. Yo entraba y salía del café, hacia mandados, me mandaban a depositar, ahí saqué las humanidades, estudié dibujos, entré a la parte musical. () La vida musical aquí en el centro era muy intensa, estaba lleno de lugares donde bailar ¿por qué conozco tanto músico? , porque había una interrelación, íbamos de bar en bar, una amistad muy intensa, ahí ya era habitué del café. Tenía dieciocho años y ¡muy activo!” (Manuel)

La posibilidad de acceder a la educación y a ámbitos de conocimiento, se define como el vehículo primordial de integración social. A pesar de haber ingresado como “ayudante”, oficio que aún hoy existe, la apertura social del lugar, abrió caminos para la conformación de un círculo de amistades con profesores y pares, en el que la sociabilidad en bares y cafés se enlazaba con el estudio en escuelas e instituciones abiertas y libres, que respondían a la institucionalidad pública de esa época. Todo conformaba un solo contexto social de aprendizaje y ruptura con el aislamiento y la pobreza de la infancia. Un real ascenso a la clase media educada.

En este caso se trata de la definición de un proyecto de vida autónomo, que tiene como recurso fundamental la formación de una red de amistades en el espacio geográfico del centro urbano. La integración es aquí hacia adentro, al grupo de pertenencia, el cual a su vez, pertenencia a cierto sector institucional de la nación de esa época: Universidades, aparato educacional, medios de comunicación, etc.

Pero el café también sirve para la construcción de un proyecto de vida, en personas no necesariamente ligadas al mundo de la cultura o a otros ámbitos profesionales que cuentan con grupos en su interior...

“Yo, como mecánico de estación de servicios, esa gente me empezó a inculcar la lectura a mí, a pesar de que yo era muy aficionado a leer, pero alguien me dijo una vez que tenía que leer con cierto orden. Porque si leía sin comprender no me iba a servir de nada, tenía que partir de abajo con obras cortas; Oscar Wilde, Chejov, Gogol. Estos gallos además eran aficionados al teatro, así que entré a la escuela de teatro, ¡pero era nada más que por cultura general! Yo no quería ser actor de teatro. Pero aprendí cosas importantes que me sirven todavía, por ejemplo, conductas de caminar, aprender a expresarse, como moverse en el escenario. () Yo era dirigente en la estación de servicios, entonces todas esas inquietudes que tuve y que aún tengo, me sirvieron para ser dirigente” (Hugo)

La socialización en el centro, el contacto en confianza con otros medios sociales, aporta recursos de expresión y de conocimiento para el mejor desempeño en otros roles laborales y una mayor competencia social en esos ámbitos. Los recursos de actitud, comportamiento y lenguaje, aprendidos en el espacio céntrico sirven para destacar en el espacio laboral propio...

“A la estación de servicios llegaba un sociólogo de apellido Amuy, a él le impresionaba mucho que hubiese un mecánico de estación de servicios que pudiese conversar sobre esos temas” (Hugo)

En ambos casos el café representa la posibilidad de extender los lazos sociales y diluir los límites de clase que los separan con otros. A través de los relatos de los clientes del café “Haití” es posible ver representado un país en el que este potencial “igualitario” del espacio público, se cobijaba en una infraestructura que otorgaba espacios adecuados para el desarrollo de esta sociabilidad, con una organización del estado y el sector público, que se constituía en instrumento de integración de las diferencias, sobre la base del libre e igualitario acceso a la educación.

Los protocolos de distinción:

Los clientes del café “Haití” crearon un modo de sociabilidad, definido por el intercambio de información y conocimientos permanentes, centrado fundamentalmente en la capacidad de construir un discurso personal.

A diferencia de los evangélicos y otros exponentes del uso de participación, se trata de un discurso abierto al debate, a la contraposición de discursos e ideas, a reproducir los conocimientos y estilos de comportamientos ajenos. Este elemento es el que marca la diferencia entre el uso de sociabilidad y el de participación. El primero se define por el uso de un discurso frontal y monológico, que busca atraer o imponerse al otro, el segundo es la práctica de un discurso siempre en colectivo, basado en la conversación fluida y el debate...

“Yo me doy cuenta que voy controlando más, mucho más la conducta de la gente, que puntos calza, porque la gente siempre hay que medirla primero, que tipo de persona son, hay gente que habla trivialidades, tu tienes que dejarlo a un lado, a mí lo que me interesa es gente que puede conversar contigo y tu puedes aprender de él, más que yo, tratar de decirle a los demás lo que pienso, trato de aprender” (Hugo).

El carácter abierto e integrador de la sociabilidad en los cafés se sustenta, fundamentalmente, en la capacidad de manejar ciertos temas de conversación y protocolos de comportamiento distintivos. Estos se incorporan al “estilo” personal. Se

trata por lo tanto, de una identidad construida en función de las expectativas personales, pero reafirmada y permanentemente confirmada en el grupo.

Uno de los elementos fundamentales de este código, es la mantención de un clima de cordialidad y respeto en la discusión. Este elemento, marca su distinción como grupo heredero de una forma de relación desarrollada en el espacio público a través del tiempo, actualmente en peligro....

“En ese tiempo no existía ese antagonismo que hay ahora, para ti ser izquierdista o derechista era hasta de buen tono, era gente tranquila, no había ese afán de hacer política que tienes ahora, que es el de la descalificación pura y simple” (Hugo)

Lo que se impone es una tradición de relación cordial entre los distintos grupos, que constituye una distancia fundamental tanto con las generaciones jóvenes, como con muchas de las nuevas formas de ocupación del Paseo Ahumada...

“Aquí la palabra vale, hay un saludo muy cordial entre los distintos grupos, si tu miras aquí vas a ver una risa franca, una palabra franca, por aquí no pasan garabatos” (Manuel)

Sencillez, apertura, respeto, franqueza, constituyen los elementos que distinguen a los miembros del café. Un código de comportamiento público, establece requerimientos como el evitar usar el garabato en forma innecesaria, el mirarse a los ojos cuando se saluda, dar tiempo a la conversación, respetar la posición del otro. La conversación en este ámbito es entendida como un “arte”, a través de él se expresa la opinión, elemento que define la identidad personal en las relaciones públicas.

“Yo siempre estoy buscando mejorar mi lenguaje, la expresión. Cuando converso, de lo que más me preocupa es de no decir garabatos, ¡y eso que soy garabatero de nota! , porque en el garaje había que ser así, te relacionas con muchas personas. Hay gente

que habla a puras interjecciones, yo no, a mí me gusta nombrar las cosas por la palabra que les corresponde" (Hugo)

El elemento estructural de este protocolo de comportamiento por lo tanto, es el uso de un lenguaje que exprese dichos valores de respeto, cordialidad y la franqueza en el diálogo. Además, se debe demostrar un manejo consistente e informado de la propia opinión, sobre los distintos temas que se discuten. Es decir, tener la capacidad definirse frente a los temas de interés público, ser capaz de hablar de fútbol, política o arte con similar habilidad.

Otro elemento de relevancia para ingresar a la sociabilidad en los cafés, es el tener como tema recurrente a las mujeres. Este tópico domina el general de las conversaciones, en algunos grupos más que en otros. Del mismo modo, se hace presente en las conversaciones a la salida del café y en los bancos ubicados al frente del local. Allí se escuchan relatos sobre viejas y actuales correrías sexuales y reflexiones sobre el actual impetu sexual, además de largas cátedras sobre los requisitos con que deben contar las mujeres, para ser deseables. Simultáneamente, los dialogantes comentan colectivamente los atributos de las transeúntes y las piropean frente a los pares.

La relación con las meseras se encuadra también en una lógica particular, en las que se combina un mutuo respeto, con distintas demostraciones de dominio, piropeos, agarradas de mano, tallas, frente a las cuales las mujeres muchas veces se resisten. Las meseras se asumen como parte integral de la sociabilidad de los cafés y se defiende su particular estilo, en oposición a las meseras de los cafés con piernas...

"Es muy común que cuando se habla de la niña del café, se la compare con los topless antiguos, "café con poto" le llaman. El habitué tiene mucho respeto por la niña, uno le permite dar un regalo, su recuerdo, saludo. La mini ya no llama ni la atención porque se viene usando hace hartos años. Llama la atención la calidad de las funcionarias que tiene el café "Haití", en la atención, la distinción y la confianza.

Muchas han sido empresarias, algunas se han casado con clientes del café, ¡muy bien casadas! la gente que viene es de preparación. Hay un ambiente que predispone a que la gente sea bien atendida y las niñas se sienten respetadas. Es un agrado verlas porque pasan a ser parte de uno” (Mamuel)

La distinción del café “Haiti” respecto de los cafés eróticos, es un modo de defenderse frente a ciertas expresiones de rechazo de los transeúntes, por el carácter morboso que tendría pertenecer a la clientela, al mismo tiempo, la defensa que se hace de su imagen frente al “juicio social” representado en las miradas de los transeúntes, es también, una forma de marcar dominio sobre ellas. Las mujeres formarían parte del ambiente de respeto y distinción que caracteriza a la sociabilidad de los cafés y en este sentido, estaría limpia de cualquier asociación con el “uso sexual” de la relación.

Bajo la óptica de lo que G.H. Mead (1990) entiende como formación de la persona, los clientes del café, adquieren una visión objetiva de sí mismos y adoptan las actitudes de los otros, en la relación diaria con sus compañeros de tertulia, con los que afinan y desarrollan ciertos estilos de comportamientos que constituyen su personalidad.

El grupo de pertenencia, es el referente fundamental para la construcción de identidad, sin que la “mirada pública” adquiera la relevancia que para individuos representantes de otras formas de uso tiene. Los clientes no aspiran a adoptar las actitudes y comportamientos que el “otro generalizado”, representado en los transeúntes y medios de comunicación impone.

Mead define el proceso de adopción de las actitudes del “otro generalizado”, como la etapa que culmina la internalización del orden social en la conciencia individual. En el caso de los clientes, este proceso parece no limitar sus búsquedas más personales y subjetivas. Por lo tanto, no se ven forzados a hacer una demostración pública en el Paseo Ahumada, de la adopción de una identidad atribuida por otros.

La falta de presión que ejerce sobre los comportamientos la “mirada pública” se explica en gran medida en el hecho que los clientes, hombres adultos, de clase media en su mayoría, no se sienten excluidos del espacio y por lo tanto, no deben luchar por la aceptación social con la misma intensidad que otros grupos. Su construcción subjetiva de una identidad pública es coherente, en gran medida, con lo que socialmente se acepta para las relaciones en el espacio público.

Los mecanismos de exclusión:

Los elementos que estructuran la identidad pública de los clientes del café Haití, permiten representar en él, las relaciones que según Nancy Fraser (1991) definen al ámbito público burgués; este es descrito como un contexto de relaciones entre individuos particulares que discuten sobre temas públicos, caracterizado por una apertura generalizada y destinado a la suspensión transitoria de las jerarquías sociales.

Sin embargo, según la misma autora, esta apertura generalizada es solo teórica, pues el ámbito público se cierra a la inclusión de grupos que no comparten las mismas reglas de relación de sus miembros. Las relaciones características de estos grupos de sociabilidad, tanto los clientes de café como los grupos de discusión religiosos, representan mejor que ninguno, las relaciones que hacen de la esfera pública, un contexto segregado de relaciones predominantemente masculinas.

Nancy Fraser(1991) afirma que las reglas de apertura e integración que promete el espacio público Burgués, en la práctica, se realizan solo para estos individuos que acceden, mediante el manejo de temas público a ser ciudadanos por definición, dejando de lado a las mujeres, en primer lugar y a otros públicos y clases con los que entran en conflicto.

En el caso de los clientes del café “Haití” los mecanismos de segregación se hacen visibles tanto en el carácter expuesto del modo de ocupación del espacio, como en la creación de un modelo de relación, basado en aspectos como el manejo del discurso, la selección de temas alejados de lo privado, ciertas maneras y gestos que marcan

distinción, etc. Todos elementos que definen al ámbito público, como un espacio de relación exclusivamente masculino.

A estos elementos se agrega, en el caso de los clientes del café, una tendencia permanente a hacerse cada vez más visibles mediante la ubicación en el centro neurálgico de la circulación de la información y los centros de poder, es decir, donde se registra la historia. Elementos que se ponen en clara oposición a los temas y formas de relación de los mundos privados y domésticos.

Los clientes demandan claramente la exclusión de las mujeres en su papel de clientas, como un requisito para mantener la “autenticidad de las relaciones” entre los hombres, es decir, como un espacio liberado de la regulación y los límites culturales impuestos en la esfera doméstica...

“Antiguamente éramos muy privilegiados, no teníamos la competencia desleal de las mujeres, ahora entran a cualquier parte. Perjudica en que el lenguaje no puede ser tan procaz ni tan auténtico, hay un recato natural, el más pelafustán cuando hay alguna mujer se recata. El último gallo de la sociedad ve a una mujer y trata de disfrazarse, entonces ahora en el café están muy caballeritos” (Manuel)

Las limitaciones que impone la presencia femenina (aun muy escasa) se suma a la descalificación de la mujer como interlocutor válido, en tanto estas aparecen como alejadas de los temas que dominan el diálogo en los cafés...

“Yo no soy afecto a la amistad con mujeres, son re poca las mujeres que sirven como amigas. Las mujeres no sirven como amigas, sirven para hacer el amor con ellas, para casarse, para lo que quieras, pero amigas no...yo en general no hago amigas mujeres, porque soy poco aficionado a la superficialidad, ese es el problema, esa huevás doméstica, cuentecillos y huevás. A mí me gusta conversar con gente que aporte algo, hay mujeres evidentemente que aportan algo, pero en general son bien huevonas, ligerito se ponén huevonas” (Hugo)

Los mecanismos de exclusión de género se transforman en mecanismos de exclusión de clase, al extenderse a otros grupos del entorno del paseo, de carácter más popular, con los cuales se convive cotidianamente...

“A los lustrabotas los conozco hace años, pero el lustrabotas es gente muy limitada, ¡limitadísimo! Tu no puedes pasar más allá de una broma o un chiste, no se puede entablar una conversación con él, no son gallos interesantes como personas” (Hugo)

La oposición con otros actores del paseo, se marca con respecto a quienes se salen del “estilo” de comunicación, una serie de actores que se oponen a esta rigurosidad en el manejo del lenguaje y las maneras. Las formas de comportamiento de estos “otros” actores, es la manera de constatar una cierta decadencia moral del espacio público que ellos han ocupado durante décadas.

La irrupción de masivas formas de ocupación para la participación (evangélicos), artistas durante la noche y otros, son criticados desde el punto de vista del necesario respeto en el diálogo al interior de las relaciones públicas...

“Que es lo que molesta en este momento al ciudadano común que viene a Ahumada, ¡que ya exageraron! Son los esquizofrénicos religiosos. No vienen a conversar con la gente, a predicar, ¡vienen a retar al público habitué!, es lo más ¡desagradable y detestable! Hay un problema de tipo psiquiátrico, es grave lo que está pasando” (Manuel)

El discurso impositivo y a veces ofensivo para el público en tránsito, representa a los ojos del cliente del café “Haití”, el estilo más opuesto a lo que debe corresponder a una forma tradicional de diálogo en los espacios públicos, ellos se caracterizarían por una ausencia total de disposición receptiva frente a los otros. La agresión contra los predicadores esta destinada a defender la vigencia del espacio público como lugar del aprendizaje social, del aprendizaje en los otros.

“En la noche, se llena de gallos ordinarios que el libreto artístico son ordinarièces, al otro lado músicos y predicadores que son ¡bandadas! Y por supuesto la delincuencia, ahora tres, cuatro de la mañana no puedes andar por Ahumada, ¡se apropiaron de Santiago!”

(Manuel)

En este esfuerzo por mantener la “cordialidad” en el Paseo Ahumada, los clientes del café asumen una posición crítica con el estado, en orden a demandar de él un control más activo sobre las otras formas de ocupación....

“Desde el 73 en adelante, se produjo un problema grave, que fue el comercio clandestino (ambulante) que se puso en la noche acá, acá trabajan muchos huevones con los bandidos, uno nunca debe comprar aquí en la calle y si vas a comprar en la calle tienes que entrar al café, sacar la plata para comprar lo que quieres, porque si no, no falta quien te vea la plata” (Hugo)

Los clientes se posicionan en una distancia crítica con respecto a las transformaciones que ha impuesto la modernidad a las relaciones en los espacios públicos. La sociedad contemporánea es vista, como el reflejo de un sistema que degrada las relaciones humanas, no respeta el pasado y restringe el desarrollo personal al dominio del lucro y la tecnología.

Estos elementos negativos que atentan contra la conservación de su espacio de sociabilidad, se hacen visibles en las remodelaciones urbanas, las cuales son criticadas pues robaron al paseo y al centro un espacio de sociabilidad que pudiera mantener la vitalidad y exclusividad que ellos vivieron cuando eran jóvenes...

“Se hecha de menos el romanticismo, las confiterías, ahora ya no hay bailables, antes se bailaba a la hora de once ¡todos los días!, aquí se formaron los mejores cantantes,

ahora en el barrio alto prefieren el Bulitzer, la gente de la cultura no tiene cobijarse, se fueron los periodistas” (Manuel)

El café se constituye en un refugio de una historia y una sociabilidad perdida. Ese espacio, marcado por una forma de convivencia regulada por reglas claras y relativamente cerrada al exterior, se defiende contra la irrupción de otros grupos. La demanda al estado de un mayor control sobre otros grupos, más allá de la frontera de su círculo de sociabilidad, demuestra el dominio que la clientela del café ejerce sobre el Paseo Ahumada.

El uso de sociabilidad en este sentido y particularmente en este grupo, por su carácter expuesto, de ocupación recurrente y asentada, es quizás el que devela más claramente los conflictos existentes al interior de lo que Manuel Delgado define como “sociedad urbana”(1999).

La sociabilidad en los cafés se define por una tendencia a la disolución de diferencias sociales y la reafirmación de los derechos de ciudadanía,. Sin embargo, los mecanismos de exclusión para con otros grupos, lo constituyen en un espacio en gran medida, opuesto al fortalecimiento de la sociedad dispersa, móvil y siempre cambiante que imponen las relaciones de tránsito.

Estas últimas, según el mismo Delgado, se realizan entre individuos anónimos y siempre móviles, por lo cual, allí es posible evadir cualquier tipo de control social o estatal. Para Delgado, estos constituye una posibilidad de emancipar al individuo del control estatal y fortalecer la conciencia democrática y ciudadana. Sin embargo, los clientes de los cafés, observan como la falta de control estatal permite la llegada de agentes o grupos sociales que atentan contra su tranquilidad y seguridad física o dañan la imagen pública del Paseo Ahumada, en tanto este se asocia a la criminalidad y la delincuencia.

Distinguir la existencia de grupos de carácter más bien cerrado y de ocupación asentada por lo tanto, permite identificar los conflictos que se producen entre individuos que realizan distintos usos del espacio. Estos conflictos pueden generar alianzas de algunos grupos con el estado o los privados para imponerse sobre los otros y proteger su espacio exclusivos de relación.

Diferenciar los usos de participación, sociabilidad y tránsito, ayuda a comprender a su vez, como al interior de los propios grupos de ocupación, es decir, de la apropiación social espontánea, se reconstruyen mecanismos de exclusión de clase y género de raíz cultural, que generan conflictos constantes y contienen las “potencialidades liberadoras” que Delgado atribuye a la “sociedad urbana”.

VII.4) El uso laboral:

Entre el “mundo de la calle” y la identidad del tránsito.



En el uso laboral se incluye el conjunto de oficios realizados en la acera. Trabajos que ocupan un lugar reglamentariamente asignado al tránsito y que buscan sobrevivir gracias a la densidad de este. Se cuentan todos los oficios callejeros tradicionales y regulados legalmente (lustrabotas, confiteros, suplementeros, quiosqueros, etc.), además de los oficios fuera de regulación legal, como los mendigos.

Otros grupos pertenecientes al ámbito laboral, se caracterizarían por ejercer labores encubiertas y son todos aquellos que pertenecen a grupos de acción clandestina ;“lanzas” (cartereros), “balurdos”(engañadores, estafadores) y “mecheras”(robos de tiendas y cartereo), que no interesan a esta investigación, en tanto no son presencias expuestas a la mirada pública.

Los trabajadores callejeros tienden a constituir sujetos urbanos diferentes de los transeúntes, por diversos motivos, entre los que se cuentan, su función más delimitada y clara, su asentamiento regular en el espacio, la imposición por parte de la municipalidad de formas de presentación (uniforme), así como por un grado de “conciencia gremial”.

Se diferencian del tránsito por una posición jerárquica distinta, que se crea entre quien ofrece un servicio y quien se sirve de él. Mientras el mundo del tránsito se conforma por participaciones individuales entre desconocidos, el mundo del trabajo callejero, se caracteriza por vínculos más claros y evidentes entre sus miembros, relaciones constantes, expresadas públicamente, pertenencias comunes y organizaciones colectivas o solidarias entre sus miembros.

Otro tipo de distancia entre trabajador y transeúnte, se define por una búsqueda de seguridad y protección. El trabajador callejero, esta ubicado frontalmente a un transeúnte anónimo y su capacidad de movilidad es coartada, por lo que la exposición al peligro se acentúa. Se requiere una constante atención a la posibilidad del peligro. Entre los transeúntes está siempre la posibilidad de intromisión de un policía civil, delincuente, o asaltante.

Esto es especialmente claro en el caso de los trabajadores ciegos, quienes optan por conservar una distancia mayor, evitando incluso la conversa y el contacto. Los ambulantes ciegos, únicos vendedores callejeros diurnos en la calle, ubicados con sus canastos de collares, pinches y otros adornos a la salida de las galerías comerciales, tienen siempre a un grupo de protección a su lado. Cuando un desconocido se acerca a

alguno de ellos, del grupo se desprende alguien más joven y vidente a rondar con preguntas incisivas.

La ubicación de los trabajadores con respecto al tránsito, no es la del individuo despreocupado de sus pares, sino la de alguien constantemente atento y alerta al comportamiento de los otros, intentando clasificar el comportamiento ajeno.

Las mujeres, especialmente aquellas expuestas a oficios sin protección como lustrabotas, suplementeras o repartidoras de Quino, se cuidan de manera especial del contacto con el extraño, evitando la conversación, acompañadas en su mayoría por hombres que de tanto en tanto, las rondan o visitan.

Los trabajadores manejan una sociabilidad particular. Lustrabotas, suplementeros y vendedores ambulantes suelen dialogar a los gritos entre sí, hablándose a distancias de diez o quince metros. Cuando una dama atractiva pasa a su lado, se acercan para piroppearla en grupo, de vez en cuando juegan persiguiéndose unos a los otros. Sus modos de pararse y mirar son más desenfadados que el del común de los transeúntes. Todos elementos que parecen construir un espacio de acción, manejado por reglas de relación diferentes a la multitud que los rodea.

Los trabajadores además realizan algunas actividades como colectivo, entre las que destaca la “Teletón” realizada por los lustrabotas, que consiste en donar la ganancia de un día de trabajo a la colecta nacional por los discapacitados.

Los transeúntes, por su parte, a través de pequeños gestos cotidianos reconstruyen una jerarquía de clase. A parte de los clientes ocasionales o estables que forman un lazo de limitada confianza con los trabajadores, no se observan otro tipo de acercamiento de los peatones, limitándose estos a la consulta por alguna dirección, pregunta hecha, la mayor parte de las veces, con clara falta de cortesía y atención a los ojos o la mirada de quien responde.

Las distancias con respecto al tránsito varían con relación al tipo de trabajo que se ejecuta. Los trabajadores asentados en el espacio, con un puesto fijo de ocupación; Quiosqueros, confiteros, lustrabotas, y suplementeros, constituirían un grupo que establece una relación con el tránsito en base a la clientela, relación que se opone, como ya se mencionó, a la del general de los transeúntes como más amistosa y cordial.

Los trabajadores del Paseo Ahumada, tienen además, **claras diferenciaciones internas**, que marcan proveniencias sociales o grados de prestigio desiguales. Quienes atienden quioscos de diarios, confiteros o de bebidas, cuentan con instalaciones de trabajo más cómodas y se encuentran menos expuestos que los que cuentan solo con su cuerpo o instalaciones más precarias (lustrabotas) para ejercer la labor. Además, los dependientes de quioscos suplementeros se distinguirían de los otros oficios, por el hecho de no pesar sobre ellos la obligación de usar uniforme, regla que todos los demás trabajadores deben cumplir. Estos elementos sin duda, influyen en el manejo de las distancias y las confianzas que se establecen entre trabajadores y transeúntes.

Un segundo tipo de trabajadores de la calle por su parte, se confunde algo más con los transeúntes, en virtud de no contar con formas de agrupamiento sólido, solidario y asentado. Se trata de los numerosos promotores de tarjetas de crédito, ventas de celulares o repartidores de volantes, propaganda para clubes nocturnos y otros, que se distinguen de los otros trabajadores por realizar una ocupación ocasional, móvil, restringida a unas dos o tres horas y caracterizadas por la falta de traspaso de dinero.

Este grupo de trabajadores, aparece entonces como menos dependiente y solicitante del tránsito, lo que ofrece tiene por lo general, el carácter de una “oferta”. Queda clara además, su dependencia de una institución mayor, lo que los define como empleados y no como trabajadores independientes. Todos elementos que son remarcados públicamente, a través un uso de vestuario más elegante, en el caso de los uniformes, común o vistoso en el caso de los que los que visten informal. Se trata de trabajadores que a pesar de ejercer en la calle, se sitúan en una relación más cercana al tránsito, se encuentran de paso allí, por unas horas, por algunos días, mandados por otros, es decir,

más validados en tanto, no se arraigan a la calle y evocan una pertenencia institucional más prestigiada.

a) A orillas del paseo:

Se ha observado aquí como cada forma de uso, se apropia espontáneamente de algún espacio específico del paseo. En ese sentido, los trabajadores del Paseo Ahumada son quienes poseen mayores dificultades para ocupar espontáneamente el espacio, pues, o están bajo regulación municipal, con un espacio individual asignado por obligación o son perseguidos en sus incursiones al paseo (ambulantes), gozando de permiso solo a ciertas horas del día.

En este sentido, el uso laboral, no cuenta con lugar propio. **La apropiación realizada por los ambulantes es precaria.** Lo demuestran diariamente las huidas paquete en mano, desesperadas, apenas se acerca algún carabinero o inspector. Otra expresión de esta falta de movilidad que define a los trabajadores, son las presiones de parte de los inspectores, que sufren los lustrabotas cuando tratan de moverse de puesto, para esquivar el sol o la incursión de algún evangélico.

Incluso los trabajadores que cuentan con infraestructura propia, como los suplementeros, se quejan de lo reducido de la instalación y de la incomodidad de obligarse a instalar diariamente cada una de las revistas y diarios en el mostrador. El lugar del uso laboral no es apropiado sino reglamentado y en los últimos años, se encuentra en clara reducción, cada vez son menos los que lo pueden usar. Lo podemos identificar en una línea continua y angosta, a todo lo largo del paseo, adyacente a la pista principal, paralela a los árboles y bancos.

b) Lo asentado y lo móvil.

Los oficios que ofrecen un compromiso de tiempo y exposición corporal mayor y que de algún modo, resultan oficios característicos de la zona centro de Santiago, lustrabotas y suplementeros, están dominados casi en un 100% por hombres, existiendo una sola mujer en cada rubro.

Destaca el caso de la única suplementera, quien se diferencia de sus pares hombres, tanto en la posición que ocupa (hacia el centro de la acera, y no a las orillas como los varones) y en el hecho que no grita ofreciendo su producto. Estos grupos establecen relaciones diversificadas con otros ámbitos del paseo, también masculinos, como son los clientes del café Haiti.

En el caso de los quioscos confiteros, abiertos a la vía pública, la presencia femenina se equipara aproximadamente a la masculina, aunque las mujeres están de preferencia, acompañadas por su pareja o grupos mixtos. Los quioscos suplementeros, cerrados al exterior, son atendidos en algunos casos por mujeres solas.

La participación más visible y numerosa de mujeres en las labores callejeras, se da entre las floristas y comerciantes ambulantes, que se caracterizan por ser actividades que gozan de libertad de desplazamiento y una relación desregulada con su lugar de trabajo. Otra instancia de presencia femenina en la calle, se da en días de lluvia, cuando muchas de ellas aparecen al centro de la acera, gritando “paraguia a mí!”, junto a algunos hombres.

Otro contexto laboral en el que las mujeres comparten participación con los hombres, es en el rubro de los promotores. En el caso de la promoción de eventos, algunas adolescentes observadas, se paraban en el paseo con tenidas informales, jeans, faldas o suecos, construyendo una apariencia marcadamente personal, a diferencia de las

sobrias tenidas de las vendedoras ambulantes y de las formales y estandarizadas vestimentas de las promotoras de celulares.

En el caso del comercio sexual, la relación tiende a reproducirse; los trabajadores sexuales homosexuales hombres, forman grupos en torno a la estación del metro cuando atardecer y se expresan allí con propiedad y soltura. En oposición, las trabajadoras sexuales mujeres son silenciosas y pasan desapercibidas para el general de los transeúntes. Solo podemos saber de ellas a partir de los que ya las conocen, su sociabilidad se da, de preferencia en los bancos, donde conversan a solas con sus potenciales clientes.

Por último, es importante observar el ámbito de los mendigos, como uno de las pocas actividades en que se equipara el número de hombres y el de mujeres. Destacan dos de ellos, en cuanto a su uso diario del espacio: Un hombre, que por sus dificultades para caminar, se sienta en la acera de la primera cuadra, a la altura de los quioscos, solicitando en voz alta una ayuda. Una señora, sentada en una silla de ruedas pegada a la pared, que silenciosamente pide una colaboración. Esta es sin duda la actividad donde las mujeres permanecen más expuestas, sin uniforme, en el mismo lugar todos los días y por un tiempo más prolongado.

Por último, una presencia recalca el dominio de los varones en el uso laboral; los carabineros y funcionarios municipales, garantes del control y el orden general del espacio depositado solo en funcionarios masculinos.

c) Los Lustrabotas:



En el Paseo Ahumada trabajan alrededor de veinte lustrabotas distribuidos en forma equitativa en las cuatro cuerdas del Paseo Ahumada. La mayor parte son hombres de treinta años o más, algunos con décadas en el oficio, existiendo solo un joven menor de treinta y una mujer, apostada cerca de la plaza de armas.

Hasta el año noventa los lustrabotas se encontraban en el mismo rango legal del comercio ambulante, era un oficio de carácter ilegal. Durante años sufrieron junto a estos, la represión de los órganos de vigilancia en su esfuerzo por erradicar definitivamente estas labores del espacio público.

A principios de la década, lograron organizarse y constituir un sindicato, hoy en día dividido en tres. A partir de él consiguieron que cada miembro del rubro obtuviera una patente personal intransferible y un espacio asignado legalmente. Simultáneamente acordaron con la empresa Nugget, la donación de material de trabajo a cambio del uso exclusivo del logo de la empresa en los lustrines.

La dirigencia sindical es desde ese entonces, la encargada de llevar adelante los contactos para resguardar los intereses generales del gremio y para regular las competencias internas, comportamiento y la obediencia a los reglamentos por parte de cada trabajador.

Este proceso, sin duda beneficioso en términos del goce de la posibilidad de ejercer la labor libremente, debió ser transado por una sujeción directa de su ocupación a los criterios de la autoridad. Esta tiene a cada lustrabota empadronado, los funcionarios

municipales son los encargados de vigilar posibles actos delictivos y otros aspectos como el respeto a la ubicación asignada, uso del uniforme, buen comportamiento público, etc.

Esta identificación de los lustrabotas, ha permitido a la autoridad reducir drásticamente el número de trabajadores, desde unos sesenta, a alrededor de veinte que trabajan hoy en día. Muchos fueron expulsados por cometer faltas reiteradas o delitos y otros fueron reasignados a otros sectores del centro.

De entre el grupo que actualmente trabaja, la gran mayoría son hombres adultos, solo en la noche es posible ver a algunos jóvenes remplazando a los primeros, cobrando por la lustrada a mitad de costo, en tanto un solo miembro es mujer, apostada durante en la cuarta cuadra.

La familia de la calle:

El oficio de lustrabotas pertenece históricamente al “mundo” del trabajo callejero. Los trabajos callejeros cuentan con límites internos móviles, los trabajadores cambian de un rubro a otro, con relativa frecuencia.

Este mundo, caracterizado por un sentimiento identitario que lo distingue del resto de los ocupantes del paseo, adquiere, en el caso de los lustrabotas, la forma de una coordinación y protección colectiva para la realización libre de un trabajo individual.

“De repente hay una amistad, porque somos conocidos, se conversan sus vivencias, porque al comerciante ambulante tampoco lo dejan trabajar, es perseguido, es humillado el comerciante ambulante, tal como éramos nosotros antes, perseguidos y humillados” (Carlos).

El grupo cohesiona a los miembros del rubro, en función de proteger un espacio adquirido en forma precaria, a merced de los vaivenes de la clientela y de la acción represiva del estado. Los lustrabotas describen estas relaciones como las de una

familia, que funciona sobre la base de la ayuda mutua y un sentimiento de pertenencia al colectivo...

"En la parte trabajo, o en caso de algún fallecimiento, algún familiar, cualquier cosa, se le hace una colecta, un apoyo, se le ayuda lo más posible, ahí se distingue una familia"

(Carlos)

Este espacio de reconocimiento, que se genera en el ámbito laboral, sin duda se sitúa en oposición clara a la sociedad urbana del tránsito, en el tipo de relación y los valores que la definen, en tanto el mundo del tránsito es caracterizado por relaciones marcadas por la indiferencia y la falta de solidaridad.

El hecho de pertenecer a un grupo social definido, de extracción marcadamente popular, con códigos de comportamiento y formas de ocupación distintivos, permite a su vez, reconocerse en una historia de ocupación, mediante la cual, se demandan derechos sobre este, permanentemente negados....

" El inspector me amenazó- No tengas ninguna caída porque te voy a tenerte aquí- o sea uno tiene que andar a la pinta de ellos. Nosotros llevamos como cualquier año aquí y ellos llevan menos de un año, ¡que nos van a mandar a nosotros! , ¡si nosotros conocemos al revés y al derecho el centro!" (Carlos).

La búsqueda de autonomía:

A pesar de la pertenencia al mundo del trabajo callejero, el lustrabotas es, a diferencia del trabajador ambulante, alguien que realiza su trabajo de forma absolutamente individual. Trabajar de lustrabotas es optar por una labor independiente e informal, que los libere de compromisos y sujeción a otros.

El trabajo “apatronado” se asocia a la pérdida de dignidad personal, a la explotación y el servilismo. Los que han tenido experiencias con patrones, por lo general, las recuerdan como experiencias humillantes, de corta duración...

“Después estuve trabajando como ayudante de mecánico, en un taller de desabolladura y pintura. También me ganaba mi plata, pero el huevón me explotaba mucho, me hacía trabajar mucho. Aprendí a no darle los pulmones a los burócratas. Cuando el huevón es mandón y explotador, es un burócrata. De ahí ya no he trabajado más” (Juan)

El trabajo independiente es garantía de autogestión, decisión sobre horarios y tiempos manejados en forma autónoma, el lustrabota elige sus horas de entrada y salida, que días trabajará, cuanto cobra. En los días de lluvia, descansa en su casa o vende paraguas, mutando otra vez al comercio ambulante. El trabajo independiente le da posibilidades de ganarse otros pesos vendiendo revistas, manuales legales a los quioscos, hacer algún tipo de artesanía paralelamente, etc. El trabajo se dirige a la búsqueda de una movilidad y autonomía individual, orientada a la sobrevivencia.

La necesidad de autonomía y de movilidad se sostienen un a la otra en trayectorias de vida que destacan la obtención temprana de la primera en la mayor parte de los casos; huidas del hogar materno, crianza en orfanatos, abandono de la educación formal e incluso, pertenencia a familia gitana. Hitos que derivan en la necesaria búsqueda de un sustento autónomo, alternativas laborales por lo general ilegales. De ahí que, como motivo secundarios para elegir la labor, se encuentre el hecho de no contar con papeles sanos, lo que los margina de una gran gama de opciones laborales más estables e institucionales. Los lustrabotas son marginados y se automarginan por opción.

Se confirma aquí lo planteado por Delgado en términos de que el espacio público constituiría un lugar de ocupación preferente para existencias marginadas o en situación de “trance social”, que encontrarían en este espacio liminal por excelencia,

un lugar donde ignorar los límites que imponen las relaciones estructuradas y jerárquicas de los espacios privados e institucionales.

Los lustrabotas del Paseo Ahumada, encuentran allí un espacio concordante con sus propias trayectorias de vida, caracterizadas por un tránsito constante entre diversas ocupaciones y lugares de residencia, siempre distantes de las estructuras institucionales y al límite de la ruptura con el sistema.

El espacio público urbano es así, una estación dentro de un recorrido por múltiples ocupaciones, estación que por su centralidad, garantiza una ganancia constante e invariable y la incorporación a relaciones dominadas por lo transitivo, de ahí que muchos lo eligen finalmente como un lugar donde asentarse.

“Aquí nunca hay tiempos malos, cuando me aburro aquí, me meto a trabajar uno, tres, cuatro meses, lo que me gusta, choferear, salir fuera de Santiago, las empresas funerarias se prestan para eso, yendo a pagar mi patente no tengo ningún problema, vuelvo a trabajar en mi puesto” (Juan)

La opción de los trabajadores de la calle y en especial de los lustrabotas (por la gestión individual que requiere este oficio) es la construcción de un proyecto identitario en lo que Delgado define como “sociedad urbana”, la definición de un sí mismo en el tránsito, el deshacerse constante de lazos estructurados institucionalmente, mantener siempre la autonomía individual y conformar, en ese sentido, una definición de sí mismo de la subjetividad.....

“No podría trabajar en otro lado, porque, una que tengo los antecedentes malos y otra que las pegas están difíciles y otra, que no trabajaría por 2500 pesos diarios. Aquí yo me gano 10000 pesos diarios, no le trabajaría a nadie, compraría mercadería y saldría a vender a la calle”.

“Cuando me empezaron a ver que yo trabajaba aquí, ya nadie me saluda, soy un bicho raro en el lugar donde ellos viven. ¿De donde salió este? , ¿con que paga? Y toda la huevía, lo que pasa es que ellos no comprenden que yo me mando solo, tengo una microempresa se puede decir” (*Zarko*)

Integración y estado:

El valor otorgado al trabajo de lustrabotas, en términos del logro de una autonomía laboral, debe ser transado por una sujeción directa a los reglamentos de la municipalidad. La necesidad de mantenerse en una posición fija y expuesta durante todo el día, permite un control fácil de sus movimientos por parte de los funcionarios municipales y policiales.

Al someterse a los reglamentos municipales, los lustrabotas marcan una distancia con otros trabajadores callejeros. El trabajo deja de ejercerse en forma anónima y desregulada, el grupo ya no controla la distribución de espacios e incorporación de nuevos miembros, en cambio, se adquiere un reconocimiento de las autoridades para ejercer el oficio y un derecho exclusivo sobre el espacio. El uso de la patente personal, con foto y timbre municipal, otorga un respaldo simbólico al nuevo trato con el estado, sobre otros trabajadores que no pueden demostrar sus derechos sobre el espacio.

La transformación de sus relaciones con el estado a su vez, se encuadran dentro de un cambio integral de la ocupación y la estructura urbana del paseo, por lo que el estado los hace parte de las remodelaciones encaminadas a dar un rostro moderno y pulcro a la vía peatonal; En ese contexto están las reglas que definen la forma de presentación de los lustrines, el uso de uniforme y la regulación por parte de los funcionarios municipales de las formas de comportamiento y presentación de los trabajadores.

Los tres elementos mencionados; la pertenencia histórica al mundo del trabajo callejero en general y al grupo de los lustrabotas en particular, la búsqueda de

autonomía individual como definición personal y proyecto de vida y la alianza con el estado como gremio, serán los elementos que cada lustrabotas deberá equilibrar como parte de la construcción de una identidad pública y a su vez, los elementos que determinarán la forma en que percibe a otros actores del espacio y conduce su relación con estos.

La mala apariencia:

Los lustrabotas, son quizás el ejemplo más crudo del modo en que “la mirada pública” ejerce su peso los trabajadores callejeros y del modo en que este juicio público se internaliza como parte de la definición personal. Las tensiones que crea el juicio público sobre los lustrabotas, crea en estos la necesidad de conflictos de distinguirse de los miembros de su rubro para luchar por la aceptación social.

La “mala imagen” de los lustrabotas es vivida en forma cotidiana en los distintos encuentros con los transeúntes y algunos clientes, en los que en los modos de preguntar, mirar o conversar develan profundos prejuicios sociales que generan en los lustrabotas una sensación de marginalidad. En este caso, se suma con especial fuerza, los juicios negativos emitido por los medios de prensa y las constantes amenazas y abusos de poder que sufren de parte de los funcionarios municipales.

Pueden identificarse tres “estigmas” que el lustrabotas percibe como deshonra a su imagen pública. El primero se relaciona con la excesiva exposición a la que están sometidos los trabajadores, su particular posición corporal, la apariencia de su uniforme y el tipo de servicio que ofrece...

“De repente hay compadres que pasan por aquí y te apuntan con el dedo, te apuntan con el dedo y te dicen ¡chucha!, ¡en lo que estay trabajando! , después que sacaste tu cuarto medio, ¡estay trabajando en esto! , ¡lustrabotas! Y resulta que uno puede ganar más que ellos, pero es en lo que trabaja uno, la apariencia en la calle, esta cuestión da

mal aspecto en la calle. Para la persona que se ha criado en un buen hogar, da mal aspecto” (Juan)

En segundo lugar y con más intensidad, está el problema del comportamiento en el espacio público. En este punto se nota con especial dramatismo, los esfuerzos del lustrabotas por seguir una clase de “código de comportamiento público” para acceder a la integración. Se busca adaptar los comportamientos propios del mundo privado, desde un entorno social situado en los sectores populares a la dominante reserva y contención, propios de la formalidad de la clase media...

“No falta el huevón que para hacerse el bonito, que pasa una moneda, que pasa quinientos y habla a todo chanco y andan de allá para acá, los periodistas se dan cuenta, andan hablando a garabatos, a todo chanco, te dan ganas de mear y meas donde sea, no estas ni ahí porque andas curao`, tomas con el uniforme o te pegan un tope y ¡uaaaa! ¡que huea`! hechai la chorea`... ¡nada que ver!” (Carlos).

Reglas del decir, del moverse, del actuar, un volumen de voz determinado, uso prohibitivo del garabato, respeto a las mujeres, lugares y modos asignados para beber, constituyen los requisitos de una incorporación simbólica al mundo público. Al interior del grupo, cada lustrabotas busca posicionarse detrás de este límite, definido más bien por aquello que no hay que hacer, que por un tipo elaborado de deber ser...

“diez años atrás hubiera cagado pistola () ahora no tomo, no ando mal oliente, no ando cochino, no le hecho garabato a la gente, trato al cliente como corresponde” (Carlos)

La necesidad de sentirse parte de la "sociedad urbana", obliga a permanentes reacomodos internos, de manera que cada lustrabotas, intenta diferenciarse de aquellos miembros del rubro que expresan públicamente modos de actuar, confrontados a los que impone el tránsito.

El tercer estigma tiene relación con la carga de una historia, en que se han descubierto actos delictivos por parte de algunos miembros, los que fueron altamente publicitados. El agente público al que se le atribuye la mayor responsabilidad por esta mala imagen es a los medios de comunicación, quienes actuarían de forma malintencionada al destacar con exageración estos casos, abriendo el camino a la generalización de una mala imagen por parte de toda “la gente” hacia el gremio.

“Yo no voy a decir que somos todos iguales, alguno que otro también tiene movidas, como en todo trabajo, pero siempre cargan a todos los lustrabotas. Que vendemos hojas de cheque, ¡todo! Nosotros somos traficantes de todo, eso es lo que dicen, eso dice la prensa, la prensa cuando quiere botar a una persona a la basura lo carga, lo carga, lo sigue, hasta que lo borran del mapa” (Carlos).

Otras estrategias de defensa contra la mala imagen, están destinadas a reforzar su distancia con lo social. La pertenencia a la “familia” de la calle remarcado como un espacio social de valores superiores a los de los transeúntes, marca en ese sentido una defensa contra la tendencia de los transeúntes a rechazar sus formas de expresión más abiertas (piropos, gritos, etc.) así como el uso de un lenguaje desinhibido.

La mala apariencia según los lustrabotas se construye en ese sentido, respecto solo de lo que los transeúntes ven de la apariencia exterior de los trabajadores, sin que se develen en ese sentido, las historias personales y valores positivos que los caracterizan como grupo o como persona.

“Aquí la gente se sienta a conversar conmigo, después de que se sienta contigo se da cuenta de quien es uno, pero el que pasa; ¡Ah! ¡este huevón es lustrabotas!, quizás tu mismo, quizás tu venías con otra imagen, o con otra perspectiva, pensaste que te ibas a encontrar con una persona inculta” (Zarko)

La segunda defensa contra la “mala imagen”, aspira a reforzar una definición personal construida desde la subjetividad, en el que se destacan los méritos de optar por un

trabajo independiente y autónomo. El trabajo independiente implica entre otras cosas, el haber sido capaces de construir un proyecto de vida, en el que la integración social depende más del logro de un buen nivel de vida, que de la internalización de los códigos de presentación pública impuestos socialmente. En ese sentido, la autonomía no se transa como un medio de adquirir mayor prestigio social.

“Solo en este país están quedando las Isapres, yo no cotizo, pero tengo una cuenta corriente. El mínimo que te descuenta la Isapre son como catorce mil pesos, yo deposito mensualmente trecemil pesos, ¡lo mismo que me descontaría una Isapre! , pero me da intereses. Sin embargo, si yo jubilo en una Isapre, me van a pagar un moco, cuarenta mil pesos mensuales” (Zarko)

Una manera de demostrar el orgullo de haber optado consecuentemente por la búsqueda de autonomía, es mediante una oposición con algunos transeúntes incorporados al sistema, de baja jerarquía. Se entabla con estos una lucha simbólica entre transeúntes, que imponen poder mediante signos de status y lustrabotas que sin dicho signos, que luchan por destacar su capacidad de autogestión y “poder económico”

“Yo gano mucho más que un junior, un “mapahue” (material pa’l hueveo) que le llaman. El huevón tiene que sacarse la mugre todo el mes para ganar ciento veinte lucas. Le hacen un descuento de AFP y el compadre queda con ochenta lucas, entonces lo llenan de tarjetas” (Juan).

“Ahora hasta para ser junior tienes que tener cuarto medio, ¿para qué?, ¿para ir a entregar unos papeles?, para acarrear papeles y andar de corbata igual que los giles” (Zarko)

El trabajo en la calle se vive desde esa perspectiva, como un proyecto destinado a marcar una distancia con el sistema, realizar un proyecto laboral y de “estilo” de vida

autónomo, pero que a la vez no significa renunciar a lograr niveles de vida similares o superiores a otros empleados del sistema.

En tanto logro de autonomía en el mundo público, la opción por el trabajo callejero implica también el fortalecimiento de la “hombría”, de allí que la comparación se efectúe siempre entre trabajadores hombres. Los lustrabotas en ese sentido, logran ocupar un lugar propio y personal en el mundo público, aunque los sitúe en un espacio marginal, los empleados en tanto, exhiben vacíos signos de poder y luchan ineficazmente por subir en la escala social.

Por último, la conformación de una clientela estable, con la que se ve y conversa diariamente, lo ayudará no solo a asegurarse el sustento diario, sino a tender un puente de mínima integración con el mundo del tránsito para superar los estigmas, en el contacto persona a persona.

La clientela se constituye sobre la base de la empatía entre el trabajador y quien recibe el servicio, sumada a otros aspectos como la ubicación del puesto y su cercanía con los lugares de demanda o con el flujo de los demandantes.

En la conversación, en el estilo del trato, en el tipo de comentarios, en la adscripción a uno u otro equipo de fútbol, se forma el vínculo que garantiza la ganancia diaria. El cliente integra así al lustrabotas a su cotidianeidad, forzándose en algunos casos a caminar más cuadras tras su antiguo lustrín, si es que este ha sido trasladado de puesto.

El momento de la lustrada, es un ritual cotidiano, en el que se concreta uno de los principios fundamentales del espacio público, la suspensión transitoria de las diferencias sociales (Fraser 1991). Por un instante, a pesar de la posición subordinada en la que se sitúa el lustrabotas, los dos, por lo general hombres, conversan de igual a igual, como conocidos, en un diálogo breve y restringido a ciertos temas.

Sería difícil imaginar el mismo diálogo en otro espacio que no fuera el Paseo Ahumada, solo allí cobra sentido pues se está en el mundo público, en el mundo del trabajo, del ser público como masculino (Amorós,1990), ese diálogo es a la vez el reconocimiento de una jerarquía social y una superación de esta en reglas exclusivas de género.

Por lo mismo, el cliente, aparece como el encargado de dar al lustrabotas, una sensación de pertenencia con relaciones sociales más allá de su espacio segregado, permitiéndole un acceso transitorio a otras órbitas públicas de mayor poder y legitimidad social. A través de ese vínculo que suspende diferencias, el lustrabotas confirma la dignidad de su trabajo...

“El cliente, ¿que es cliente! , nunca te va a decir- oye, si vos soy lustrabotas- nunca te va a decir esa hueva`, siempre el compadre te va a tratar como tu vales como persona. Porque aquí el cliente tuvo problemas en la casa, con su mujer, sus hijos y el hombre no encuentra con quien mierda desquitarse. No sé puede desquitar con el micrero, no se puede desquitar en el auto, con los que van en el metro, entonces llega a conversar con el lustrabotas, le confía las cosas más íntimas de él al lustrabotas ” (Juan)

La relación, desde la óptica de los lustrabotas, encierra en valor compartido y una reciprocidad. El primero dona reconocimiento social, un espacio de respeto del cual los otros se sienten carentes, los segundos, reciben un espacio de liberación de las ataduras cotidianas, una salida afuera en el que los temas que se tratan se sostienen en una masculinidad común.

El espacio público, combina en su interior relaciones de exclusión e integración contradictorias. Al mismo tiempo que en él se experimenta cotidianamente la exclusión social, solo en allí es posible construir puentes de unión entre mundos desconectados y lugares de socialización exclusivos. También para los lustrabotas, acceder al Paseo Ahumada, permite sortear de vez en cuando la exclusión y aprovechar

la dinámica de alteración de las jerarquías sociales que Delgado descubre en las relaciones urbanas.

Los lustrabotas con experiencias anteriores de mayor marginalidad, tienen la percepción de que el espacio público los saca de su mundo de origen y los legitima como integrantes de un mundo más amplio y diverso. La diversidad social les aporta prestigio; el mundo cosmopolita del Paseo Ahumada, frente a la segregación de sus antiguos medios sociales...

“Uno esta acostumbrado al hoyo donde vive, no sale de donde vive, porque es nacido y criado, sobre todo uno que ha sido malo, entonces es dificil salir entre los malos, por que los malos te llevan al vicio, el copete, las mujeres, pero si tienes fuerza de voluntad, no pasa nada ¡y menos en el centro!” (Carlos).

Además de la relación de servicio y “camadarería” entablada, se generan momentos de colaboración entre cliente y lustrabotas. En el que el primero ofrece oportunidades de acceso a la salud, al dinero o al trabajo, a las cuales el segundo no puede acceder.

La diversidad del espacio público, el acceso a personas con “posición social”, recursos y poder, es vista como alternativa de seguridad, que sustituye las falencias del trabajo independiente...

“¡esta pega es mi pasión! , yo voy a morir en esta hueva’ , aquí conozco todos los días gente, conozco cada día a un amigo, un amigo con quien conversar. Yo tengo amigos abogados, amigos médicos, compadres que te sacan de apuro, ¡tengo de todo aquí! , de repente me preguntan a mí...ustedes no tienen previsión, ¡correcto! , no tenemos previsión, pero tenemos amigos, amigos que te dicen, te voy a operar y no te va a salir niuno” (Juan).

Esta relación, aparentemente instrumental del lustrín con su cliente, permite también generar en el primero, una sensación de mayor integración social, aunque en este caso

se sustente en el reconocimiento de una asimetría de clases, que da paso a una ayuda “paternalista”.

Las competencias internas:

Aunque existen estrategias de diferenciación u oposición con el mundo de los transeúntes, la mayor parte de los lustrabotas opta, en mayor medida por una conducta coherente los códigos de comportamiento impuesto, como único medio para expresar públicamente, sus intenciones de ser aceptado socialmente y romper con los estigmas que los excluyen del común de las relaciones urbanas.

En ese esfuerzo por hacer concordar su definición personal y proyecto de vida, con las conductas que se imponen socialmente, buscan marcar una distancia con los miembros del propio grupo, intentando depositar sobre estos los “estigmas” públicos e internalizar el prejuicio derivándolo hacia los pares.

El lustrabotas describe a sus compañeros de trabajo en términos muy negativos. La solidaridad gremial se combina con profundas rivalidades y desconfianzas entre los miembros, causadas por la competencia por el espacio y los clientes y por el acceso a la aceptación social de su presencia...

*“Aquí todos los huevones son envidiosos, ¡enfermos de envidiosos! , ¡mezquinos! , te huevean, te huevean, por delante una sonrisa y por detrás te están clavando el puñal”
(Miguel)*

En este intento por “limpiar” la propia imagen de los atributos asociados a los grupos marginales, el lustrabotas en general, apoya a la autoridad en la decisión de expulsar a otros miembros del grupo...

“Lo que sí se ha sacado un mal elemento, porque aquí hay compadres que te dejan de desear. Tanto en el aspecto personal del hombre o usted lo pilla en estado de ebriedad, de intemperancia, de repente es roto, roto para hablar. A veces llegan señoras a lustrarse los zapatos o llegan mujeres y al compadre se le salen los garabatos, la madre anda para arriba y para abajo” (Juan).

Las políticas de estado intentan normalizar los comportamientos en el espacio público, actuando en concordancia con las normas de reserva y formalidad impuestas desde lo social, comportamientos de ciertos sectores sociales pertenecientes al tránsito, son privilegiados por el estado sobre otros, que alteran la norma impuesta desde la multitud.

En esta búsqueda de diferenciación con el “mundo” del delito, los lustrabotas valoran ciertos aspectos de la modernización, como la introducción de cámaras o la imposición del uso del uniforme, elementos que los diferencian de otras ocupaciones aún más marginales, como los “lanzas” y delincuentes...

“Cuando yo estuve postulando para candidato a presidenta, tenía la idea que cada sindicato tuviera su color. El uno, rojo con negro, el dos, azul con negro, el tres, otro color, puede haber sido burdeo, para distinguir a que sindicato pertenece, porque el que vende hoja de cheque puede ser alguien del sindicato tres, pero como son todos iguales, paga el pato el uno y el dos” (Maria).

Los lustrabotas se hayan en permanente tensión entre la diferenciación colectiva con respecto a otros ilegales y la necesaria diferenciación individual, frente al estigma que cargan como grupo. El uniforme los distingue como sujetos incorporados al sistema, pero simultáneamente los mancha de la responsabilidad que cada uno de sus miembros tenga sobre actos fuera de la ley.

Respecto al impacto social de la modernización de la forma urbana por su parte, hay percepciones contradictorias, algunos creen que los cambios han impactado

negativamente en las relaciones establecidas en el espacio, han empobrecido la vida de centro y han endurecido los contactos entre distintos sectores sociales, aislando a los lustrabotas de la posibilidad de acceder a relaciones más diversas y amplias en el espacio público...

“En los ochenta tu venías aquí a las dos, tres de la mañana y había gente tocando, te venías a divertir, si estabas aburrido en la casa, los locales y restaurantes te tenían abierto hasta tarde, pero ahora que tu vienes a la once, doce de la noche y esto murió, ¡aquí no hay nada!” (Zarko)

En otros casos, la imagen más moderna y pulcra que ha adquirido el Paseo Ahumada, símbolo de prosperidad económica y mayor inversión, se extiende hacia ellos, integrándolos al proyecto modernizador reflejado en la forma urbana. La selectividad en la asignación de patentes, la regulación del uso del uniforme, la presentación y apariencia, se constituye así, en una nueva oportunidad de integración social.

“Aquí en Ahumada hay tiendas comerciales, bancos , lugares de comida rápida, lugares elegantes, para la gente elegante, son para los bacanes. Antiguamente ¡hasta carnicerías habían! ,¡fruterías!, ¡verdulerías!, te voy a decir que aquí en la Alameda, en Santiago centro, ahí llegaba un circo, ¡las águilas humanas! , ¡loreas lo que se ha modernizado esta ciudad!. Cuando esto se hizo paseo hubo cambios buenos, hermosteamiento de locales, se agrandó el comercio, fue más limpio esto, en el fondo fue más bonito” (Juan).

La mujer tras el lustrín:

La incorporación de María al rubro de los lustrabotas, responde al igual que en el caso de los hombres, a una necesidad de autonomía laboral. María en ese sentido ha formado parte durante toda su vida, de trabajos independientes; Feriante, ambulante, heladera y lustrabotas.

“este trabajo cualquiera dice que para una mujer no es, pero por lo menos a mí el lustrín me dio para conseguirme mi casa, arreglarla, salir adelante porque es plata que uno tiene todos los días y para trabajar a apatronada no sirvo yo”

Sin embargo, a diferencia de los hombres, para quienes el trabajar de lustrabotas satisface todas sus expectativas laborales y constituye parte integral de su definición personal, María subsume, en mayor medida que estos, la realización de su oficio a un proyecto de vida familiar, en el que el rol de madre aparece como el eje fundamental de sus acciones.

“Esto lo voy a dejar, yo creo que nunca, porque esto a mí me sirve para pagar el dividendo, aunque tenga otro negocio aparte, en esto te dedicas a trabajar y a juntar la plata, porque no vas a comprar betún todos los días, esto lo dejo para todos los gastos de la casa”

El oficio de lustrabotas se destaca como una posibilidad de lograr una ganancia segura, pero al cual se ha llegado no como producto de una prioridad personal, sino por las dificultades surgidas para ejercer otros trabajos, al interior de otros grupos con los cuales se siente más identificada.

La lustrabotas adscribe su pertenencia al rubro del comercio ambulante, con los que trabajó durante una década y a los que vuelve a recurrir en fechas especiales. El lazo con el comercio ambulante se mantiene a partir de viejas amistades y se hace más recurrente en la combinación del lustrín con ventas callejeras en tiempos de venta alta, como Navidad u otras fechas, la opción de volver al comercio ambulante sin las cosas se le dificultan en el lustrín esta siempre presente.

“Me gustaba salir a comprar, el que tu llegabas aquí, nunca te ibas a parar sola en el puesto tuyo, si te faltaba algo, no importa, te lo ofrecían, la cosa es que vendieras algo. ¡Es bonito! Juntarse los días Sábado, salir a bailar, comer parrilladas con los

comerciantes. Se veía una comunión, una alegría que se formaba ahí, son recuerdos bonitos que quedan” (Maria)

El cambio de oficio se debió fundamentalmente a la necesidad de encontrar un trabajo con protección legal, frente a la persecución de la que eran víctima los comerciantes ambulantes.

“El comercio era arriesgado, se pierde la mercadería, que te detienen, que hay que pagar multa, en cambio aquí no, aquí nadie te molesta, de repente puede pasar un inspector, te pide la patente y ¡nada más!”

La inserción en el rubro de los lustrabotas fue y sigue siendo difícil. Se trataba de ingresar a un medio compuesto solo por hombres, con un gran nivel de competitividad y lucha por el protagonismo individual. En los primeros tiempo sufrió la hostilidad constante de los pares y una exclusión de género evidente...

“Me miraban por ese lado, que era mujer, que no podía estar metida entre puros hombres, que no me iba a conseguir permiso. Así que me lo conseguí yo sola y ahí me tuvieron que aceptar en el sindicato”

La lustrabotas se diferencia del común de las mujeres, en tanto se siente capaz de enfrentar la sobrevivencia sola, sin ayuda de algún hombre, gracias a la diversificación constante de sus conocimientos y habilidades y su aplicación en formas prácticas de ganarse la vida...

“Yo soy de las que puedo parar paneles, todo lo que sea estuco en mi casa, flexit lo pego yo, no tengo que tener maestros para que me hagan las cosas, la pintura...son cosas que uno aprende y el día de mañana le sirven, soy bien “mentolaton” como me dice mi familia” (Maria)

La búsqueda de autonomía en el caso de la lustrabotas, no responde solo al hecho de evitar trabajos dependientes, sino que se expresa también en una aspiración al liderazgo y una incorporación al mundo público en distintos contextos sociales.

"A mí me gusta porque me gusta ser intrusa, conocer gente, estar allá y acá, que le reconozcan a uno lo que uno plantea, lo que quiere ser, ¡cosas que no me corresponden, yo las hago! , me gané un diploma en el club deportivo de mi marido, yo sé que muchos no se sintieron bien entonces, ¿qué le vamos a hacer? Tengo ese don por decirlo así, de andar metida en todas, tipo canapé" (Maria)

Estos atributos le permitieron enfrentar los conflictos cara a cara con los hombres, en el momento en que ingresa al rubro y es discriminada y hostilizada por los varones. Luego de haber sorteado los mecanismos de segregación de género que se le impusieron, se interesa en participar en la dirección del sindicato y luchar para mejorar y sanear el funcionamiento de la organización...

"Así que empecé a ver todas las irregularidades que habían, no tenían un revisor de cuentas, decían hay tanto, ¡pero nunca se vio! Si son dirigentes, tienen que tener una tabla del punto que se va a tratar, porque se ponen a hablar de cualquier cosa"

Su acción en el sindicato a la vez, tenía como propósito fortalecer demandas del rubro, especialmente ligadas al ámbito doméstico y familiar. Logra organizar onces familiares y propone desde el sindicato o de manera personal, apoyo municipal para el cuidado de los hijos y otras demandas relacionadas directamente con el funcionamiento del sindicato; conseguir una sede, asignar a cada sindicato un uniforme, etc.

Maria utiliza la organización estructurada por hombres para realizar demandas del ámbito público, como un vehículo de demandas relacionadas con su rol de madre, para favorecer a hijos y esposas de los asociados. Su inserción está marcada por el desafío a las reglas de segregación de género, en tanto enfrenta conflictos, busca la visibilidad y el liderazgo público.

Sus demandas, enmarcadas en la estructura masculina del sindicato, podrían constituir sin embargo, una expresión individual de lo que M.L Tarres (1989) define como “campo de acción femenino”. Estas son organizaciones movilizadas por temas ligadas al mundo doméstico y su rol de madres o esposas, surgidas desde las mujeres, pero comúnmente mediadas por hombres.

A pesar de estos intentos por insertarse como miembro con demandas propias en el colectivo masculino, María mantuvo un vínculo precario con el rubro. Esto quedó demostrado en el momento en que, por tener que responder a demandas domésticas (accidente del hijo) es marginada del sindicato y se le suprime el permiso de trabajo.

Desde entonces opta por desarrollar una **estrategia de autosegregación**, en la que renuncia completamente a participar en el sindicato y evita en gran medida profundizar en sus relaciones con otros miembros del grupo.

Desde entonces gestiona sus permisos, demandas y preguntas directamente con la municipalidad, donde ha logrado constituir vínculos con concejales y otros funcionarios que la mantienen informada del futuro de las condiciones de trabajo...

“Yo siempre cuando quiero saber algo, me dirijo a la municipalidad, si a mi una persona me dice- Todos los lustrabotas van a salir en Noviembre- ¿Quién lo dijo? – Tal y tal persona- Entonces yo voy a la municipalidad y pregunto- Sabe que yo quiero saber si es verdad que en Noviembre se van a tener que ir todos los lustrabotas”

Este caso ilustra claramente las estrategias de las que se pueden servir las mujeres, para incorporarse a un rubro laboral dominado por los hombres en el espacio público. En determinado momento los mecanismos de segregación de género, se imponen en las relaciones al interior del gremio y la mujer no puede responder de igual modo a las demandas en las dos esferas, pública y familiar. La estrategia a seguir fue, entonces, automarginarse de dichas relaciones, renunciar a la búsqueda de liderazgo al interior del rubro.

Aparentemente Maria cede ante la imposición masculina, retoma los patrones dominantes de ocupación, que segregan a la mujer a los espacios menos visibles y expuestos de las relaciones en los espacios públicos, sin embargo, se mantiene en el oficio y crea una nueva estrategia de acción destinada a recupera poder en alianza con el poder del estado. Probablemente, su exclusividad de mujer dentro del rubro, fue utilizada como una herramienta que facilitó el acercamiento a las autoridades en su intento de controlar e imponerse sobre la autoregulación de la ocupación realizada por el sindicato.

“Siempre he sido media intrusa, yo le pregunto al guardia, ¿quién es la persona superior a esta? , me dirijo allá, ¡soy media porfiada! Así me aferré mucho a los concejales, en vez de andar yo de oficina en oficina eran ellos los que andaban de acá para allá, ellos me traían la respuesta para abajo. No le digo el apodo que me tienen... me dicen la Gladys Marin”

Mujer y apariencia pública:

La mujer lustrabotas asigna una menor importancia que los hombres, a la “mirada pública” a la que se está expuesto en el Paseo Ahumada. Las expectativas de

aceptación social y por lo tanto, su definición identitaria, están influenciadas en mayor medida por el “juicio público” al interior de su propio grupo de pertenencia...

“Si un lustrabotas te dice, porque no nos juntamos a salir, uno sabe que es pura tomatera...no te conviene para nada. Más vale salir con otros gremios, porque también si pasa algo, lo que sea, eso va a quedar ahí, aquí si uno hace una cosita así, lo sabe todo el sindicato, es como centro de madres”

María por lo tanto, evita exponerse frente a un grupo del cual se siente segregada y prefiere la sociabilidad con comerciantes ambulantes u otros rubros de composición mixta. Esta desigual atracción por el reconocimiento de la “sociedad urbana” representada en el Paseo Ahumada, esta en relación con el hecho que el trabajo en la calle, es para los hombres, el constituyente fundamental de su identidad, en tanto, las mujeres, tienden a complementar o subsumir su imagen pública a un proyecto identitario relacionado con los roles que construyen en la esfera doméstica, en este caso, el de madre.

Esto explica en gran parte el hecho que en el uso de tránsito, las mujeres se abstengan de ocupar los espacios más expuestos e individuales, optando en cambio por los oficios móviles y grupales, en los que su imagen personal sigue resguardada y de cierto modo, desligada del espacio público.

El hecho de romper los límites tradicionales a la ocupación del espacio, María se siente forzada a demostrar cotidianamente al interior de su grupo laboral, que a pesar de apropiarse de un oficio de hombre, se mantiene dentro de las reglas de comportamiento que se atribuyen socialmente al género femenino y esto es lo que debe expresar públicamente, día a día en el Paseo Ahumada.

La incorporación al rubro de los lustrabotas por lo tanto, la obliga a integrar dos estrategias de acción, destinadas cada una a reforzar dos aspectos de su construcción de identidad. El primero, marcada por la distancia con las imposiciones sociales, la

lleva a luchar por mantener un liderazgo y un poder dentro del grupo, el segundo, destinado a lograr la aceptación pública al interior del gremio y para con los clientes, la hace adoptar los comportamientos pauteados socialmente para resguardar su prestigio de mujer.

En calidad de única mujer, genera un tipo de relación distinto a las rivalidades tradicionales de los hombres, dominado por el respeto que debe imperar de parte de los hombres, frente a la presencia de la mujer en los espacios públicos. ...

“Es mejor también, más respeto también para uno, una mujer trabajando merece más respeto” (Carlos)

Este respeto le sirve también, para recurrir a la protección de los hombres, al momento de la llegada de su ex – marido, quien suele amenazarla y hostigarla. Del mismo modo, María aprovecha el hecho de crear en torno a ella un espacio de suspensión de las rivalidades, para reforzar su influencia dentro del grupo, poniendo en acción atributos tradicionales de su identidad de mujer...

“Como uno en ese sentido es humanitaria, porque a mi me dicen la corazón de abuelita. Que de repente pásame quinientos, que pásame mil. Como que uno les enseña, porque así como me dieron vuelta la espalda a mí. Si ellos hicieron algo malo yo no lo puedo hacer, ahora por eso ellos se allegan un poco a uno”

Mediante el traspaso de atributos de su rol de madre al espacio público, María reconstituye parte de su influencia sobre el grupo, perdida por la efectividad de los mecanismos de segregación, para crear, desde el ser mujer, un espacio de poder autónomo en un sector social del espacio público urbano.

La forma en que María expresa públicamente su definición identitaria, se expresa en una triple ruptura de los mecanismos de exclusión de género. El “estilo de vida” de la lustrabotas, desafía la atribución cultural, que la fuerza a una relación de dependencia

con la esfera masculina, constituye también, un desafío al tipo de rol laboral atribuido socialmente y en tercer lugar, con los límites culturales y sociales impuestos a la participación pública femenina. En términos de apariencia pública, en cambio, la lustrabotas centra sus esfuerzos en responder al modelo cultural de género, adoptando los límites sociales impuestos a su sociabilidad y comportamiento.

CONCLUSIONES FINALES:

El presente trabajo, es una síntesis de los resultados obtenidos por la investigación “Ocupar y transitar. Identidad y género en el espacio público urbano”, realizada durante el año 1999 y 2000, en el Paseo Ahumada. El objetivo general de esta investigación era caracterizar las expresiones y construcciones identitarias, de hombres y mujeres, ocupantes del espacio público, con un acento especial en la diferenciación por género.

La metodología de investigación aplicada fue de tipo cualitativo y consistió en una primera etapa de observación participante, durante alrededor de diez meses y una segunda etapa, de entrevistas en profundidad. Estas últimas se realizaron a ciertos actores sociales, hombres y mujeres, que representaban cada uno, distintas formas de uso del espacio; escolares, evangélicos, clientes habituales del café Haití y lustrabotas.

I.

El encuentro de los individuos con la densidad y heterogeneidad social del Paseo Ahumada es el encuentro con un imaginario de sociedad. El encuentro con este imaginario, permite que los distintos individuos, al interior de sus relaciones, se apropien y se hagan parte de esa historia nacional, sus identidades políticas, sociales y étnicas.

Los modos en que la identidad se expresa y concreta en el espacio por lo tanto, deben entenderse en ese contexto. El encuentro con la diversidad social, como representación de lo social y nacional, tensiona a los individuos entre una imagen identitaria construida para sí y una imagen identitaria construida o impuesta desde los otros, ya sea desde el colectivo de ocupación o desde “la sociedad” como un todo.

La identidad no es solo una construcción mental, sino un proceso que se hace visible y se construye, sobre la base de un conjunto de comportamientos, desplazamientos, manejo de la apariencia y selección de relaciones, que manifiestan, junto con el discurso, los distintos modos a través de los cuales, los individuos se integran o distancian del “otro social” representado en el Paseo Ahumada.

A su vez, las relaciones sociales que allí se construyen y las formas que los individuos tienen de exponerse y definirse frente a los otros, son elementos que ponen en juego el proyecto identitario. En el relato sobre la experiencia del Paseo Ahumada, se contrasta la imagen identitaria formulada en el presente, con las proyecciones futuras de esa imagen y quedan al descubierto las tensiones existentes entre el proyecto personal y las relecturas a las que este es conducido, cuando se enfrenta al colectivo social.

II.

Este estudio expone distintas visiones sobre las relaciones urbanas y las posibilidades de los individuos de desarrollar su autonomía y subjetividad en el marco de estas relaciones.

Autores como Marshall Bermann y Manuel Delgado, concibe al espacio público como el lugar de los **ciudadanos**. Allí el individuo puede descubrir y hacer consciente los elementos que lo diferencian y la vez lo equiparan con los otros. El espacio público aparece en esta visión, como un conjunto de relaciones entre individuos móviles y autónomos, donde la estructura social se desmorona transitoriamente y los signos de jerarquía de otros espacios ya no imperan. Las relaciones urbanas se constituyen en una alternativa para ignorar los límites y constricciones sociales y acceder a una transitoria emancipación individual.

Otros autores, como Marc Augé, ponen el acento en el espacio público como espacio de estandarización del sujeto (Augé, 1996) y en el transeúnte como consumidor

(Canclini, 1995). Un individuo al que se le niega su condición de ciudadano, guiado por señales y símbolos impuestos, incapaz de reconstruir en el espacio vínculos de reconocimiento social. De algún modo esta visión es heredera de la sociología urbana de Chicago, que asociaba a las relaciones urbanas, a la ruptura de vínculos comunitarios, la degradación social y el desorden.

Los resultados de esta investigación, demuestran que la primera visión constituye un “ideal” de emancipación individual, al cual tienden todos los individuos entrevistados, independiente del uso que cada uno le da al espacio. Es posible concluir que, a pesar de su diversidad, todos acuden a este espacio público, como una forma de ampliar sus márgenes de movilidad individual y de concretar aspiraciones a la autonomía personal.

Las escolares, por ejemplo, acuden al paseo como una forma de sortear su dependencia de los controles sociales del hogar y la escuela y acceder a una relación “personal” con lo social. La predicadora, se hace autónoma del apoyo masculino y así, busca destacar respecto de sus pares de comunidad. Para el lustrabotas, en tanto, el trabajo en el Paseo Ahumada es la posibilidad de concretar una tendencia a-sistémica, al liberarse de la dependencia a un patrón.

La distancia individual que domina en los espacios públicos por lo tanto, no constituye necesariamente una “degradación” de las relaciones sociales o una tendencia a la negación del “lugar” y del sujeto, como lo anuncian teóricos contemporáneos. Allí los sujetos encuentran en la distancia y reserva frente al otro, espacios de “liberación”, que constituyen parte de un proceso de desarrollo de la subjetividad individual. Este proyecto identitario se refleja en los modos de comportarse en el espacio y relacionarse con los otros.

III.

Lo señalado sin embargo, no impide reconocer que existe una tensión permanente entre la búsqueda de autonomía y la necesidad de adoptar los códigos de

comportamientos social, imperantes en el espacio público (integración). Las relaciones del espacio público se caracterizan por seguir un modelo de vínculo social que impone al individuo por sobre el colectivo, la reserva por sobre el contacto, el recato sobre la expresividad pública y la movilidad, sobre el asentamiento. La adopción de dicho código coarta la expresión abierta de la subjetividad individual, de modo que individuos o grupos no pueden marcar y evidenciar públicamente su diferencia con respecto a los otros.

El concepto de “otro generalizado” de Mead (1990), resulta el más indicado para entender la influencia que ejerce “lo social”, visible en el espacio público, sobre el proceso de construcción de identidad individual. El “otro generalizado” define la interacción del individuo con el orden social como un todo, a través del cual, el individuo se observa a sí mismo y adopta las conductas de ese otro hacia sí, como parte de su definición personal.

En este “juego” de relaciones reservadas, anónimas y distantes que impone el espacio público, el individuo, tal como lo afirma Mead, se pone en la perspectiva de todos los demás y se descubre en la adopción de los códigos de comportamiento y relación que allí dominan. A través de la incorporación de los códigos de comportamiento de la mayoría, a la definición de la identidad personal, los individuos buscan sentirse integrados a la “sociedad” presente en el espacio público.

Esta paradoja, que permite al “sujeto urbano” (Delgado, 1999), lograr simultáneamente, grados de autonomía e integración social, es demostrada por los testimonios obtenidos en el Paseo Ahumada. Sin embargo, depende de cada forma de uso del espacio, las estrategias que utilizan los individuos para “jugar” con las dos tendencias.

Las observaciones realizadas en el Paseo Ahumada, concluyeron con una distinción de los sujetos en cuatro formas de uso del espacio; Tránsito, participación, sociabilidad y laboral. Cada cual, describe un cierto tipo de relación social y ocupación del espacio.

El análisis de la ocupación del espacio público en relación a los usos, permite identificar dos elementos que ponen en tensión a los individuos en la expresión de su identidad y las distintas formas que eligen para resolver dicha tensión. **La primera tensión** es la que sitúa a los individuos entre exponerse públicamente u ocultarse en el anonimato. **La segunda**, es la que sitúa a los individuos entre la identificación con un colectivo o grupo particular y la identificación la “sociedad” representada en el espacio público.

El uso de tránsito, expresa la búsqueda extrema de autonomía individual, en el sentido de distanciamiento y reserva frente a los otros. Se trata de individuos diversos, móviles, siempre ocultos en el anonimato. Los transeúntes se caracterizan por evitar destacar públicamente su particularidad y conformar colectivos de ocupación. De este modo tienden a la integración en el sentido de adoptar las conductas de la multitud anónima.

Muchos individuos pueden servirse de este anonimato, para evadir una condición de marginalidad, estar allí, sin ser “detectados” y evadir los prejuicios culturales que los segregan. Como los dementes y vagabundos que transitan durante todo el día por el Paseo Ahumada.

Esta dualidad del uso de tránsito, que combina distancia individual y adopción del comportamiento general, queda muy claro en las escolares. Ellas, en tanto que mujeres y adolescentes en proceso de definición personal, se nutren de la experiencia del Paseo Ahumada, para el refuerzo de su subjetividad individual. Sin embargo, se mantienen a grandes rasgos dentro de los modelos de comportamiento imperantes, sin sobrepasar los límites que se le imponen a su pertenencia de género y confirmando las regulaciones de su adscripción institucional, como escolares.

El uso de **participación** por su parte, implica al igual que el tránsito búsqueda de autonomía, pero también expresa abiertamente una posición de **ruptura y oposición al sistema social**. El evangélico o el protestante, teatralizan su subjetividad en la ocupación del espacio público. La oposición al sistema se representa como oposición al modelo de relación disperso e individualista que allí impera..

El uso de **participación** se caracteriza por ser colectivo. Los actores colectivos generan límites con los otros y por lo tanto, permiten la reaparición de mecanismos de discriminación. Frente a los estigmas que se imponen sobre la colectividad, hay una búsqueda de distinción y demarcación, de la individualidad por parte de los miembros del grupo, respecto de sus pares, de modo de alcanzar un mayor reconocimiento social.

El caso de los evangélicos, demuestra como la validación al interior de las relaciones del espacio público, depende de la ruptura con el colectivo. El evangélico debe diferenciarse de su grupo, identificándose con el transeúnte anónimo. Sin renunciar a su especificidad religiosa, se adoptan ciertos códigos de comportamiento público como un medio de incorporarse a los otros, ser reconocido, escuchado, seguido. Como una manera de **concretar en ese espacio, el sueño de la integración social**.

El uso de **sociabilidad** por el contrario, demuestra la tendencia de un grupo a marcar la diferenciación de manera colectiva. Los clientes del café “Haití”, acuden al Paseo como una forma de reforzar su subjetividad y autonomía personal, respecto de sus lazos familiares y laborales. Sin embargo, lo hacen en el marco de una socialización de grupo, allí buscan validarse y ser reconocidos y no en el contacto con la “sociedad” presente en el espacio público.

El uso de sociabilidad demuestra un acto de apropiación, en el que es más importante marcar la diferencia con el resto de los transeúntes, que intentar integrarse a ellos adoptando sus códigos de comportamiento.

El **uso laboral** por su parte, también implica la búsqueda de autonomía, entendida como evasión de las estructuras laborales formales. Sin embargo, los trabajadores callejeros viven en una permanente demanda de integración al contexto social, entendido como búsqueda de validación social en el espacio.

El caso de los lustrabotas demuestra, al igual que los evangélicos, la necesidad de los individuos de distanciarse de su colectivo de pertenencia para acceder a la validación social. Los lustrabotas, sin embargo, tienden a desplazar permanentemente su adscripción identitaria, desde el colectivo de los trabajadores callejeros, con sus lazos de solidaridad y su imagen de “desplazados”, a una integración individual con el referente de la “sociedad” encarnado en los transeúntes y en los clientes de mayor prestigio social.

IV

El conocimiento de estas tensiones, constata el hecho de que la búsqueda de integración no se vive solamente como adopción pasiva del modelo de relación dominante. La interacción dinámica de individuos diversos, permite generar formas de integración social, que no necesariamente siguen el modelo de la reserva y el distanciamiento de las relaciones de tránsito.

De acuerdo a los resultados de esta investigación, Se distinguen **tres estrategias** utilizadas por grupos o individuos para acceder a la integración en el espacio público:

a) La integración como experiencia de validación en el grupo: Esta estrategia es característica de los grupos de sociabilidad. Los clientes del café Haiti, por ejemplo, justifican la ocupación del paseo como una forma de abordar a otros, de manera afinar un estilo de relación y sociabilidad exclusivo y particular, distinto al dominante; Sus comportamientos marcan señales de distinción social, respeto mutuo, manejo de temas propios, además de ciertos gestos (piropo) que marcan dominio de género.

b) La integración como experiencia de validación y protección social: Evangélicos y lustrabotas, encuentran en el diálogo cotidiano establecido en el Paseo Ahumada, con clientes u oyentes habituales, una instancia de reconocimiento y superación de fronteras sociales, solo posibles de realizarse en ese espacio. Se busca la validación del otro, distinto al grupo, en general del transeúnte anónimo, del cliente, en particular de aquel que está ubicado en otro escalón social. Estos contactos permiten a su vez, construir una red social a la cual recurrir en situaciones de precariedad; atenciones médicas, prestamos, asesorías jurídicas, etc. La experiencia de la validación se enlaza a una **experiencia de protección social.**

c) La integración a la diversidad: Las escolares, como transeúntes, pero también las predicadoras, cuando abandonan su rol de tal, viven la **experiencia de la diversidad.** Ellas acuden al Paseo Ahumada como una posibilidad de abrirse a la sociedad desde sí mismas. El elemento que más destaca en sus experiencias, es el contacto con la diversidad social presente en el espacio público, que se opone a la homogeneidad de sus contextos de relación, allí conocen el comportamiento de otras clases sociales, la variabilidad de gestos y reacciones de los transeúntes, así como la diversidad de las opciones de consumo.

Estas formas de relación, son posibles de expresarse en un solo sujeto, sin embargo, cada grupo o individuo tiende a utilizar una de ellas de modo preponderante. Su identificación permite demostrar el valor que este posee como **ámbito de integración.** Las relaciones del espacio público, en ese sentido, siguen vigentes como instancia de encuentro social y superación de las constricciones del espacio institucional, laboral o barrial.

Este estudio se formula la pregunta por las diferencias que existen entre los modos de ocupación de mujeres y hombres. Específicamente, interesa saber si las mujeres adoptan los modos de uso del espacio masculino, o idean estrategias distintas de ocupación y relación. En segundo lugar, interesa saber si estas estrategias reproducen los mecanismos de segregación hacia la mujer en el espacio público o establecen una competencia con los hombres para la ocupación de espacios propios y autónomos a la esfera masculina.

Sin duda, los resultados de la observación etnográfica, demuestran que la segregación de la mujer en el Paseo Ahumada, se da en toda la gama de relaciones sociales que allí se construyen.

El “otro social” que se impone en el espacio público, con el cual los individuos deben estar en permanente interacción para construir una definición de sí, es un “otro” que impone comportamientos de ciertos sectores sociales, pero sobre todo, es un “otro” masculino. En un análisis transversal a los usos, se constata que los hombres se imponen en el espacio público, a través del acceso a la visibilidad, individual y grupal y la conformación grupos de ocupación exclusivamente masculinos. Las mujeres en tanto, eligen formas de ocupación móviles, no expuestas y hacen parte de colectivos mixtos.

Los oficios de mayor exposición y asentamiento (lustrabotas, suplementeros) son reducto masculino casi en un cien por ciento, las mujeres en cambio, se hacen presentes en el comercio ambulante, oficio de movilidad permanente. En el ámbito del tránsito, los hombres ocupan los locales comerciales expuestos a la calle, donde se consume de pie mientras se mira y se es mirado desde el exterior. Las mujeres en cambio, prefieren los negocios de comida rápida, cerrados a la vía pública y de consumo en círculos. Cuestión similar ocurre en los otros usos.

Los relatos obtenidos en la entrevista en profundidad demuestra que la experiencia en el Paseo Ahumada constituye para los hombres, el elemento central para su

construcción identitaria. Según Celia Amorós (Amorós, 1990), el elemento que estructura la identidad masculina es la competencia entre individuos por la visibilidad y el reconocimiento social. El Paseo Ahumada es el escenario privilegiado donde se desarrolla este modelo de relaciones públicas masculinas. Allí estos concretizan su búsqueda de autonomía individual.

La autonomía en algunos casos, se construye a partir de la toma de distancia con respecto a los pares y la integración con la “sociedad urbana”, mediante la construcción de puentes de relación entre sectores sociales diversos. En otros casos, especialmente en el uso de sociabilidad, la autonomía se construye y confirma entre los miembros del propio grupo, a través de la exhibición del conocimiento y el manejo del discurso frente a los pares.

Se concluye en ese sentido, que el proceso de construcción de identidad masculina, depende en parte importante de la dinámica de las relaciones y formas de ocupación desarrolladas en el espacio público, es decir, de la manera en que los elementos ejes de esta identidad, la búsqueda de reconocimiento y autonomía se expresan, en el espacio público del Paseo Ahumada.

Las mujeres, a diferencia de los hombres, no demandan desde el individuo el reconocimiento de la sociedad como un todo. En general, hay una tendencia a cerrarse sobre el colectivo de referencia y construir la imagen personal, sobre la base de la adopción de los juicios emitidos por los hombres del grupo.

En la lucha por la ocupación, las mujeres tienden a seguir estrategias de expresión de identidad coherentes con la segregación espacial de género, pues buscan apegarse a la forma de comportamiento, asignada cultural e históricamente a su rol de mujer; No exhibirse en contacto íntimo con hombres, mantener la discreción y reserva. Al interior del grupo; ser solidaria, “maternal”, evitar el conflicto, etc.

Las escolares, por ejemplo, evitan exponerse excesivamente cuando se juntan en público con sus compañeros hombres, por temor a la sanción social que proviene desde los mismo compañeros. Los comportamientos que ellas realizan, no están guiados por la necesidad de expresar su autonomía individual, sino que por atenerse a la imagen que la institución espera que ellas proyecten en público. Esta resulta ser una mediadora entre ellas y la “sociedad urbana” y limita la expresión de su subjetividad, especialmente en el contexto de la relación con los hombres.

Un caso similar es el de las evangélicas, quienes tienden a cerrarse sobre el grupo religioso, buscando principalmente el reconocimiento del mundo cristiano. La “sociedad urbana” es vista como un territorio distante, opuesto, sin que se busque de parte de él reconocimiento o validación. Esto se expresa en la elección de una acción persona a persona como labor misionera.

La lustrabotas en tanto, tampoco libra una lucha similar a la de sus pares hombres, por legitimarse frente a la sociedad pública. Ella cuida sus comportamientos con los clientes y refuerza sus rasgos maternos, de modo de ganarse un espacio propio al interior del rubro. La ruptura de estos códigos, activa inmediatamente mecanismos de segregación por parte de los hombres, como queda demostrado en la reacción gremial frente a sus intentos de adquirir liderazgo al interior del sindicato.

La diferencia fundamental que hay con los hombres, es que el proceso identitario de las mujeres, no esta regido por la experiencia en dicho espacio, sino por la de otros contextos de relación; el hogar y el ser madre, el grupo religioso y el rol de predicadora o el liceo y el ser estudiante.

Las mujeres no hacen depender su construcción identitaria del tipo de reconocimiento social que buscan los hombres, solo posible de realizarse en el espacio público. La lucha de las mujeres tiene que ver más con el **derecho a estar** en el espacio, que con el derecho a **ser reconocidas**.

El hecho de que utilicen como estrategia de integración preferente, la validación en el grupo, no se relaciona con la búsqueda de autonomía, como ocurre en el caso de los varones, clientes del café “Haiti”, sino con la necesidad de ver legitimada su presencia en un espacio, al cual no son asignadas culturalmente.

Como las mujeres no están obligadas a construir una identidad pública, que las visibilice y destaque por sobre los otros, generan a cambio, un tipo de relación social caracterizado por la **movilidad y la mutabilidad**. Movilidad en el sentido, que evitan estar asentadas y expuestas, mutabilidad en el sentido que pueden cambiar de rol y diversificar sus formas de relación, de manera más “libre” que los hombres, como una forma de enriquecer su experiencia en el espacio.

Alejadas de un modelo de participación en lo público estructurado en función del reconocimiento social, las mujeres vagan en un espacio desestructurado, fuera de la mirada social, alternando modalidades distintas de ocupación y relación. El tránsito entre distintos ámbitos de relación contiene una potencia especialmente atractiva para la esfera femenina; transitar entre el uso de participación y el de tránsito (evangélicas), entre la participación gremial y el vínculo personal con el estado (lustrabotas), al interior del tránsito, combinando diversas formas de relación(escolares).

En este transitar constante, las mujeres, a pesar de que a grandes rasgos adoptan los comportamientos impuesto socialmente, generan a su vez, estrategias de ocupación que sobrepasan los límites de la segregación. A través de pequeñas acciones (escolares) o de grandes violaciones a la segregación (lustrabotas, evangélicas), confirman que la experiencia del espacio público juega un papel importante en el desarrollo de su subjetividad individual y grupal y puede ser disruptiva con el modelo de relaciones imperante.

De hecho, su sola inclusión en las relaciones públicas es, desde el inicio, una ruptura de los patrones culturales que las constriñen al espacio privado. Sin embargo, esta evita “toparse” con el espacio de la participación y competencia masculina, mediante una

ocupación caracterizada por su dinámica y versatilidad. En la esfera pública van y vienen, adoptan los códigos de comportamiento que rigen su presencia pública para ganarse un espacio, los evitan en cambio para aprovechar las experiencias “liberadoras” que les aporta el espacio público, como espacio de desregulación social.

En la mayor parte de los casos, su ocupación se da en grupos pequeños, lo que les permite mantener la movilidad; las escolares, por lo general en grupos de a dos o tres, las evangélicas también, en pareja, la lustrabotas, en la incursión al espacio con sus antiguas compañeras, las comerciantes ambulantes. Esta es una forma de compartir la “salida” al espacio público con las pares de género. La ocupación del espacio público resulta un esfuerzo colectivo de mujeres, por romper transitoriamente con los límites de la segregación especial.

Las mujeres se ponen en una posición de distancia radical con lo social, fuera de los mecanismos de ocupación, más rígidos y territorializados que imponen los hombres. Desde dicha distancia, a la cual son desplazadas por el modelo de relación impuesto, encarnan de manera evidente, el “sujeto urbano” definido por Delgado(1999); el que, por definición, evita la expresión pública de su identidad como una manera de garantizar su movilidad personal, ocultarse en el anonimato y escapar así, de los controles sociales y culturales que allí pierden efectividad.

El hecho de transitar en y entre los espacios ocupados por el mundo masculino, hace de la experiencia en el Paseo Ahumada una experiencia de encuentro con la diversidad social, por sobre una experiencia de reconocimiento. El espacio público constituye apertura y descubrimiento a la sociedad de la cual se forma parte, allí se concreta el encuentro con el “otro” vedado en los espacios del cotidiano. En esta experiencia se encuentran dos grupos tan distintos como las escolares y las evangélicas, cuyo más importante nexo en común es la pertenencia de género.

En estos dos grupos, es posible observar, mas allá de los temores y los obstáculos que caracterizan su ocupación, una valorización especial de la diversidad. El hecho de que

las mujeres sustituyan la competencia con el otro, por el “descubrir” al otro, implica valorizar la experiencia de estar en el espacio público como acercamiento a una instancia que integra diferencias, aunque esto no implique abandonar sus propios prejuicios y discriminación hacia ciertos grupos.

Este es quizás, el elemento más significativo a denotar respecto de las distintas opciones que toman hombres y mujeres en el espacio. Es importante pensar, en próximos estudios, la relevancia de esta “disposición” que tienen ciertos grupos de mujeres frente a la “sociedad” con la que entran en contacto en la calle. Allí hay un valioso material para cuestionar la noción particular de “ciudadanía” que construye la esfera femenina, desde su experiencia diaria en el espacio urbano.

BIBLIOGRAFIA

Augé, Marc.

-----“Los no lugares, espacios del anonimato”. Gedisa. Barcelona.1996.

-----“Hacia una antropología de los mundos contemporáneos”. Gedisa. Barcelona. 1995.

Ruiz de Viñaspre. Editor. “Ahumada news” Edición única. Santiago, 1996.

Amoros, Celia. “Espacio publico, espacio privado, definiciones ideológicas de lo masculino y lo femenino”. En Amoros, Celia “ Mujer, participación política y estado”. Ediciones de la flor, B. Aires. 1990.

Barbier, Jean Marie. “De l´usage de la notion d´identité en recherche, notamment dans le domaine de la formation” Seuil, Paris, France. 1997.

Bermann Marshall. “Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad”. Siglo Veintiuno, Madrid 1988.

Berger, Peter L. y Luckmann, Thomas. “La construcción social de la realidad”. Amorrortu editores, B. Aires, 1968.

Carrión Fernando y Dorte Wollrad. Compiladores. “La ciudad, escenario de comunicación”. Flacso Ecuador, Quito 1999.

Borja, Jordi. “Ciudadanía y espacio público” En “Ciutat real, ciutat ideal. Significat i funció a l´espai urbà modern”. Centre de cultura contemporánea de Barcelona.1997.

Canclini, Nestor García. "Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización". Grijalbo. México D.F 1995.

Coulomb, René y Duhau Emilio, coordinadores. "La ciudad y sus actores. Conflictos y estrategias socioespaciales frente a las transformaciones de los centros urbanos". Universidad autónoma metropolitana, México D.F 1988.

De Barbieri, Teresita. "Sobre la categoría género, una introducción teórico metodológica". En "Fin de siglo, género y cambio civilizatorio". Isis internacional N17, Santiago, 1992.

Delgado, Manuel. "El animal público. Para una antropología de los espacios urbanos", Anagrama, Barcelona 1999.

Delgado, Manuel y Gutierrez, Juan, Editores. "Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales". Síntesis. Madrid, 1995.

Dubet, Francois. "Sociología de la experiencia". Seuil, France, 1994.

Fraser, Nancy. "Repensar el ámbito público: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente" En, Habermas and the public sphere, ed. Craig Calhoun (Cambridge, MA: M.I.T. Press. 1991).

Giddens, Anthony. "Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea". Edic. Península, 1995.

Goffman, Erwin. "La presentación de la persona en la vida cotidiana, Buenos Aires, Amorrortu, 1971.

Hannerz, Ulf. "Explorando la ciudad", FCE, Madrid, 1986.

Lagarde Marcela. "Enemistad y sororidad: Hacia una nueva cultura feminista", Revista Memorial CEMOS, Septiembre- Octubre, Vol, N28, México.

Lacarrieu, Monica. "Las grandes ciudades en las nuevas perspectivas antropológicas". Simposio regional de ciencias Antropológicas, Universidad de Chile, 1996.

Lewis, Oscar.

-----"La vida". Edit. Joaquin Mortiz S.A. México D.F, 1969.

-----"Further observations on the Folk-Urban Continuum and Urbanization with special reference to Mexico city" en Philip M, Hauser y Leo F. Schnore, compiladores. Random House, Nueva York, 1966.

Mead, George. "Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social". Edit. PAIDOS, México, 1990.

Molina, Petit, Cristina. "Dialéctica feminista de la ilustración", Anthropos, Barcelona, 1994.

Ossa, Manuel. "La identidad pentecostal". En "Persona y sociedad. Identidad, modernidad y postmodernidad en América Latina" ILADES, Volumen 1, Santiago, 1996.

Perez Serrano, Gloria. "Técnicas y análisis de datos. Vol I y II". Editorial La muralla S.A, Madrid, 1998.

Oliveira, Orlandina (coordinadora). "Trabajo, poder y sexualidad". Colegio de México. México, 1989. reconocimiento social.